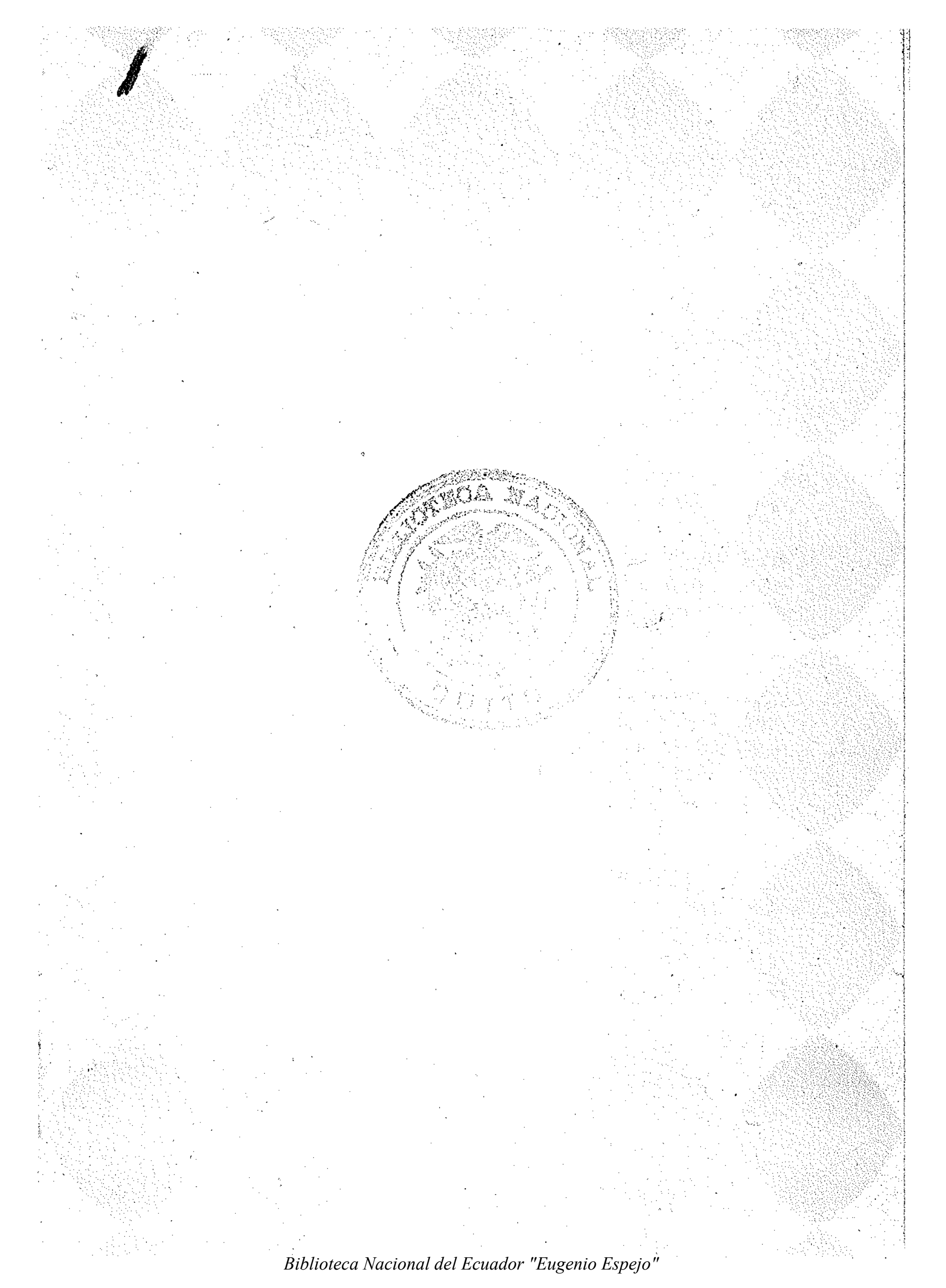

DEMETRIO
AGUILERA
MALTA
madrid
REPORTAJE NOVELADO
DE UNA RETAGUARDIA HEROICA
edicionesersilla







Demetrio Aguilera-Malta es uno de los nuevos valores americanos, nacido en el Ecuador.

Su obra literaria es reciente, pero intensa y honda. Su novela antimperialista "Canal-Zone" lo presenta como uno de los escritores más vigorosos del continente. "Don Goyo", como un descriptor de costumbres tropicales, excelente.

Aguilera-Malta, que ha rodado mundo, en peregrinaje intelectual, se encuentra ahora en Barcelona y ha asistido a la iniciación de la revolución española. Fruto de aquella experiencia es este libro "Madrid!" (reportaje novelado de una retaguardia heroica).

Los que conocen a Aguilera-Malta — hombre de 35 años — saben cómo es de fuerte y vibrante su estilo. Cómo es de acezante su pasión por la justicia. Aquí aparece en toda su vigorosa desnudez.

Estamos seguros de que Aguilera-Malta ha logrado con este libro polarizar más de una inquietud y dejará grabada en la retina de muchos, el espectáculo tremendo de uno de los episodios más cruentos de la lucha social y política del mundo contemporáneo: la guerra española.

EDITORIAL ERCILLA.





COLECCION
CONTEMPORANEOS

¡M A D R I D!

OBRAS DEL AUTOR

"Los que se van". Cuentos. — En colaboración con Joaquín Gallegos Lara y E. Gil Gilbert). — Guayaquil, 1930.

"Don Goyo". Novela.—Cenit. Madrid, 1933.

"Leticia". Crónica.—Panamá, 1933.

"Canal-Zone". Novela.—Editorial Ercilla, Santiago, 1935.

"Madrid!" (reportaje novelado de una retaguardia heroica). —Editorial Ercilla. Santiago, 1937.

PROXIMAMENTE:

"La Barqueada". Novela.

D. AGUILERA - MALTA

¡MADRID!

REPORTAJE NOVELADO
DE UNA
RETAGUARDIA HEROICA

Prólogo de

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Editorial Ercilla

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1937

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla S. A.

A las mujeres de Madrid

A los compañeros de la Edificación

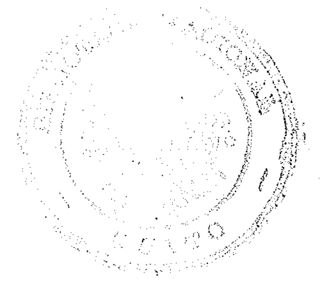
A todos los defensores de la ciudad heroica

A Carlos Zambrano, que me dió

la oportunidad de conocer

este gran pueblo





MADRID — SIMBOLO

"Madrid!" "reportaje novelado de una retaguardia heroica"... El título del libro de Aguilera-Malta remueve. en nuestra sensibilidad y en nuestra imaginación, la estampa de una ciudad engarfiada de dolor y de rabia, bajo la metralla asesina de fuerzas extranjeras — las fuerzas "nacionalistas" — empeñadas en confundir la sangre de soldados e inocentes, de los que pelean y de los que oran, de los que no temen a la muerte y de los que no temen a la vida, deber y carga esta última más heroica a menudo que la muerte misma.

¡Madrid! La historia ha recogido ya este nombre, libertándolo de motes zarzueleros. Yacen tintos en sangre el oso y el madroño. Los títulos de sainete se han vestido de luto. Hasta Carlos Arniches deambula por América, con rostro fantasmal y ojos torturados, espectro de su propia risa. Y a Muñoz-Seca le ha deparado ya, si no el destino, sí, el cable, la trágica fortuna de los ajusticiados. La astrakanada reventó en sangre. Y en la Puerta del Sol los corrillos triviales y piropeadores cedieron el paso al buen humor de la guerra, más denso y hondo que el de la paz. María Santísima que solía vestirse de Manola, metióse ahora dentro del "mono azul" de miliciano. Y la Gran Vía olvidó el nombre de Joaquín Valverde —prolongación del escenario para los indianos— y repite con viril alegría el de Miaja. Sobre sus escombros palpitan restos de vendedores de diarios y de mujeres obstinadas y valerosas. ¡Tes-

timonios de la CULTURA que avientan los aviones extranjeros y los de los traidores!

Sin embargo, la ciudad de Madrid era una ciudad abierta. En sus calles no había otro disparo que el del "paqueo". Pero, sobre sus plazas rientes dejaron caer nidadas de bombas aviones con cruz swástica en las alas, y hombres de camisa negra ejercitaron su puntería sobre los indefensos pobladores. Y cayeron cinco, veinte, cien, mil, cinco mil inocentes destrozados por la metralla "reconstructora". Los enemigos del desorden administraban en sabias dosis la muerte a los inermes. La "tradición" española mutilaba a auténticos españoles, pedazos de un pueblo que, meses antes, votaba contra toda coacción de arriba — contra Alcalá Zamora y Portela Valladares, aliados del fascismo, y contra la intervención del dinero de Juan March y de Gil Robles — por las fuerzas de la izquierda. El cristianismo despanzurraba beatas y preparaba las ametralladoras que asesinarían, en Guernica, ciudad santa de Vasconia, a millares de niños y mujeres fugitivos. Occidente detenía así al Oriente, matando occidentales. Y por piedad cristiana, los mismos que defendían la religión, hacían añicos la hermosísima catedral de Gijón... Y Madrid sufría, sufría y resistía. Y ha resistido. Y vence. Y en ella, Aguilera-Malta, escritor sudamericano, ecuatoriano de ojos claros y sonrisas de hombre sano, se entró por las aceras de la angustia, y empezó a recoger en sus manos el aliento trabajoso, el jadeo agonizante de una ciudad asediada pero imbatible.



Ante la tragedia de Madrid, la biografía de Aguilera-Malta pierde sus aristas. Destácase como un defensor más de la ciudad. Como un soldado más que defiende la cultura — que es libertad externa e interna — contra el salvajismo — barbarie, no, que eso es constructivo a veces, — contra el salvajismo homicida de moros, falangis-

tas. fascistas e hitleristas. No es España, ni Alemania, ni Italia las que cometen todo aquello. Son fracciones con nombre propio, enemigas del Pueblo, y por tanto de la Nación, las que se lanzan por tales caminos de exterminio. ¿Qué vale la biografía de Aguilera ante tanta biografía trunca o exaltada como hoy florece en cada campo, que es un cementerio, de la Península? Sin embargo, diré para el curioso impasible: Demetrio nació en Guayaquil; debe tener alrededor de 35 años; su primer libro "Los que se van", es una colección de relatos ásperos sobre la vida del cacaotal y de los montubios, escrito en colaboración — el libro, pues cada relato es personal — con Joaquín Gallegos Lara y Enrique Gil Gilbert. Salió de Guayaquil a Panamá. Ejercitóse en el periodismo. Fué aventurero letrado. Dibujante. En Panamá me leyó las cuartillas de "Don Goyo". Luego las devolvió, impresas, "Cenit". Le vi de nuevo en Quito. Después nos encontramos en Guayaquil. Ahí me entregó su "Don Goyo", vestido de fiesta. Me lo volví a encontrar — ya no en persona, sino en su rabiosa protesta antiyanqui — en Santiago, con las páginas de "Canal-Zone". En Panamá protestaron por el panfleto. Y Aguilera-Malta, unido en matrimonio con una panameña, se defendió sin jactancia, señalando su devoción por la verdad y por América, antes que por lo convencional de las jactancias chicas. Después, a España, a estudiar bellas artes, o sociología, o qué sé yo. Y de pronto, la guerra civil. Y, al cabo de unos meses, desde Barcelona, una carta y un pedido: que Luis Alberto Sánchez escriba el prólogo. ¿Por qué, Aguilera, por qué?

*

* *

Usted sabe, Demetrio, que sintonizamos nuestra emoción. Yo, aprista, no he arriado bandera ni he rectificado la línea trazada por Haya de la Torre en la lucha social del Perú y de nuestra América. ¿Recuerda? Cuando hablar de la incorporación de la clase media a la lucha y a un

Frente Unico era un delito "burgués" o "pequeño burgués", nosotros no nos arredramos, y sostuvimos ese "error" o "desviación" porque comprendimos que la realidad estaba y está por encima de los libros. Y entre rectificar a uno o a otro, preferible es calificar al libro, cuando la exigencia de cumplir justicia no admite postergaciones. Usted sabe que cuando el "materialismo" unilateral de unos no admitía dar cabida al espíritu ni a los intelectuales en la lucha, nosotros, los apristas, sostuvimos, como ahora sostienen nuestros detractores de entonces, la impostergable necesidad de incorporarlos a la batalla. Cuando el "Frente único" de CLASES — mucho más sólido y orgánico que una alianza de PARTIDOS — sobre el cual se contexturó el aprismo, era tildado de maniobra reaccionaria por los monopolizadores del pensamiento revolucionario, *no nos atemorizamos y sostuvimos* nuestra campaña que está ya dando frutos. Recuerdo ésto porque, colocados ya en plan de realizadores, usted y yo, y todos nuestros compañeros, es inadmisible que la guerra civil española sirva tan sólo para manifestar indignación y entusiasmo, sino que debemos extraer de ella lecciones positivas, que constituyan el mejor homenaje a los millares de héroes caídos en defensa de la justicia social.

Y como a este punto vamos a llegar, infiero que el prólogo se torna un tanto indeseable, puesto que, acaso, vaya a rozar su epidermis, tostada por los soles españoles y saturada del drama ibérico.

*
* *

Cuando escribo estas líneas, es el 20º día de bombardeo de Madrid por la artillería facciosa. No la nacionalista (mote injusto para ese conglomerado ítalogermanomarrocohispano), que el nacionalismo no es cantar el Himno Nacional y ondear la bandera roja y gualda, mientras se *negocia por medio de Juan March* — o el general Benavides, en el Perú — la entrega de las fuentes de la ri-

queza nacional. Madrid ha detenido un alud. Es el París ante los bárbaros, allá en los albores de la Edad Media. Su resistencia ha tenido la virtud de cuajar esperanzas, propósitos y decisiones. Ha permitido ver lo que se ocultaba tras la nube de humo de una propaganda mendaz, que hacía aparecer a los leales como bandoleros, cuando en la Plaza de Toros de Badajoz se ametrallaba a mil quinientos obreros de la izquierda, y a un diputado, de apellido Manso, se le banderilleaba y mataba, en el ruedo, como si fuera un toro.

Madrid ha sido una revelación. Y ya en el mundo nadie se engaña. La guerra es dura. Dura, dura, dura. No hay adjetivos que la suavicen ni que la embocen. El hombre, de lado y lado, se vuelve fiera hasta que la disciplina lo coge entre sus garras. Y entonces reglamenta su ímpetu y su ferocidad despierta por la necesidad de defenderse. No ha habido lucha de ángeles contra demonios, en esta guerra, como querían pintarnos. *Hay lucha de hombres.* Y como es guerra a muerte, el hombre se juega entero.

Aguilera-Malta, como tenía que ocurrir, ha tomado su partido. No es de los saciados, de los que egoístamente no quieren que nada cambie, porque temen perder sus posiciones. Ni de los que sostienen que la cultura es un lastre. Vienen a cuento unas frases de Ortega y Gasset cuando en su "Goethe por dentro" dice que la cultura *es como la* natación, esfuerzo para salvarse del naufragio; y añade sabiamente que esfuerzo y actividad se diferencian en que aquel duele y ésta no es sino movimiento. Pues, hay cierta laya de gentes que, sin comulgar con los defensores de *posiciones seculares, se ponen de su lado y les sirven, simplemente* por un sentido deportivo de la vida, por una parte — y es su apariencia de novedad—, y por uno tradicional de la otra — y es su fondo de miedo a lo realmente nuevo. Confunden — usando palabras de Marañón y de D'Ors, los dos españoles en el bando de los que así piensan —, al hombre que trabaja con el que juega, y hacen una sola cosa del trabajo y el deporte.

Aguilera-Malta ha escogido su puesto. Con la democracia, con los agredidos, con el pueblo que votó libremente — pues la presión oficial de Portela Valladares estaba de parte de la derecha — a las izquierdas: contra el militarismo — caricatura del militar — y su excrecencia. Con el dolor de un pueblo tan maniatado por la represión fascista que, sólo así se explica el hecho elocuente de que Vigo, Sevilla y Zaragoza, tradicional y actualmente núcleos de las izquierdas y esta última sede de la Confederación General de Trabajadores, se encuentren en poder de los facciosos. ¡Qué horribles torturas, qué crueles fusilamientos no serán los que se hayan aplicado a los pobladores de estas ciudades para mantener el "orden" y la "paz" contra la voluntad de la mayoría!

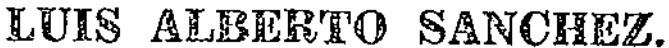
Con la experiencia de España, Aguilera-Malta regresará a América. A luchar. Ya sabe él que se le recibirá con calumnias y mistificaciones. ¿No hay por ahí quien cree que sólo comunismo y anarquismo es lo dominante en la España leal, sin darse cuenta de que el núcleo del Frente Popular no fueron ni el uno ni el otro? ¿No hay quien identifica el comunismo al anarquismo, sin percatarse de que aquél es la exacerbación del individualismo y éste representa una violenta ofensiva contra el individualismo? Como quiera que sea la reacción que reciba a Aguilera-Malta, para cuando él vuelva, ya habrá cesado la guerra de España y se verá con claridad lo que se desenvuelve en la Península. Libre de la sobrecarga de museos y tradiciones, España empezará a andar ligero. Y en América cosecharemos las experiencias.

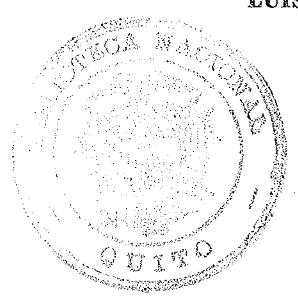
La primera de todas: no se puede ir contra el rumbo de la historia. A la historia, que siempre es movida por el pueblo, no la detiene nadie. Los cañones, meros instrumentos, al fin se ponen de parte de aquellos que van con la historia como viento favorable. La disciplina acelera la historia y hace menos cruento su parto. Sin ella, ocurren desquiciamientos y exacerbaciones que sólo a la demagogia y a la

reacción favorecen. Lo que da fuerza al pasado es que ha alcanzado a formar sistema. Lo que le resta eficacia al futuro es que, en plena incógnita, no alcanza a ajustar su método. Pero un futuro con método, un pueblo con disciplina, un partido con dirección y disciplina interior, libremente querida y escogida, es indetenible. Podrán efímeros regímenes despóticos como estos de América, erigirse en amos del momento. Caerán. Caerán inexorablemente. Caerán. Y la historia seguirá su curso.

Madrid es hoy un símbolo. Como tal lo miramos. Por eso la epopeya que relata — todavía sin hondura plena, porque el acontecimiento fluye y arrastra su correntada, — la epopeya que relata Aguilera tiene un significado que va más allá de lo novelesco, de la crónica, del relato escueto. Y, por eso, pensando en América que es nuestra dramática novia del mañana inmediato, le estrecho la diestra con mi izquierda en alto, y en Madrid veo, agigantada, la tragedia aprista de Trujillo, bombardeada por aire, tierra y mar, por unos que no eran alemanes, ni italianos, ni marroquíes, en un episodio sangriento que la historia tampoco olvidará.

Santiago, 23 de abril de 1937.


LUIS ALBERTO SANCHEZ.





Por las carreteras jadeantes. Por la sierra encrespada. Por los ríos estremecidos. A través del cielo manchado de aviones. En cada cañonazo. En cada puño que se eleva. En cada palabra que se pronuncia.

—¡No pasarán!. . .

Remolino de entusiasmo se prende en el Madrid efervescente. Grita Puerta del Sol su millonario anhelo de lucha. Los tranvías amarillos y rojos se pueblan de masas desbordadas. Vuelan los coches ululando enfurecidos. El Metro ronca sordamente su himno subterráneo. Pasan motos desbocadas. Los edificios estiran sus cuerpos macizos. Hierve — como un puchero inaudito — la plaza delirante.

—¡No pasarán!. . .

Se aprietan los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños. Lloran atrás, cien cadáveres de iglesias. Acechan miles de fascistas en hoteles lujosos. Del frente vienen noticias eléctricas, que arañan la médula como una zarpa felina. Rojo de ideas y de milicianos, colorea la paleta viva del Madrid triunfal y heroico. El calor del verano piruetea en las calles, como un loco.

Y siempre en los techos. Y siempre en los cines. Y siempre en los cafés. Y siempre en las tascas. Y siempre en los barrios humildes.

—¡No pasarán!. . .

No importan los "paqueos" desde las iglesias y desde las casas de los ricos. No importan los "bulos" traidores. No importan los soldados mercenarios. No importa la complicidad de las almas extranjeras.

¡Nada importa!

Mientras la tierra dé sus frutos a los que la trabajan. Mientras haya obreros en las fábricas. Mientras las ciudades leales muestren el entusiasmo y la dinamia de sus tiempos mejores. Mientras los hombres tengan conciencia de su responsabilidad histórica. Mientras se levanten millones de puños apretados. Mientras haya banderas rojas. Mientras haya un miliciano.

—¡No pasarán!. . .

Las manifestaciones incendiarán las calles. Mujeres darán su sangre en los hospitales y en los frentes. Los niños rubricarán en las aceras su odio antifascista. Las colas serán más largas para asir los comestibles. Enseñarán sus dientes internacionales los facciosos infames.

—¡Y no pasarán!. . .

Las trincheras de los leales se poblarán de racimos de cadáveres. No habrá familia que no esté mutilada. El ritmo de las máquinas estará por mucho tiempo envuelto en llamas. Los campos extrañarán la pisada viril de los bravos sembradores.

Pero será estallido de todos los cuellos. Anhelo final de la última arteria. Grito estentóreo y triunfal, aún en la muerte:

—¡No pasarán!. . .

Por sobre los rifles antropófagos. Por sobre las bayonetas tempestuosas. Por sobre las ametralladoras prolíferas. Por sobre los camiones y trenes blindados. Por sobre la artillería y los trimotores monstruosos. Por sobre el abrazo de fuego que hoy ciñe el tórax rojo de la España nueva.

—¡No pasarán!...

Como una sirena de alarma que sacude a los obreros de las cinco partes del mundo.

—¡No pasarán!...

—¡NO PASARAN!...





EL CAZADOR DE LIEBRES

1

El señor Conde piensa. Piensa, como siempre, en cacerías. Es que él, en el fondo, es un cazador. No lo puede evitar. No lo podrá evitar nunca. La caza es su obsesión, la finalidad de su vida. Otros cazan para procurarse sustento. Por necesidad. ¡El, no! El caza por cazar. Por el placer de cazar. Y que no es poca cosa. ¡A ver! Empuñar la escopeta reluciente, con incrustaciones en la culata. Apuntar la presa indefensa. Apretar el gatillo. Y perforar, con los perdigones traidores, la piel suelta, la carne suave, hasta los huesos diminutos. Todo ello envuelto en lujo y emoción. Sobre corceles briosos. Con elegantes trajes de montar. Entre sabrosas compañías femeninas. Como un aperitivo para las suntuosas comidas, para las citas amorosas, para las embriagueces magníficas.

El señor Conde da vueltas en su cama opulenta. Sobre las sábanas riquísimas. Está medio desnudo el señor Conde — ¡como hace tanto calor!... Surgen sus huesos fornidos, a través de la piel delicada y granujienta. El señor Conde suda. No puede dormir. Por más que lo intenta, no puede dormir. A ratos se sienta. A ratos hasta enciende un cigarrillo de la mejor marca. Pero

nada. Todo inútil. El señor Conde no duerme. El señor Conde no puede dormir.

Por eso, piensa el señor Conde. Sin darse cuenta, las imágenes se van agrupando desordenadamente en su cerebro. Se mezclan. Le danzan una danza extraña y frenética. Pedazos de liebre destrozada se juntan con senos de mujer y vasos de vino. Oye detonaciones de escopetas diabólicas. Salta la carne y el cristal explota. Hay sangre por doquiera. Mucha sangre. Y — cosa rara — en el remolino rojo que empieza a circundarlo, ve su propio rostro. Si. El propio rostro del señor Conde. El propio rostro anguloso, de ojos ocultos tras cristales, de noble nariz aguileña, de mentón agudo y de calva inmisericorde. Pero no es el rostro solamente. Es también el cuerpo enano, la furia de cacería, la estirpe rancia: Todo lo que al señor Conde le legaron sus nobles antepasados.

2

Al señor Conde le duele la cabeza. Le laten las sienes. Se le empapan de sudor las carnes arcaicas. A veces, le crujen los huesos. ¡Ah!... ¡Cómo le fastidia el mes de julio! ¡No poder dormir! ¡No poder dormir!...

¡Y con el cansancio que tiene! Ha pasado toda la tarde en coche. Ha cenado opíparamente. Ha estado en "La Gran Peña" con algunos amigos. Y todo para después no dormir. Para tener que soportar los ronquidos de la señora Condesa. ¡Y qué feliz que es la señora Condesa! Ella si duerme. A ella no le importa nada. Absolutamente nada. De la casa a la iglesia. De la iglesia a

la casa. Siempre entre curas. Siempre ante imágenes. Siempre con un rosario en los dedos. Claro que cuando no en fiestas distinguidas, hablando mal, con señoras de su edad, de todo el mundo.

El señor Conde le tiene envidia a la señora Condesa. No puede evitarlo. Esa insensibilidad de almohada. Esa inconsciencia perpetua. Esa felicidad majestuosa que respira la noble dama. Todo ese hálito de serenidad insípida que la caracteriza, lo conmueve. ¡Ah! ¡Si él pudiera ser así! ¡Si él pudiera!... Pero no. El es un cazador. Un pobre cazador hambriento de presas. Lástima que en España no se cobren piezas grandes. Tigres, leones, panteras, cocodrilos... ¡Qué hermoso debe ser matar una fiera! ¡Qué emocionante! Sobre todo, si se va entre muchos hombres. Si se tienen perros maestros. ¡Y se llevan incontables municiones!

¡Qué grande debe ser eso!...

Correr por los desiertos. Atravesar las selvas tupidas. Navegar en ríos desconocidos y tumultuosos. Cobrar — si fuera posible — un saurio de fauces hambrientas. O un león desmelenado y augusto. ¡O hasta un acorazado hipopótamo del Africa!.

Desgraciadamente, él es un pobre Conde. Ya se ha esquilmado mucho el patrimonio de sus mayores. Todo está hipotecado. Desde la pequeña huerta que nadie cuida ni cultiva, hasta el palacio que habita en el Madrid aristocrático.

¡Esa es su tragedia! No puede — ¿no podrá nunca? — cazar piezas mayores. Tiene que contentarse con liebres. Con miserables liebres huidizas.

Y la señora Condesa ronca. Se le mueve el vientre esponjado, como una almohada oleaginosa. Los senos

prominentes parecen dos fuelles. Abre los labios. Y ronca. Ronca.

Acaso también piensa la dama de elevada alcurnia. Será en menús espléndidos y complicados. En mesas nutridas. Con profusa iluminación. Con danza meticulosa de vajilla finísima. Todo, siempre, para ofrendar a sus curas amigos. A sus rollizos curas amigos. Tal vez les dirá al oído una confidencia perversa. Quizá entre el sutil rotar de los hombres pollerudos, se destrocen alcobas honorables. Hombres valiosos. Mujeres sin mácula.

La noble señora condesa ronca. Ríe y ronca.

3

Los cristales están abiertos. Se divisan confusamente los techos de los vecinos edificios. Una que otra torre agresiva. Las masas medio iluminadas por las luces de la calle. Sube un vaho denso, crepitante, de los adoquines innumerables. De rato en rato, se escucha un mugido subterráneo. Son los últimos Metros que corren bajo la urbe.

Y después, nada. Todo en silencio. Un silencio apenas interrumpido por los aristocráticos ronquidos de la señora Condesa.

De pronto, hay una puñalada en el corazón de la noche. El Conde no puede contener un estremecimiento. La Condesa se mueve angustiada. Medio abre los ojos.

—¿Qué es?... ¿Qué es?...

El Conde responde malhumorado:

—¡Nada mujer! ¡El idiota!...

De arriba del palacio — como un S. O. S. angustioso — surge un lamento.

Es un lamento largo y prolongado, de voz joven y extraña. Un lamento que se mete en los oídos. Y va a arañar el alma.

4

¡El idiota!...

El idiota es el hijo del señor Conde y de la señora Condesa. Su único hijo. El heredero de los títulos y de las propiedades. El noble caballero que pondrá muy alto los blasones de la estirpe.

¡El idiota!...

El pobre idiota sucio, desgreñado, maloliente y solitario. El idiota que pasa sus días encerrado allá arriba, lejos de todo humano contacto. Que no ve a nadie y que por nadie es visto. A quien se arroja la comida, como a un perro. Que vivió aislado desde temprana edad. Y de quien casi nadie sabe la existencia.

¡El idiota!...

—¡Sí! ¡Es el idiota!...

—¡Ah!...

La noble dama mira sus redondeces maduras. Se arrellana muellemente. Y, casi en seguida, torna a roncar.

El señor Conde la mira con envidia. Es una envidia en la que se mezcla mucho el odio.

¡Ah! ¡Si pudiera desaparecerla!

No dejar de su cuerpo ni de su vida la menor hue-

lla. ¡Ah! ¡Si pudiera! ¡Pero no! No puede. Está demasiado vinculada a sus propios intereses. Por ella se salvó el honor del apellido ha mucho tiempo. Tiene que soportarla. Soportarla quién sabe cuanto todavía. ¡Quizá toda la existencia! ¡Toda la existencia! ¡Qué fácil es pensarlo! ¡Qué fácil es decirlo!

Pero, ¡cómo será vivirlo!

¡Toda la existencia!...

—¡Sí! ¡Es el idiota!...

5

¡El idiota!

Su hijo. El hijo en el que había cifrado todas sus esperanzas. El hijo que soñó fuerte, perfecto, mantenedor de su raza. El hijo.

¡Su hijo!

En vano había sido la consulta a cien médicos de fama. Cada quien dióle una respuesta diferente. La mayoría evadió el cuidado del enfermo. Algunos insinuaron — dentro de una terminología clínica incomprensible — ignotos trastornos psicopáticos. Aconsejaron regímenes, específicos raros, viajes, tranquilidad. Verdadero cocktail terapéutico — diagnóstico.

Uno — el más sincero de todos, sin vocabulario científico — sugirió una tesis atrevida.

—¡Es la herencia!...

Como el señor Conde protestara y como entendiendo que se había excedido, trató de explicarse:

—¡Familia muy distinguida, señor Conde!...

Quizá poco ejercicio. Vida muy compleja. Dema-

siada sazón de placeres copiosos. Era el lado malo de las gentes de rancio abolengo... La Naturaleza se vengaba en los eternos gozadores. En los que despreciaron el trabajo, por considerarlo indigno menester.

Como el señor Conde sonriera despreciativo e irónico, hubo que asegurarle:

—¡Yo no soy comunista, señor Conde! ¡Yo no soy comunista!

Era cuestión de biología, sencillamente.

Lo mismo ocurría con los minerales y las plantas.

Los hombres que lo poseían todo, que habían pasado una vida muelle y crapulosa, tenían que pagarla. Y, si no ellos, sus descendientes. La función hace al órgano. El trabajo hace a la humanidad. La aristocracia, con su perpetua huelga de brazos caídos, estaba suicidándose. El hecho se repetía a través de los siglos. Ahí estaba la Historia proclamándolo. Ahí estaba el hundimiento de unas clases para el apogeo de otras. Ahí estaba.

El señor Conde continuaba riendo despreciativamente. El médico había quedado desconcertado. Había querido continuar con el despliegue de su oratoria, dándole esta vez, un tono más clínico. Pero el señor Conde había seguido riendo despreciativamente.

Y entonces hubo que despedirse:

—¡Yo no soy comunista, señor Conde! ¡Yo no soy comunista!...

6

El señor Conde estaba furioso.

Estos médicos de ahora. O una gran parte. Sobre

todo, los médicos de su Madrid. Medio literatos. Medio filósofos. Queriendo explicar su ciencia con la ayuda de otras muchas. Idiotas ¿Qué tenía que ver la Historia con la enfermedad de su hijo?

¡Era ridículo!

Se heredaban títulos. Se heredaba dinero. Eso lo sabía él mejor que nadie. Pero nada más. Estaba bueno. Que uno no pudiera divertirse, porque los hijos sufrirían las consecuencias. Además que era imposible. ¿Cómo podrían divertirse ahora los aristócratas?

Antes, todavía.

Cuando los títulos valían algo. Cuando se era dueño de centenares o millares de vidas y haciendas. Cuando se podía extender la mano y agarrarlo todo.

¡Ah! ¡Qué feliz aquella edad! Cómo todo el ancestro que en él dormía, parecía recordar esas épocas. Acaso no fueran como él se las imaginaba. Tal vez, fueron totalmente distintas. Pero ya que habían pasado, ¿por qué no pensarlas como las hubiera deseado?

Entonces él hubiera cazado hombres.

Estaba seguro. Segurísimo.

Caballero en corceles piafantes. Lanza en mano. ¡Cómo hubiera perforado la carne de los siervos!

Habría asolado las comarcas. Un cinturón de cadáveres hubiera sido valla infranqueable de sus límites feudales. No se hubiera acostado un día, sin manchar su mano en sangre. Hubiera aplastado a la turba mugrienta y asquerosa. La hubiera imposibilitado para alzar cabeza nunca. Y, después, en las noches, dentro de los recintos amurallados, se hubiera embriagado con los mejores jugos de la tierra. Hubiera incendiado su carne con la carne de las mujeres más apetecidas. El dere-

cho de primicias hubiera sido su gloria. Todo lo que fuese a ser de otro, que antes fuese suyo. Que tuviera en sus manos y en sus dientes felinos, la suerte de muchas existencias. . .

7

¡Pero no!

Era un pobre señor Conde del siglo veinte. Apolillado. Maltrecho. Amarrado por los estúpidos prejuicios de la época. Lo único que podía hacer, para desquitarse, era cazar liebres.

Cazar liebres. . . y perderse una que otra vez, en el laberinto de alguna fiesta desviada.

¿Y el médico aquél le venía con esas?

Debía ser un disociador. Un mala semilla. Un enemigo de las clases altas. Peor para él si resultaba cierto. Le haría la vida negra. Lo perseguiría por todas partes. Para eso era él un cazador. . .

—¡Ja, ja, ja. ja, ja,!. . .

¡Qué ridículo sonaba esto! ¡Un cazador!

¡Un pobre Conde cazador de liebres!

EL DOCTOR MONTILLA

1

Se vuelve a romper el silencio de la noche. Un ruido de pasos acercándose. Después, un grito seco y autoritario:

—¡Sereno!...

Unas palmadas. Los pasos se detienen. Vuelve a sonar, más cerca, la misma voz.

—¡Serenoooo!...

Responden, a distancia, cansadamente, pesadamente.

—¡Voy!...

Al poco rato, un murmullo. Como que se discute. Domina la voz seca, airada. Los pasos se acercan.

Chirrían cerrojos. Se abre una puerta. Nuevas discusiones. Tercia, esta vez una voz joven, de mujer. La discusión se prolonga. Pero vuelve a dominar — por fin — la voz autoritaria.

2

El señor Conde da un salto.

Juraría que están subiendo sus propias escaleras. ¡Pero no! ¡No puede ser! ¡Quién va a visitarlo a tales horas!

¿Y si fuera un ladrón? ¿O un asesino? Y ahora que no tiene ni criados. Solo está la Carmen. Los demás lo esperan en Santander, arreglando la casa en que va a hacer su veraneo. ¡Pero no! ¡No puede ser!

Presta un poco más de atención. Y ya no le cabe la menor duda.

Es en su casa. Le parece distinguir hasta la voz de la criada. Entonces, ¿qué habrá pasado? ¿Qué puede haber pasado, para qué lo molesten a tales horas de la noche? ¿No se habrán equivocado de sitio?

No tiene tiempo de seguir meditando.

La puerta se abre violentamente. Y aparece la Carmen.

—¡Señorito!... ¡Señorito!...

La voz de la muchacha se quiebra de miedo.

—¿Qué ocurre?

—El doctor Montilla quiere verlo...

—¿El doctor Montilla?

—Sí, señorito... Dice que es un asunto muy urgente... Por eso ha venido...

—¡Está bien!... Está bien... Díle que me espere en el despacho.

La Carmen sale.

El señor Conde se pone una bata de seda sobre su pijama de seda.

3

El doctor está de pie. Usa lentes. Menudito y obeso, camina a saltos. Tiene el afán de frotarse las manos, como si tuviera frío perpetuo.

Al entrar el Conde, se inclina ceremoniosamente.

—Señor Conde...

—¡Siéntese, doctor... Siéntese!

El doctor Montilla se vuelve a inclinar y se frota con unción las manos regordetas.

—Imposible, señor Conde. Tenemos que ahorrar instantes.

—Pero...

—Usted comprenderá que cuando vengo a importunarlo a esta hora...

—No diga eso...

—...Es porque tengo algo muy importante que decirle...

—¡Pero, doctor!

—Algo muy importante. ¿Usted tiene confianza en mí?

—¡Absoluta!

—Muy bien. Entonces prepárese. Y prepare a su señora. ¡Nos marchamos!...

—¡Pero, usted me alarma, doctor!

—No es para menos lo que está ocurriendo. Despierte a su señora. Ponga en una maleta, lo que pueda. Lo más valioso. Papeles, joyas, valores. Y vengan conmigo. Cerca de aquí tengo un coche esperándonos...

El señor Conde trata de sonreír.

—Pero, dígame algo. Francamente, no comprendo...

El doctor se frota las manos con satisfacción:

—Veo que no es posible ocultárselo por más tiempo...

Y acercándosele mucho. Casi hasta tocarlo:

—¡Se ha sublevado el ejército!...

El señor Conde se sienta.

—¡Cuente! ¡Cuente usted, doctor!...

Pero el doctor vuelve a inclinarse, frotándose las manos.

—¡Más tarde, señor Conde! ¡Cuando vayamos en el coche. Cuando estemos lejos de este palacio. La situación es comprometida. ¡No tenemos tiempo que perder!

El señor Conde piensa que algo grave, muy grave ocurre. Su abogado, su asesor, lo ha venido a levantar tan inesperadamente. Lo conmina a vestirse, a marcharse. Y con la señora Condesa. Y no le da tiempo para nada. Y ni siquiera le explica lo que ocurre. Por algo será. Por algo que todavía el señor Conde no acaba de entender.

—¡Vuelvo al instante!...

4

La señora Condesa está desesperada. Su cuerpo abundante vibra, como un contrabajo. Si pudiera, lloraría. Pero ha visto en el semblante del Conde tal decisión, que las lágrimas se le han deshecho abortadas.

Sin embargo, no cesa de hablar:

—¡Pero Carlos, por Dios!... ¡Déjame sacar cualquier cosa! A lo mejor no venimos más a esta casa. ¡Y aquí dejo mis santos! Y gran parte de mi ropa. ¡Tal vez hasta quedan algunas alhajas!

El señor Conde, mirando al doctor, está inconmovible.

—No podemos, señora. No podemos perder tiempo. El doctor Montilla lo dice. No podemos perder tiempo.

La señora Condesa mira con rabia al abogado.

—¡*El doctor Montilla!*

Este se frota las manos intensamente. Ríe con risa conejil. Y se inclina casi hasta tocar el suelo.

—Nada tema la señora Condesa. Me atrevería a asegurarle que deja su hogar por muy poco tiempo. A lo mejor horas. Acaso — plazo máximo — dos o tres días. ¡Esto se arreglará en seguida! ¡En seguida!...

5

El señor Conde tiene una maleta en la mano. Una maleta pequeña, donde ha guardado lo que ha podido. Sin saber por qué, está nervioso. Piensa que tal vez no podía dormir esperando esta noticia. Que algo le estaba *anunciando esto. Que el corazón...*

¡Bah! ¡El corazón!

Lo que pasa es que estamos en julio. Y Madrid se ha vuelto un horno.

Cuando empiezan a bajar las escaleras de la nobilísima mansión, el doctor se detiene. Mira a los Condes. Duda breves instantes, no atreviéndose a decir lo que piensa. Se da vuelta las manos, en remolino, para cobrar ánimos. Y, al fin, se decide.

—¡Perdonen!... ¡Es decir... Uhm!... ¡Uhm!... ¿No tienen?... Perdonen... ¿No tenían ustedes un... *niño?*

El señor Conde tose.

—¡Este. . .A la verdad!. . .

Pero a la señora Condesa le trepidan las entrañas adiposas. Agarra al Conde por un brazo.

—¡Mi Carlitos!. . . ¡Claro!. . . ¡Mi Carlitos!. . . ¡Ni había pensado en él! ¡Cómo esto ha ocurrido tan de improviso!. . . ¡Dios mío!. . . ¡No haberme acordado!. . . ¡El Señor me proteja!. . . ¡Mi Carlitos!. . .

El doctor Montilla se muerde los labios.

—Es muy explicable eso, señora Condesa. Los he venido a despertar tan repentinamente. A cualquiera le hubiera pasado lo mismo. . . Además se trata de tan poco tiempo. . . Como les digo, a lo mejor son horas. Es muy explicable. Sobre todo, tratándose de un chico. . . ¡Uhm!. . . de un chico que está. . . medio enfermo!. . .

—¡Sí. Sí!. . . ¡Medio. . . enfermo!. . .

La señora Condesa presiona aún más el brazo del señor Conde.

—Tú, Carlos, debes ir arriba un momento. Y, dejarle, cuando menos, algo de comer. . . Aunque sería preferible traerlo con nosotros. . .

El Conde niega nerviosamente.

—¡No! ¡Eso si que no! ¿Sería un estorbo, verdad, doctor?

El doctor se frota las manos, angustiado.

—Francamente. . . No sabría. . . es decir. . .

Malhumorado, el Conde sube al piso de arriba.

PADRE E HIJO

1

El idiota eleva sus manos temblorosas en la noche.

Tiene el balcón abierto. Protegido — eso sí — por fuertes barrotes de hierro.

Se pasea por la habitación presa de extraña angustia. Acaso es el calor sofocante. la suciedad del ambiente irrespirable. La negrura pavorosa de la noche.

Está casi desnudo. Sólo unas cuantas tiras de ropas interiores aún le cuelgan.

Tiene un aspecto ultrahumano. Los ojos desorbitados exploran mundos ignotos. A ratos, tiembla. Habla un lenguaje ininteligible. Y lanza un alarido clamoroso que estremece todo el vecindario. Felizmente, su balcón da al patio. Y nadie puede verlo.

Afuera, en la calle, todo está dormido. Hay un silencio pesado, denso, que acompaña al calor como un gabán.

Parece que quisieran sudar todas las cosas.

2

El idiota eleva sus manos clamantes. Persistiendo en su paseo.

Un ruido en su puerta lo hace detenerse.

Mira. Y retrocede horrorizado.

Ha visto a su padre, ¡el Conde!

Corre tras de la cama revuelta, a refugiarse en un rincón. Lo asedian vagos recuerdos de castigos inauditos. Mueve las manos, negando.

El Conde enciende la luz. Avanza. Trae fiambres. El idiota lo ve fijamente, intensamente, enmudecido. El Conde coloca todo sobre una mesa. Y — a su vez — mira al hijo.

El idiota recobra un poco de confianza. Se levanta. Y — siempre detrás de su cama — empieza a hablar. Como tratando de explicarse. Su lenguaje es extraño. No se distinguen palabras. Son expresiones de léxico rudimentario. Aún inferior al de los simios.

3

El Conde siente un poco de lástima. Una sonrisa amable le cuelga en los labios. Le hace señas de que se acerque.

—¡Ven!... ¡Ven, Carlos!...

El idiota lanza una carcajada. Da un salto. Un salto de felino. Pasa la cama. Queda a pocos pasos del Conde. Lo mira como hipnotizado. Y vuelve a lanzar otra carcajada. El Conde se desconcierta.

—¡Carlos!... ¿Qué te pasa, Carlos?...

El idiota se acerca más aún. Extiende el brazo. Coge al Conde por la solapa de su traje. Y empieza a hablar inconteniblemente.

El Conde se impacienta:

—¡Bueno, Carlos... Tengo que irme!...

El idiota señala los fiambres. Y vuelve a reír.

El Conde no sabe qué hacer. Da media vuelta, desasiéndose de la mano de su hijo. Va hacia la puerta. La abre.

Pero no puede evitar una mirada de despedida a su heredero.

Este parece haberlo olvidado. Se ha acercado a la mesa donde están los comestibles. Y ha empezado a devorar lo primero que ha agarrado.

De vez en cuando, lanza sus carcajadas lúgubres, que vibran sombríamente en la noche.

4

El Conde baja volando las escaleras. Llega donde lo esperan la Condesa y el Doctor. Y sólo puede decir:

—¡Ya está!...

A las preguntas que le hace su cónyuge, responde con evasivas.

Pero el doctor Montilla vuelve a frotarse las manos.

—¿Y los criados?

—¡Es verdad! ¡Los criados!...

Felizmente, no hay por qué preocuparse. Sólo la Carmen se encuentra en Madrid. Los demás están en Santander, preparando su hotelito de verano. Solo está la Carmen. Pero siempre es una mortificación.

¡La Carmen!...

El doctor esboza una sonrisa:

—¡Evidente!... La Carmen me ha abierto la puerta. Ha visto que yo he venido a buscarlo. Y — por lo que pudiera suceder — mejor es que nadie sepa nada de esto. ¡Sería prudente!...

—¿Qué?

—¡Tratar de que la criada no pueda salir de aquí!

El doctor ríe. La señora Condesa, hundida en su carne olímpica, parece dormir. El Conde queda un rato en silencio.

Montilla insiste:

—Me permito sugerir que los minutos son preciosos.

El Conde — sin decir una palabra — da media vuelta. Va hacia los aposentos de la servidumbre. Cierra con llave la puerta de la habitación de la Carmen.

Y regresa.

—¡Ya está!

5

Bajan veloces la escalera. Llegan a la calle. A la calle solitaria.

Hace más calor aún. Un calor que vuelve loco. Que se mete como un barreno en la cabeza. Que hace que todo se arremoline. Y se vaya desdibujando. Igual que la hélice de un avión en vuelo.

Arriba sigue sonando extrañamente la terrible carcajada del idiota.

¡SE HA SUBLEVADO EL EJERCITO EN MELILLA!

I

El coche ha subido por el Prado. Ha pasado Cibeles. Ha seguido a lo largo de la Castellana. Se ha introducido después, en pleno corazón de Salamanca.

El Conde protesta.

—¿Pero hasta dónde vamos? . . .

El doctor no responde.

La Condesa — en tanto — ronca. Sus carnes se mueven, como si hirvieran. Su rostro plácido se llena de sonrisas beatíficas. Y ronca. Cada vez, más acompasadamente. Cada vez, más fuertemente.

—¿Al fin, dónde vamos? . . .

Al Conde le laten las sienes. Los puños se le crispan. Hay momentos en que le tiene rabia al sabio doctor Montilla. Le parece que este hombre diminuto se le trepa en la espalda. Se le monta sobre los hombros. Le pone una rienda. Y empieza a cabalgarlo.

Con voz ronca — ya exasperado — conmina:

—Me tiene usted sobre ascuas. ¡Dígame qué ha pasado! . . .

El doctor se incorpora. Se coloca bien los lentes. Se soba, lo mejor que puede, las manos regordetas. Y sonríe.

—¡Nada! ¡Nada, mi señor Conde! ¡Se ha sublevado. Mejor dicho, se debe de estar sublevando el ejército en Melilla!...

2

El doctor se entusiasma.

Se le enreda en la garganta el discurso.

Poco a poco, su voz va creciendo. Se oye clara, distinta. Entre el jadear tumultuoso del coche. Sobre los atónitos oídos del Conde cazador.

—¡Va a ser algo grandioso!...

Si. Va a ser algo grandioso. Digno de las épocas heroicas del Gran Carlos V. Una España fuerte. Integramente militarizada. Manos de hierro, dominándola. Protegido el Capital y la Sangre en toda forma. Extirpados los rojos. La propiedad garantizada. Restaurados los privilegios de las altas clases. Un país digno de vivirse. Una verdadera maravilla.

Y — sobre todo ello, como perpetuo leitmotiv, la venganza.

—Porque usted sabe muy bien, mi señor Conde, que nosotros tenemos que vengarnos.

¡La dulce venganza!

Ya que los rojos triunfaron en las elecciones, la gente de orden debe triunfar con las armas. La mejor ma-

nera de triunfar. La manera definitiva. Los triunfos sin sangre son triunfos a medias.

Habla casi gritando.

Su voz emocionada se confunde con el ruido del motor. Con los ronquidos de la señora Condesa. Y al Conde le parece escuchar algo que nace dentro de su propia conciencia.

—¿Que con qué medios? ¡Tenemos todas las fuerzas!...

3

—¡Sí, señor Conde! ¡Tenemos todas las fuerzas!

¡Todas las fuerzas!

¡La Aviación. La Marina. La Infantería. La Artillería!

¡Todas las fuerzas! ¡Hasta la fuerza de las fuerzas: el oro!

Además, que todo esto será innecesario.

Se levantará el ejército, como un solo hombre. Será un ponerse de pie, un empuñar el fusil, simultáneos. No hay sitio donde no estén las fuerzas comprometidas.

Ya deben de estar rugiendo los cuarteles. Los rifles y los cañones relucientes, asomarán sus bocas antropófagas ante el asombro de las masas. Garraspeará el mar bajo la proa cortante de los barcos de guerra. Romperán el cielo las cuchilladas rotundas de los "cazas" veloces. Millares de cascos de acero, de uniformes kakigrises, empezarán a barrer a los rojos. A los rojos indefensos.

El Gobierno caerá impotente. Amarrado de pies y manos.

La sangre obrera — aunque sea innecesario — debe correr a torrentes. Siquiera para volver a la bandera bicolor.

—Sí, señor Conde. ¡Tenemos todas las fuerzas!...

4

El Conde, a su vez, se va animando.

Sí. Ha llegado la hora para España. Y ha llegado la hora para él y los de su clase. Basta ya de tanta insolencia y de tanto desmán. Basta ya.

La gentuza debe ser pisoteada. Despedazada. Pensándolo — sin saber cómo — siente sus dientes más agudos. Sobre todo, los caninos. Sus manos anhelan empuñar armas. Sus ojos se clavan, igual que dos disparos, en los altos edificios.

Y la voz del doctor suena incansable.

—¡Nuestra aliada secular ha movilizado todos sus hombres!...

—Sí, sí, señor Conde. La Iglesia también. La Iglesia se prepara a beber sangre, a repartirse el botín. Cada templo es un cuartel. Cada cura un soldado. Bajo los santos y bajo los altares, hay verdaderos nidos de ametralladoras y de bombas.

Pronto asomarán por las altas torres los hombres tonsurados. Flamearán sus ropajes sombríos, como banderas de exterminio y de muerte. Sus manos que antaño derramaron bendiciones, ayudarán a ensangrentar las más apartadas regiones de España.

Y si esto no bastare. Si esto no fuera suficiente... Aún quedan los amigos poderosos. Los amigos extran-

jeros que nos ayudarán a cambio de un pedazo de tierra o cosa así.

Se hará todo. Todo lo que sea necesario para evitar el triunfo definitivo de los rojos...

5

Madrid duerme. Duerme tranquilo y confiado.

El calor araña las paredes de los altos edificios. Entra a veces a torturar a los hombres. Y sacude, después, los adoquines.

PEDRO CLAUDIO

I

Pedro Claudio ha cambiado.

Lo nota al mirarse en los escaparates.

Ahí, en medio de zapatos de cincuenta pesetas, se refleja su rostro. Es un rostro casi moreno — los soles del campo — con cejas tupidas. Nariz brava. Mentón agresivo.

Pero ahora todo sonríe en él y para él.

Pedro Claudio tiene una alegría rotunda y creciente.

Los ojos nihilistas se confunden entre los charoles de las pieles brillantes. Hace una mueca. Por un instante se siente ridículo. Se despide cariñosamente de ese escaparate. Y va hacia otro. Hacia otro.

Cada vez son más atractivos los escaparates madrileños. Y cada vez, reflejan mejor su rostro alegre.

Al andar, masculla una canción. Lleva una gorra inglesa hundida hasta los hombros. Tiene las manos en los bolsillos. Y el alma chorreante de esperanzas.

Pedro Claudio sonríe. Siempre sonríe.

2

En tanto, Madrid bufa.

Cruzan los tranvías amarillos o rojos. Parpadea el cielo tras la enorme pantalla gris de los edificios colosales. El sol se desperezа sobre las calles brillantes. Pasan los coches ululantes de dinamia. Los taxis acrobáticos y musculosos. Los camiones estremecidos y formidables. Las bicicletas viandantes. Una que otra moto desbocada y vocinglera.

Madrid bufa.

Las aceras millonarias de pisadas cogen una palpitación ultrahumana. Se encienden con el sol llameante. Asoma el calor su nariz agria y sudorosa. Y con irónica sonrisa, hace que los cafés arrojen sus parroquianos a las mesas de las terrazas. Que las mujeres se apresuren. Y que les tiemblen un poco los labios y las manos a los hombres, ante el vibrar de cien caderas ondulantes.

Es que estamos en julio, el mes incendio.

Estamos en julio. ¡Y Madrid arde!...

3

Pedro Claudio tiene sed.

Le anda en la garganta algo así como una garra de acero. Tiene sed. Pero sonríe. Está en Madrid. Pero tiene sed. Una sed inaguantable. Pero está en Madrid. En el centro de Madrid. Es cuestión de calmarla. Ahí. En ese café.

Ahí dan una "caña" de cerveza por unos pocos céntimos. También dan vermouth con sifón. Esto es todavía más barato. Nada. Ahí está. Es cuestión de sentarse y pedir.

Le traerán de "tapa" anchoas, boquerones, patatas fritas o lo que pida. Es cuestión de sonar las manos y pedir.

Acaso el mozo se extrañe de ver ese tipo tan raro y vestido de obrero. ¿Pero, no estamos en la República? ¿Pero, no somos todos iguales? Allá él si se extraña. Lo que Pedro Claudio necesita es calmar esa sed inaguantable.

Sin embargo, súbitamente, se detiene.

No. Ese no es su sitio. Debe andar unos pasos más. Buscar un café popular. Una taberna de barrio. Esto otro es demasiado burgués. Demasiado para señoritos.

4

Por Alcalá ha salido a Peñalver.

Multitud de hombres gordos toman café. Se arrellanan escandalosamente en las sillas de mimbres. Sonríen con aire de conejos rechonchos. Miran infantilmente el vaso lleno de la aromática bebida. Hablan de política y de toros. De mujeres y de miles de pesetas. Casi todos son viejos. Aunque de vez en cuando, un jovencito de mejillas empolvadas y de zapatos luminosos, escupe su indolencia sobre el aire triunfal de la Gran Vía.

Pedro Claudio los mira miopemente, lleno de rabia.

Siente más agresiva su figura de perro flaco y hambriento. Sus vestidos llorosos de trabajo y de miseria. Sus alpargatas que se abren, como boas podridas. Su gorra gris que parece estirarse, como pidiendo limosna.

Pero sigue caminando. Y — a pesar de su rabia transitoria — sonríe.

Es que Madrid — alegría sana y bulliciosa — le cosquillea por todos los poros. Este Madrid para él casi desconocido, lo arropa, lo envuelve. En cada mujer que cruza. En cada vehículo que pasa. En los edificios gigantes, que la Telefónica domina. En el cielo purísimo. En el sol del verano. En las charlas atrapadas, al pasar por las aceras.

¡Madrid! ¡Madrid!

Anda más aprisa. Atropella la multitud. Olvida su sed. Ríe. Ríe. Le ha entrado una extraña vibración en las carnes. Quiere avanzar. Avanzar. Sin saber para donde. No le importa nada ni nadie. Lo que quiere es avanzar. Sorberse íntegra la visión del Madrid adorado.

¡Avanzar!

5

Sale a Puerta del Sol. Difícilmente se abre paso entre la compacta muchedumbre, que se agita y anda.

Después, sube por Calle Mayor y llega a la plaza de este nombre.

Ahí, bajo los amplios portales, espera pacientemente la llegada del tranvía que lo llevará a Carabanchel Alto.

El tranvía demora.

Pasan a cada instante los que van al Bajo. Pero ni el suyo. Ni el de Leganés que pudiera servirle, asoman.

Pedro Claudio espera.

Y esperando, sonríe a la estatua de Carlos Quinto. Sonríe a los viejos edificios, olorosos a pasado. A los hombres y las mujeres que se van embarcando, en oleada, a los tranvías. A la tarde, que parece estirarse. Hasta a uno que otro burgués que pasa orondo y majestuoso, escupiendo su desprecio por las calles.

Pedro Claudio está alegre. Con una alegría galopante, capaz de llenarlo todo.

Hoy — por fin hoy — ha logrado lo que persigue desde hace tiempo. La Carmen va a ser suya.

El asedio ha terminado. Ella se ha rendido.

6

Le ha costado algún trabajo.

¡Eso sí! ¡A ver! Con lo tímido que es él. Si al principio no se atrevía ni a mirarla, menos a hablarle. Pero es que ella es de Madrid. Y él es del pueblo. Además, ¿no la cortejaban todos? ¿No era de las más guapas? ¿No podía haber elegido entre tantos?

¡Pero no! La Carmen ojinegra. La Carmen cimbreante, provocativa, se la llevaría él.

El. Pedro Claudio. De los Claudio de Carabanchel Alto.

¡Le ha costado algún trabajo!

Ahora le parece hasta mentira. ¿Será que ha soñado, como tantas veces?

No. Ahora no es un sueño. Se trata de la realidad. De la alegre realidad. La Carmen va a ser suya. Se la ha ganado.

Es un hombre feliz. El hombre más feliz de la tierra.

7

Un golpe en el hombro lo sacude.

—¿No vas al Alto?

—¡Sí!

—Pues, hombre, a ver si te das prisa... ¡Que se te va el tranvía!...

—¡Gracias!... ¡Me había distraido!...

Pedro Claudio sube al tranvía.

Es un tranvía anciano. Medio desvencijado. Que chirría todo él, cuando se mueve. Tiene asientos largos, a los costados. Va — como siempre — lleno de gente.

La mayoría conversa a gritos. De vez en cuando, salta la gracia castiza. Se oyen frases de banderilla.

Y todos ríen, explosionadamente.



RECUERDOS

1

Como una cinta luminosa, pasan las innúmeras barriadas.

Hormiguea la multitud por las aceras. Aquí un mercado copioso. Allá un cine. Más allá una taberna.

El Madrid más sano, ríe.

Ríe en las casas circundantes, cada vez de menos pisos. Ríe en los adoquines saltones. En el Manzanares confidencial. En el Carabanchel Bajo que — pasado el puente de Toledo — asoma, como manos estiradas, sus primeros pobladores.

El tranvía anda muy rápido. Se mece igual que un columpio. Por sus ventanas numerosas, entran abanicazos de aire campestre.

Se ven muchos árboles. A lo lejos — sin la pantalla de las edificaciones madrileñas — se divisan las ondulaciones de la tierra. De esta tierra castellana, que tiene morbideces de hembra joven.

2

Y Pedro Claudio se hunde cada vez más, en su recuerdo.

La Carmen le danza ante los ojos.

La siente cerca, cerquísima. Le parece que, estirando la mano, va a tocarla. Y, sólo de pensarlo, se estremece.

¡No! ¡Si no puede ser! Es imposible que tenga tanta suerte. Que lo espere esa dicha inmensa. Algo ocurrirá. Algo se interpondrá entre ambos. ¿Se opondrá la madre, doña Rafaela? ¿Tendrá que pelear con otros novios? ¡Quién sabe si hasta tendrá que matar! Pero, ¡qué tonto! ¡Mientras sea más difícil, mejor! Está decidido a todo. Ya que ella lo quiere. Ya que ella ha prometido ser suya. Pues él tratará de ganarla, cueste lo que cueste.

¡Aunque tuviera que sacrificarle su existencia!...

En visión cinemática, recuerda, para convencerse, los episodios de la conquista. Desde que la conoció...

Fué cerca de la obra. En un piso segundo. La vió frente a frente. Subido él en la arquería de hierro.

Sin saber por qué, estúpidamente sonrió. Ella hizo lo propio, llena de burla. Pero desde ese instante, se le clavó, como un barreno, en la espalda.

3

Ya inútilmente trató de olvidarla.

Aún cuando echaba las rasillas o los ladrillos unos

sobre otros, pegándolos con mezclas formidables. Aún cuando estuviese caminando — en equilibrios locos — por las varillas de los altos pisos. Aún cuando estuviese elevando materiales, en esfuerzos terribles y con máximos peligros. Siempre. Siempre, lo perseguía la imagen de ella. Sus ojos negrísimos, obsesionantes. Sus labios pulposos. La gracia exuberante de sus formas castizas.

Y la obra seguía creciendo.

Venían y venían los camiones repletos de carga.

Gritaban estrepitosamente en el barrio apartado. Echaban montículos copiosos de arena, piedra y tierra. Saquillos de cemento, hileras de rasillas y ladrillos se agrupaban en los pisos bajos. Al pie de la valla dormían decenas de barrotes de hierro, de tamaños distintos, para las vigas y puntales de las complejas arquerías.

Y — sobre todo — el hormigueo de los hombres.

Era igual que una colmena. Todo el trabajo repartido. El Maestro de obra, su hermano Antonio, orientando la labor. El listero, Rafael, llevando el control de los gastos, haciendo toda la gestión económica. Y después, los obreros especialistas y los peones. Cada uno moviendo los músculos en arrebato creador. Cada uno aportando a la edificación su esfuerzo máximo.

Era como una conquista del cielo.

Se sentían — en cierto modo — gigantes.

Esa serie de objetos dispersos, venidos de sitios diferentes, parecían coger vida entre sus manos hábiles. Y subían los hierros. Se pegaban con fuertes remaches. Comenzaban, después, los albañiles. Surgían, unos so-

bre otros, los ladrillos. Unas sobre otras, las paredes. Y unos sobre otros los pisos.

Tal que en una cópula inaudita, ayudada por los hombres.

4

La Carmen asomaba raramente a su ventana. Lo miraba burlonamente. Y desaparecía.

Pedro Claudio trató de saber algo.

Un día, antes de regresar a Carabanchel, después de terminado el trabajo, se acercó a la Portera de la casa de ella. Esta lo recibió desabridamente. Sobre todo, al enterarse de su pretensión.

—¡Hombre!... ¿Que te crees tú eso?

Así que tuvo que batirse en retirada.

Su salvación fué Rafael, el listero de la obra:

—¿Qué? ¿Te gusta la Carmen?... Porque si te gusta...

Y Rafael le explicó:

—A las mujeres había que tratarlas así. ¡Al abordaje! Si te estabas hecho el tonto dando vueltas, no conseguías nada. Pasaba el primer flamenco por su lado. Y se alzaba con el santo y la limosna.

¡Al abordaje!

Mientras más pronto, mejor. Nada se perdía. Ni siquiera tiempo. Y si no resultaba esa, buscar otra. Y otra... Mujeres como ella — pimienta y canela — había por miles en España.

¡Al abordaje, Pedro! ¡Al abordaje!...

Rafael — malagueño ciento por ciento — gustaba de hablar, en ocasiones, con términos marinos. Era su único tributo a la alegre ciudad andaluza que lo vió nacer.

Alto y macizo, generoso y risueño, se había ganado el afecto de sus compañeros de trabajo.

5

¡Al abordaje, Pedro!...

Con timidez, pero con tesón, comenzó.

Desde la galantería aérea, lanzada como pudo desde lo alto de las arquerías o los andamios. O persiguiéndola en sus rápidas salidas a la calle.

¡Al abordaje, Pedro!...

Y la Carmen respondió ampliamente.

Jamás se quedó una frase sin respuesta. Con gracia inefable, con algo de domadora de potros, en esguinces toreros, se fué entregando. Las palabras fueron más acogedoras. Los ojos se llenaron de dulces promesas. El cuerpo ondulante, provocativo, pareció sonreír.

Pero todo esto era aún de lejos. Al pasar. En auténtico torneo explorador.

Por eso Rafael, inclinándose irónico, siempre le musitaba al oído:

—¡Al abordaje, Pedro! ¡Al abordaje!...

6

En esto, vino la huelga.

Se durmieron las obras. Madrid pareció anestesiarse. No hubo pan en decenas de miles de hogares. Se vieron largos cordones de hombres y mujeres vacilantes. Rostros famélicos decoraron los barrios apartados. Aumentó la mortalidad de los chiquillos. Cerráronse los puños en sindicatos y comités enardecidos. Uno que otro acto violento rubricó en las calles la tragedia y el hambre.

¡Pero los amos no transigieron!

¡No transigieron!

Reían conejilmente, parapetados tras de los Bancos. Armados de sus rollos de billetes y sus montones de oro. Reían en las terrazas de los cafés. En los teatros elegantes. En los bailes nocturnos. En los prostíbulos lujosos. Reían. Siempre reían.

¡Qué iban a transigir!

¿Que queréis menos horas de trabajo? ¿Que queréis mejor salario? ¿Que queréis alguna garantía para vuestra labor y vuestra existencia?

¡Ja, ja, ja ja!

¡Que venga alegría! La vida es nuestra.

¿Que no volveréis a trabajar si no cedemos?

Peor para vosotros. Nuestro dinero seguirá tranquilo. ¡Durmiendo sosegadamente hasta que vuestro estómago resista!

Nosotros somos los amos. ¡Ja, ja, ja! Seguiremos divirtiéndonos. Todavía hay tiempo. Mucho tiempo. El

tiempo que vuestras mujeres y vuestros hijos soporten. ¡Ja, ja, ja!...

Los ladrillos, los hierros, el cemento, las maderas, las herramientas, hasta las calles sonoras, hasta los vecinos amigos: ¡Todos! Todos extrañaban el impulso creador de los obreros.

Y así transcurrían los días y las semanas.



CANELA FINA

I

Pedro Claudio estaba desconcertado.

Los primeros días los pasó en las afueras de Carabanchel Alto. Mirando, perennemente su Madrid. Desde la loma lo divisaba nítido y grandioso, pareciendo crecer a cada instante.

Al propio tiempo, cazaba pajaritos.

Unas veces era con red. Pero la mayoría de las ocasiones lo hacía con ballestas.

Muy temprano salía de su casa, con multitud de esas traidoras trampas. Las hundía en la tierra, ocultándolas. Y salía a recorrer los campos ondulosos, esperando que pasara algún tiempo.

Al regresar era seguro que encontraba docenas y docenas de avecillas atrapadas.

Por eso sentía menos hambre que los otros.

Y es que, además, la tierra protege a los que se le acercan. Y ahí en Carabanchel quien más quien menos, tenía su pedazo de campo sembrado.

La imagen de la Carmen — eso sí — no lo dejaba un instante.

La veía en todas partes. Andando sobre las lomas. Trepada sobre los árboles. Acompañándolo en sus cacerías. Lo veía claramente. Como si, en efecto, la bella muchacha estuviera a su lado. A veces hasta intentaba hablarle. Y al convencerse de que sólo era una creación de su mente fébril. Que la Carmen estaba todavía en Madrid. Que le separaban de ella varios kilómetros, rugía.

Estiraba los puños amenazadores hacia la gran ciudad.

Como si quisiera pulverizar a los patrones injustos e incomprensivos.

2

En esto los visitó Rafael, el listero.

Y, apenas estuvieron los dos solos, recorriendo los campos, adelantándose a los demás Claudio, el malagueño le preguntó:

—¿Y? ¿Has visto a la Carmen?

—¡No!

—¡Pero, espábilate, hombre! ¡La guapa esa te tiene unas ganas... que bueno!

—Pero es que...

—¡Nada!... ¡Al abordaje! ¡Al abordaje!...

Por eso, Pedro Claudio acabó de decidirse.

3

Al día siguiente, muy temprano tomó el tranvía de Madrid.

Toda la mañana estuvo rondando la casa de la Carmen.

Ella se asomó un instante. Lo quedó mirando. Rió. Y desapareció.

Pedro Claudio — al mediodía — tomó un chato de vino en la primera taberna. Compró una libreta. Se la comió. Y volvió a rondar la casa de la guapa.

Pasó algún rato. La Carmen volvió a asomarse. Hizo como que no lo veía, en un principio. Estuvo — eso sí — más de un cuarto de hora asomada en el balcón.

De pronto, viró el rostro. Lo vió. Y le hizo seña de que lo esperase.

A Pedro le dió vueltas el corazón.

Y — ya medio loco — la esperó.

Ella bajó casi en seguida.

Ni lo miró. Echó a andar con toda su gracia. Taconeando airosa. Llenando la calle.

El la siguió. En la primera esquina, la Carmen cambió de dirección. Y entonces, Pedro se acercó.

4

Al sentirlo al lado, la guapa se detuvo y se volvió.

Lo miró en una forma que lo dejó desconcertado.

¿Qué quería? ¿Por qué la estaba fastidiando? ¿Por qué no la dejaba tranquila?

La mirada era irónica. Hasta despectiva.

Pero Pedro Claudio estaba decidido a todo.

Le habló primero, en el mismo plan. Aunque ya algo emocionado. Le lanzó unas cuantas galanterías, las que ella respondió con una carcajada que lo desconcertó más aún.

La Carmen —al verlo así— le volvió la espalda y siguió caminando.

Pedro estuvo indeciso unos instantes.

Y en seguida emprendió, otra vez, el abordaje.

La Carmen aceleró el paso.

Pedro, también.

Y eso como que le dió fuerzas.

Ya no le habló en broma. Le abrió su corazón, sencillamente. Con voz grave, le fué diciendo cuanto la amaba. Lo que pensaba de ella. Sus propósitos.

La Carmen parecía no oírlo.

Los que pasaban a su lado reían. Es que el hombre estaba realmente ridículo.

Pero la Carmen — aunque no lo pareciera — lo iba atendiendo más y más. Ya no reía tanto. Antes bien, escuchaba atentamente. Disminuía poco a poco su paso. Sentía que el corazón le latía más aprisa. Que una extraña emoción le apretaba la garganta,

Por fin, se paró en seco:

—¡Qué tío más empalagoso es usted!

Pedro Claudio se acordaba de Rafael. La cogió el brazo. Ella quiso protestar.

Pero — entre otras cosas — la mano de él era demasiado fuerte. Y, además sería feo hacer un escándalo en media calle. Y como nada perdía...

5

Su dicha ha culminado este día. Hoy ella lo ha aceptado definitivamente. La ha abrazado. La ha besado. Le ha hecho mil caricias en el cine. Se han puesto de acuer-

do en todo, absolutamente en todo. Hasta en que irán a vivir — los dos solitos — en una casita blanca. En una de las casitas blancas de Carabanchel Alto.

Alguien le toca los hombros. Lo sacude:

—¡Oye tú! ¡Que ya llegamos!



LOS CLAUDIO DE CARABANCHEL ALTO

1

Desde el rincón donde beben, se divisa la plaza. De rato en rato llegan los tranvías. Vienen repletos de hombres. Es que casi todo el pueblo hace su vida en Madrid. Y a esta hora — obscurecerá muy pronto — están de vuelta.

Beben chatos de manzanilla.

Uno que otro pide, para variar, una caña de cerveza. Pero esto lo toman sólo por el calor. ¡A ver! Si parece que uno se estuviera asando al horno. Y esto que dicen que al sur es peor aún.

¡Si no fuera por eso!

—¡La cerveza sólo sirve para echar tripa!...

Ahí. Ahí — alrededor de la mesa — está lo mejorcito del pueblo. Ahí está el Alcalde, vestido de color verde aceituna. Ahí está el juez. Ahí están los concejales. Ahí están dos o tres de los elementos más distinguidos. Ahí están.

Es que el Ayuntamiento tiene dos locales.

El uno, más adelante. En una casita pequeña de dos pisos, arreglada coquetonamente. El otro, acá, en la taberna. Acá, en medio de todo los que beben, codo a

codo, en máxima identificación popular. Acá, bajo este arco de madera, algo alejado del mostrador, donde se consume vino, de pie. Rápidamente. Escandalosamente.

2

Casi todos son Claudio o parientes de los Claudio.

—Esa es nuestra fuerza. — Comenta el Alcalde — Por eso nadie nos gana las elecciones.

El Alcalde es medio bohemio. Se llama Paco. Tiene cejas tupidas.

Aunque se abraza con todo el mundo, su voluntad se impone.

Además de la autoridad de su cargo, no suelta nunca una pistola.

—¡Yo soy el amo!... ¡El amo de Carabanchel Alto!...

Los demás ríen con la broma. Aunque en el fondo, saben que eso es verdad, que Paco Claudio manda.

Lo único que manda — a su modo de ver — bastante bien. Se preocupa más de todos que de sí mismo. Y ya eso es mucho.

3

Antonio — el maestro de obras — tiene un perfil adusto.

Hombre austero, de costumbres modelo, liba muy de tarde en tarde un chato de vino. Y cuando los demás ríen. Y cuando a los demás el alcohol les sazona el ambiente de mundos irreales, él canta.

Canta como pocos, en improvisación rotunda.

Se hace más agresivo su rostro mordiente. Vienen las palabras y las notas en armonías desconocidas. Y — poco a poco — se va adueñando de los que lo escuchan.

Todos callan. Nadie osa decir nada. Los "olés" mueren en los labios.

Apenas — cuando Antonio termina su canto — si alguno se atreve a musitar:

—¡Vaya un tío flamenco!...

El otro Claudio usa bigotes enormes, conquistadores.

De los tres hermanos — Pedro, Antonio y él, Fernando — es el mayor.

Con su primo Paco, el Alcalde, manejan el Ayuntamiento. Los otros se dedican a sus trabajos particulares, a las obras. El no. El es político. Lo que más le agrada es mandar. Por eso es, también, tan espléndido. Tiene sus realitos. Y ahora que ha llegado a la vejez, quiere gastárselos en "eso".

"Eso" para él es la política.

Los otros dos son cuñados de los tres hermanos.

El Juez, el hombre más simpático del pueblo, es un pariente lejano. Orgulloso de sus funciones, pasa entre los novios la vida más grata. Sus manos están siempre prontas a derramar la felicidad por todas partes. Y esto hace que lo quieran más que a nadie.

4

La cocinera les hace una seña amistosa, abriendo ligeramente la puerta del fondo.

El Alcalde se pone de pie.

Los otros lo imitan. Y poco a poco, van pasando al interior.

En eso aparece Pedro Claudio. Tiene tal aspecto de felicidad, que a todos les sorprende.

El Juez se pone misterioso. Y le toca el hombro.

—Tendremos que casarte muy pronto.

Pedro no contesta nada, pero ríe aquiescente.

La mesa está servida.

En el centro hay una fuente enorme, con un cordero asado. Despide un olor que marea. Lo rodean patatas pequeñitas. medio sumergidas en el jugo sustancioso. De un lado de la fuente, hay una colección de libretas de pan. Del otro, una gran bandeja de legumbres.

El Alcalde sonríe satisfecho. Sobre todo, advirtiendo las baterías de botellas de vino.

Se sientan.

Cada quien corta el trozo que más le agrada. Remojan el pan en la salsa exquisita. Toman de rato en rato, un trago de vino. Y callan.

Callan, mientras la cocinera los contempla desde un ángulo.

De fuera, viene el ruido caótico de la taberna.

Voces confusas. Conversaciones mutiladas. Chocar de vasos. Una que otra canción. Y — dominándolo todo — la voz gangosa de una radio. De una radio que no se distingue casi nada. Que sube y baja de intensidad a cada instante.

El Alcalde se impacienta:

—¡Un día voy a callar a tiros esa radio!...

Pero Antonio le dice que no haga caso. Que siga comiendo.

5

Los maestros de obra y los listeros — en algunos casos — cobran.

Antonio — por ejemplo — a pesar de la huelga, tiene íntegra su paga.

Pero esto, en lugar de alegrarlo, lo entristece.

Como puede, hace partícipes a sus compañeros del privilegio. Le parece que en esa forma hará sentir menos la injusticia de su situación. El quisiera estar siempre igual a los demás. Sufrir — con su mujer y sus cuatro hijos — las mismas angustias de tantos miles de familias.

A ratos, quisiera hasta devolver la paga. Pero esto le sirve para ayudar a los otros. A esos pobres obreros de Madrid que no tienen ni casa, ni comida, ni nada.

El está en el campo.

Y por hostil que sea Castilla, no le puede negar todo amparo a sus hijos.

Mientras come, piensa en esto Antonio Claudio.

Y Pedro, viéndole el rostro, lo adivina.

Llega un momento en que el maestro de obras deja de comer. Parece como que quisiera levantarse. Huir de ese sitio. Las manos se le crispan. Los labios le tiemblan.

Pedro le coge un brazo:

—¡Ya vendrán tiempos mejores!...

Pero Antonio no se conforma.

Le parece que hace mal en comer cordero, mientras los otros se mueren de hambre. Que hace mal en tomar vino. Que hace mal divirtiéndose. Que hace mal en estar allí, cuando debiera de prepararse a luchar en Madrid, en los Sindicatos, en los Comités.

En tanto que los demás devoran el cordero, hasta dejar los huesos pelados, la radio sigue gritando.

De vez en cuando, corta su fluidez estentórea un transmisor Morse. A ratos, es otra emisora. Y entonces se forma un pandemonium. Trozos de jazz, con trozos de discursos, se mezclan en cocktails estrambóticos de ruidos.

El Alcalde — al fin — se enfurece:

—¡La voy a callar, como siga chillando!...

6

Después de comer vienen los cantos.

Paco Claudio, el Alcalde, es el primero que suelta la voz. Afirma que ahora no lo hace tan bien como antes. Y empieza unas soleares. Pero realmente canta mal. Quien tiene mejor voz es Antonio.

Sobre todo, Antonio canta con un tono emocionado que barrena el alma.

Por eso, en seguida le llueven las insinuaciones:

—¡A ver, Antonio, tú!...

—¡A ver, el niño de Carabanchel!...

—¡A ver Antonio!... ¡A ver!...

Antonio se defiende:

—¡Que no, hombre!... ¡Que no!... ¡Que no puedo!...

Pero todos persisten:

—¡A ver el niño de Carabanchel!...

—¡Trilililililili... ay!...

Antonio ya casi no puede defenderse:

—¡Pero si no puede ser!...

—¡Hombre, Antonio!... ¡Parece mentira!...

—¡El que no la canta la paga!...

Tanto insisten, que al fin tiene que ceder.

Al hacerlo piensa en los suyos. Piensa en su familia regada como un sistema fluvial por la aridez de las lomas. Piensa en lo que han sufrido los Claudio. Y — como estos — todos sus compañeros. Ha sido desde tiempos inmemoriales. Su sangre ha salpicado los últimos rincones de Castilla. Sus músculos deshechos, han amasado todas las fortunas. Y nunca tuvieron la menor justicia. Siempre vivieron al margen de la vida. Arrastrándose como larvas miserables en las tierras de los amos.

Por último, piensa en las elecciones del 36, que colmaron todas sus esperanzas. Que le hicieron creer que comenzaba nueva vida.

¡Cuando, en eso, había estallado la huelga!...

Por ello, su voz es, cada vez, más sentida. Se hace acariciante. Tiene toda la amargura acumulada en esas semanas espantosas. En que las obras parecen cementerios. En que los obreros van, como sonámbulos, sin saber para donde, famélicos y desesperados.

7

Lo escuchan con verdera unción.

El ruido de la radio ha disminuído. Algunos se han acercado hasta la puerta para oír. Nadie interrumpe al maestro. Ni siquiera fuman ni beben.

Cuando termina, salvas de aplausos incendian el ambiente.

El silencio prosigue unos instantes.

Y de pronto, hay un estremecimiento general.

La voz de la radio se hace clara, distinta. Se mete por los oídos. Y sacude aún a los más ebrios de la taberna, como una descarga eléctrica.

Y la radio dice una vez, otra vez, muchas veces, con un acento que crece, que va a incrustarse en las paredes y en los hombres.

La radio dice:

—¡Se ha sublevado!...

—¡Se ha sublevado el ejército!...

—¡Se ha sublevado el ejército en Melilla!...



EL IDIOTA

I

El heredero de los Condes — Carlitos — tiene hambre.

¿Cuánto tiempo hace que se marcharon sus padres?

Devoró en los primeros momentos los fiambres que le dejaron. Ignoraba que debía racionarse. Como nunca se preocupó de la comida... Siempre le dejaron lo necesario para hartarse. ¡Qué iba a sospechar que un día se olvidarán de hacerlo!...

Además, que todo aquello era demasiado para su cerebro micrométrico. La comida le caía como del cielo. Se limitaba sencillamente a desaparecerla.

Los primeros instantes, esperó pacientemente.

Fijó sus ojos en la puerta. Y esperó.

Esperó varias horas. Se paseó por la habitación. Se acostó en la cama revuelta y sucia. Se levantó. Quién sabe qué extrañas explicaciones para lo inaudito se elaboraron en su cerebro.

Y esperó.

2

Pero, ahora el hambre es insoportable.

Le sube una angustia densa hasta la garganta. Siente un desesperante retorcimiento en el interior de su vientre. Los dientes empiezan a danzarle. La cabeza le da vueltas.

Y ya no puede contenerse.

Se lanza contra la pared. La golpea. Con los puños. Con los pies. Con el cuerpo todo. Y, al sentir sus miembros adoloridos, se exaspera más aún. Coge las sillas, coge cuanto encuentra su mano. Y se lanza a golpear la puerta.

El esfuerzo brutal lo agota. Al poco tiempo cae inerte.

Pero la angustia va creciendo. Creciendo. El idiota empieza a moverse furiosamente. A gritar. A arañar el suelo. A arrastrarse de un sitio a otro, como un ofidio.

Llega un momento en que todo se le obscurece. En que no distingue nada. Y en que — finalmente — pierde la escasa noción que tiene de lo que le rodea.

3

Cuando vuelve en sí, el hambre es indescriptible.

Se lanza contra los filos de las paredes. Les clava los dientes. Pero solo consigue morder una capa de pintura y ligeras astillas.

Esto — en lugar de calmarlo — le da más ímpetu.

Va contra el hierro de la cama. Contra la mesa. Contra la silla. Contra todo lo que le rodea.

Y va dejando, por doquiera, la huella de sus dientes agresivos.

Tiene un momento de febricidad máxima.

Vista la imposibilidad de ingerir algo, se arroja sobre el lecho. Los dientes le traquean como una ametralladora. El aparato digestivo le gruñe en orquestación diabólica. Se retuerce como un tornillo.

Al fin, no puede más.

Levanta una mano. La queda mirando con una mirada inenarrable.

Cierra los ojos.

Y acerca esa mano a su boca anhelante.

Un alarido de dolor y placer latiguea el ambiente.

El idiota eleva su mano ensangrentada.

Pero come. Come frenéticamente.

Le crece el hambre y le crece el dolor. No. Es imposible. La autofagia es imposible.

¡Es imposible!...

El idiota queda un instante quieto. Y empieza a llorar.

Es un llanto de niño.

Un llanto manso, impotente, minúsculo.

4

La Carmen está en el piso de abajo.

Desde que oyó chirriar la llave de su cuarto, se puso intranquila. Pero, al instante, se calmó. Seguramente el señor Conde tenía que tratar de un asunto grave

con el doctor Montilla. Y no quería que nadie lo molestara.

Pero cuando pasaron las horas y siguió encerrada, sus nervios se exasperaron.

Se acercó a la puerta. Y empezó a gritar:

—¡Señorita!... ¡Señorita!...

Como nadie le hiciera caso, golpeó con los puños, fuertemente.

Pero nada. Nadie le respondía. La casa estaba en silencio.

Apenas si — arriba — se oía levemente el caminar desesperado del idiota.

¿Qué habría pasado?

Francamente, ya le estaba dando miedo.

—¡Señorita!... ¡Señorita!...

En fin. Tal vez habían salido los condes. Regresarían más tarde. Quien sabe si el doctor había venido a buscarlo. Como su visita había sido tan extraña. Tan llena de misterio. Y como el doctor manejaba los intereses de los señoritos.

Lo mejor era acostarse. Dormir un poco. Y esperar el día siguiente. Quizá no ocurría nada. Y ella se ponía nerviosa, por gusto.

Trata de dormir, pensando en Pedro Claudio. Le parece que lo escucha nuevamente. Haciéndole ofrecimientos deliciosos. Acariciándola en tal forma que la incendia. ¡En Pedro Claudio!...

5

Despierta.

Deben haber pasado muchas horas. Y nadie ha venido a buscarla.

¿Qué habrá pasado? ¿Qué puede haber pasado, para que la tengan allí encerrada y con hambre?

Y que es un hambre terrible, plena de angustias. Un hambre que la ha hecho recorrer todos los rincones, como una loca, buscando. Ella misma no sabe ni lo que está buscando. Pero sigue.

Al no encontrar nada. Y — esto más — al pasar tantas horas sin que le abran, su desesperación crece.

Empieza a gritar. A golpear con lo que puede, la pared, la puerta, todo.

6

El idiota presta atención.

Escucha, abajo, ruidos extraños. Se calma por un momento. Empieza a golpear el piso. Pega el oído al suelo. Y una risa extraña asoma a sus labios.

Se levanta. Da vueltas. Muchas vueltas. Va hacia la puerta. La empuja violentamente. Y no logra nada.

Entonces se lanza contra el lecho. Lanza el colchón al suelo. Y empieza a desarmar la cama.

Lanza un alarido terrible.

Por fin, tiene en sus manos un trozo de hierro. Uno de los pilares del lecho.

Trémulamente, se dirige otra vez hacia la puerta. Empieza a golpearla con el hierro. Pero la puerta se resiste. En vano lo intenta en diversas ocasiones, haciendo un acopio de todas sus fuerzas.

La puerta ni siquiera se mueve.

Carlitos está decidido. Sigue monótonamente, tratando de romperla o de abrirla. Sólo de rato en rato, deja

su trabajo. Y pone sus oídos en el suelo. Para ver si continúan los ruidos.

7

¿Cuánto tiempo ha pasado?

El idiota ha logrado desprender las bisagras. Medio astillar una de las fortísimas maderas. Al lograrlo, sigue su trabajo, más febril aún.

Los dientes le rechinan. Los ojos se le encienden con iluminaciones ignotas. Ahora, no descansa ni un segundo.

Haciendo un esfuerzo supremo, logra abrir la puerta.

Se lanza disparado por ella. Llega a la escalera. La baja en dos saltos. Y empieza a pegar sus oídos a todas las puertas del piso. No oye el menor ruido. Entonces, trata de abrirlas. La mayoría se resiste. Unas pocas, no.

Entra a las habitaciones. Empieza a revolverlo todo. Abre y cierra cajones. Mira por todas partes, buscando qué comer.

Pero no encuentra nada.

De pronto, oye pasos en la habitación contigua. Presta atención breves instantes. Y de un salto, va hacia fuera.

La llave de esta habitación está en la cerradura. El idiota la agarra con mano temblorosa. Empieza a moverle de un lado y otro. Forcejea. Se impacienta. Golpea la puerta.

Y— cuando menos se da cuenta — la puerta se abre.

Un grito de triunfo le explosiona en los labios.

Frente a él — horrorizada — está la Carmen.

8

La Carmen, instintivamente, retrocede.

—¡Señorito Carlos!... ¡Señorito Carlos!...

El idiota rechina los dientes. Lanza una carcajada y se acerca. La Carmen sigue retrocediendo.

—¡Señorito Carlos!... ¿Qué quiere?... ¡Señorito Carlos!

El idiota le responde en su lenguaje ininteligible.

Y sigue avanzando.

Los labios le tiemblan. Los ojos se clavan en la muchacha, como puñaladas.

La Carmen, entonces, intenta correr.

Pero, de dos saltos, el idiota la acorrala en un rincón. Y se le va acercando, acercando. Casi hasta tocarla.

—¡Por Dios!... ¡Señorito Carlos!... ¡Márchese!... ¡Por Dios!...

El idiota le contesta con un rugido. Estira la mano. Y de pronto — con un movimiento rápido — le coge el vestido y se lo desgarra.

El cuerpo de la Carmen queda semi desnudo.

Tiembla toda ella, llena de rabia.

Como puede, trata de taparse sus partes más íntimas, que han quedado casi descubiertas.

—¡Márchese!... ¡Por Dios!... ¡Márchese!...

La vista de la carne mórbida enfurece más aún al idiota.

Se lanza sobre ella. Intenta cogerla.

¡Pero la Carmen se defiende!

9

¡La Carmen se defiende!

Cuando el idiota acerca su boca anhelante al cuerpo de ella, lo repele con golpes terribles.

El idiota ríe satánicamente. Y también la golpea.

Esta lucha se prolonga algunos minutos.

El idiota se enfurece más y más.

La Carmen — dominada — apenas si puede sostenerse. Lo único que hace como defensa — como suprema defensa — es poner las manos temblorosas entre sus muslos apretados. Y procurar — con retorcimientos de su cuerpo — que la boca del idiota no se le acerque.

Es que la Carmen se engaña.

La Carmen cree que el idiota tiene otras intenciones.

Cree que peligra su sexo clamante. Su virginidad joven y hermosa.

Y eso no. Lo que peligra es su vida.

El idiota sólo tiene — sencillamente — hambre.

¡HAMBRE!...



19 DE JULIO

1

Han pasado dos días.

—¡Es como si hubiéramos soñado! ¡Como si estuviéramos soñando!...

Súbitamente, se han crecido. Se han hecho héroes.

Quien más, quien menos. Pero todos han olido la pólvora.

Unos sintiendo en propia carne la mordida del acero. Otros cayendo en el campo sin vida. Otros, mirando como caen los camaradas. Pero también sintiendo como propio el ajeno dolor. Esperando su turno. Dispuesto a dar su sangre en la ocasión primera. Con deseos profundos de venganza.

Ha sido como una ráfaga. Como una ráfaga roja.

De todos los campos ha surgido la llamarada de odio. Como un solo hombre, se han levantado las masas. No han tenido armas. Muchos nunca han disparado ni agredido a nadie. Pero ahora, un calor vital les rotura las vértebras. Se lanzan, como cíclopes. contra los cuarteles amurallados. Contra los nidos de ametralladoras. Contra la selva de fusiles y de hombres amaestrados. Contra la mancha gris y amorfa del ejército vendido.

—¡Es como si hubiéramos soñado! ¡Como si estuviéramos soñando!

No les importa la lluvia de proyectiles. Avanzan.

Se espera que caigan los compañeros que llevan una escopeta o una pistola, para quitársela. Se lanzan piedras entre tanto.

Y las ametralladoras siguen, con su tableteo maldito, devorando hombres

Donde cae uno, salta otro a ocupar su puesto y sus armas.

Y siguen avanzando. Avanzando.

No importa que los diezmen, si están luchando por impedir que los encadenen.

¡No importa! ¡No importa!...

Cada quien — hasta el más humilde, el más insignificante — siente que se agiganta. Que lucha no solo por él y para él.

Que atrás de su avanzada está toda España. Toda la humanidad.

—Es como si hubiéramos soñado. Como si estuviéramos soñando.

2

Y en esta primera lucha, el pueblo ha vencido.

El pueblo se ha solidarizado con el Gobierno que eligió. Y ha vencido.

La radio de la taberna lo sigue gritando. Cada vez, más fuerte. Cada vez, más hondo.

¡El pueblo ha vencido!

Ahora el Alcalde no maldice del artefacto eléctrico.

Antes bien, pasa horas y horas escuchando. Sobre todo lo entusiasma al oír cuando hablan de la toma de Campamento, en la que ha actuado con su gente.

El tabernero está orgulloso.

—¡Ahora no querrás que deje de chillar!

Paco Claudio nada dice. Acaricia la culata de su pistola. Y hace un gesto.

Más que nunca, el Ayuntamiento de Carabanchel Alto se ha hecho digno de sus funciones. Ha peleado en primera línea con todos sus miembros. Han disparado, parapetados tras de las piedras y de los árboles. Y en ocasiones, completamente descubiertos.

Por eso, hoy que el triunfo les sonríe, una satisfacción enorme les hincha los pechos.

3

Y, en tanto, la radio sigue gritando.

Vienen noticias jubilosas en las ondas ansiadas.

Toda España ha repelido la agresión. Se ha rubricado en carne y sangre una epopeya. Se habla de hechos gloriosos en las calles de Barcelona y de Madrid. Se han lanzado los obreros sin un arma, contra los cañones enfurecidos. Se ha dominado al ejército volcánicamente . La fecha magna ha sido un semillero de héroes. El pueblo — un pueblo de gigantes que nadie esperaba — ha surgido desafiante.

Y discursos formidables encienden las masas. Suenan músicas marciales que electrizan, que empujan al combate. Un torbellino de escenas y de hombres parece ir brotando del caos radiofónico.

Paco Claudio no dice nada. Pero aprieta, cada vez más fuerte, la culata de su pistola. De su pistola que ha tableteado como una ametralladora.

4

¡Mientras va a Madrid, Pedro Claudio ve cruzar coches vertiginosos.

Se dijera que las carreteras cogen una vida extraña. De vez en vez, suenan disparos. De vez en vez, surge uno que otro grupo de hombres armados. El himno de la República se va involucrando en el aire, como tatuaje perenne. Los "cacheos" menudean. Sobre todo, al penetrar en las primeras calles de la Capital.

En Madrid hay poco tránsito. En cada esquina hace guardia un miliciano o un grupo de milicianos. Van — fusil en mano — deteniendo a todos los coches. Estos, en su mayoría, están ocupados por afectos al régimen. Enseñan su documentación. Y siguen su trayecto.

Los cafés y las tabernas están cerrados. Cerrados todos los establecimientos. Con dificultad puede andarse. A cada instante, se oyen disparos. Especialmente, desde los techos y las ventanas de los edificios.

—Hay más "pacos"...

Por eso, se escucha intermitentemente el grito de:

—¡Fuera de los balcones! ¡Fuera de los balcones!...

De vez en cuando hay un atrevido que dispara y dispara incansablemente. Entonces los milicianos empiezan a cazarlo. Cuando lo localizan, en ocasiones después de haber tenido varias bajas, suben a los pisos.

—Vamos a por él...

Si lo agarran está "arreglado". En estos momentos, pecados más leves se pagan con la vida.

—¡Fuera de los balcones!... ¡Fuera de los balcones!...

5

Pedro Claudio espera ver a la Carmen.

Ha hecho un paréntesis en sus actividades bélicas. Y ha querido localizar a su morena.

Permanece largo rato en la acera del frente.

Pero nada. Absolutamente nada. Pasan varias horas y ni de casualidad asoma la guapa.

¿Se habrá ido a Santander? Le aseguró que no sería esa semana si no la próxima. Acaso los condes habían anticipado el viaje. Y ella no había tenido tiempo de decírselo. Algo así tenía que haber sido porque a esa hora ella siempre se daba tiempo para visitar a doña Rafaela...

Pero, ¿por qué estaba allí devanándose los sesos? Lo mejor era verse con algunos de los que vivían en el piso. O algunos de sus hermanos. Ellos tal vez lo informarían.

Efectivamente, después de algún rato, divisó a Manolo.

—Oye tú. ¿Qué es de la Carmen?

El muchacho le contesta que no sabe. Que nadie sabe nada de la Carmen. Que doña Rafaela está intranquila, porque debía de buscar una ropa. Y no ha aparecido por la casa. Que esto no ha pasado nunca. Que si no la ven esa tarde, la empezarán a buscar.

—¡Yo voy a buscarla desde hoy mismo!...

Cuando va a marcharse, alguien lo llama:

—¡Pedro!... ¡Pedro!...

Se vuelve. Y divisa a Rafael, el listero.

—¿Dónde vas?

—¡Hombre!... ¡Por ahí!...

—¡Espera! A ver si nos tomamos un chato.

6

De pie. Frente al mostrador. En esta taberna de barrio en que el malagueño cata los buenos vinos.

Pedro Claudio lo mira con afecto.

Le mira los ojos azules. El porte macizo, de formas gigantes. La alegría de vivir que respira por todos los poros. La facilidad con que torna su vestido de paño, su cabello alisado, sus zapatos luminosos y todo su pasado, por el mono azul, por las alpargatas obscuras y terrosas, por esa vida fraternal con los obreros.

Desde hace mucho tiempo, Rafael es el camarada.

Tanto desde las arquerías de hierro, algunos metros sobre el suelo, entre la baraúnda de ladrillos y rasillas, como aquí, en las tabernas. Frente a los chatos de málaga. O de jerez quina. O de manzanilla. O de montilla. Comiendo boquerones. O anchoas. O chorizo. O jamón. O ensaladilla.

Pedro Claudio admira en Rafael — entre otras cosas — su filosofía alegre de la vida.

—Para mí, vino, música y mujeres — dice.

Y cualquiera que no lo conozca pudiera creerlo así.

Pero no.

Rafael es un hombre que sonríe. Eso es todo.

Sonríe con un vaso de vino. O con una guapa en los brazos. O escuchando algo de cante.

Pero también sonríe trabajando. También sonríe generosamente para ayudar a los compañeros. También — ¿por qué no? — será capaz de jugarse la vida, cuando llegue su hora.

Claro que todo ello lo hará sonriendo. Siempre sonriendo. Sin darle importancia.

Explica algo de los motivos que le hacen ver así la vida:

—Mi madre ha sufrido mucho. Eramos siete hermanos. Y sólo quedo yo. Mi madre se suicidó. Nuestro último muerto — mi hermana — solo tiene un año. Por eso, mi madre es una mujer de luto. Una mujer que llora perpetuamente. Yo he tenido — por reacción — que aprender a reír. Pase lo que pase. ¡Reír!

Y Rafael bebe sus chatos de montilla, mientras Pedro Claudio lo sigue mirando.

7

Por las calles de Madrid sigue el grito:

—¡Fuera de los balcones!... ¡Fuera de los balcones!...

Suena uno que otro disparo aislado. Siguen los "cacheos". Uno que otro coche cruza veloz. Anda poca gente. Parece que la ciudad estuviera deshabitada. Pero no. Allí está la canción subterránea de los metros. Allí están los tranvías. Estos tranvías de Madrid que soportan la metralla y la pólvora, impasibles. Estos tranvías de Madrid que no se detienen jamás.



COLAS INTERMINABLES

I

No hay carne. Verduras, tampoco. Tampoco judías ni garbanzos. Tal vez, más tarde, a las diez, puede que lleguen algunos cajones de sardinas.

Hay que esperar.

Es lo único que tiene el mercado. Se acabaron hace tiempo las patatas, los tomates, las cebollas. No habrá nada más que sardinas. Hasta la mujer que vendía esas morcillas podridas ha desaparecido. Sólo habrá sardinas. Y aún eso es problemático.

—¿Quién da la vez?

—¡Yo!

Las mujeres revolotean asustadas.

Desde muy temprano asomaron. Dieron vueltas por las cuatro esquinas. Cuchichearon. Se empujaron. Pelearon por el sitio. No sabiendo con quien desquitar su disgusto. Y, por fin, comenzaron a iniciar la "cola". O, por mejor decir, las "colas". Porque al lado de cada pescadería se prende la fila interminable.

—¡Que no se cuele nadie!...

—¡Vamos, anda!... ¿Que te crees tú eso?

Unas tejen su jersey. Otras hablan. Hablan y hablan.

Hablan de muchas cosas.

Pero, sobre todo, de la falta de carbón. Ya no hay con qué guisar. Ni siquiera cisco gordo. No se pueden prender las placas. No dan gas. Y el gasoil lo han declarado combustible de guerra.

Doña Rafaela levanta los puños macizos.

—¡A ver!... ¡Tengo los brazos dormidos del "soplillo"!...

2

Esto es lo que más le duele a doña Rafaela.

Si no fuera porque no tiene qué guisar ni con qué, maldito lo que le importaría la guerra.

No le tiene miedo a nada, ni a nadie. Habiendo hecho un cocido. De esos que resucitan muertos, con garbanzos gordos, con tocino, jamón, chorizo, magro y demás. O unos filetes de ternera con salsa de tomate. O una paella de esas que parecen brincar del puchero, con toda una fauna marítima dentro. O con cualquiera de esos guisos sustanciosos que ella sabe... el mundo lo siente pequeño.

La guerra hubiera sido para ella una diversión.

No sabe nada de política. No quiere saber nada.

Lo único que le interesa es mandar en una cocina. Ese es su cosmos.

Ver cómo hierven los pucheros. Preparar las salsas. Dar de comer a muchos. Pero a muchos. Freir cien huevos. Mandar un ejército de pinches.

Ese. Ese es su paraíso.

Si al principio sentíase por eso tan feliz. Cuando estuvo — a raíz de la rebelión fascista — de cocinera en un hospital.

La intrigaron y tuvo que salir. Y tuvo que ir a casa. A cocinar sólo para tres, contándose ella. Ese fué el comienzo de su tragedia:

¡COCINAR SOLO PARA TRES!...

3

Después todo habíase tornado sombrío. Cada vez, más sombrío.

Los víveres iban escaseando. Poco a poco desaparecían en oleadas de los mercados.

Un día se acabaron las conservas. Otro, faltaron los huevos. Después, no hubo patatas. Y así sucesivamente. Hasta que ahora ya no había ni aceite con qué guisar.

Eso sí que era una iniquidad. Sobre todo con ella. Era quitarle media vida. Quitarle su razón de vivir.

Había nacido para estar al lado de una cocina. Desde pequeña ese había sido su oficio. Allí la conoció. Y allí la enamoró el cochero, su marido. Pudo decir que allí, o muy cerca se hizo madre. Guisando sonrió y lloró. Quiso y odió guisando.

Todo, absolutamente todo, aprendió a relacionarlo con sus guisos.

Hasta en sueños siempre se veía ondulante, majestuosa, en medio de una selva auténtica de pucheros crepitantes.

La habían fotografiado en varias ocasiones. Y cuando rememoraba algún episodio de su vida, gustaba de enseñar las copias. Allí estaba, con una sartén al frente. Con una batería de aluminios colgada de las perchas. Haciéndole fondo, colinas de platos. Sonriendo entre vapores culinarios. Sonriendo en la apoteosis de su carne triunfal.

4

Por eso es que sólo siente la guerra a través de la cocina.

Mientras la comida va escaseando más y más, ella intuye la proximidad del peligro.

Y eso que todavía hay sardinas.

Y eso que una que otra tarde se consigue leche.

Y eso que el pan aún no ha faltado.

Ahora sí se ve. Se nota que estamos en guerra.

Sin saber como, sus labios se mueven. Y con un gesto de odio, con los puños crispados, murmura:

—¡Maldita guerra que nos va a matar de hambre!...

De atrás, cerca de ella, una muchacha que la oye, ruge:

—¡Malditos militares que nos trajeron la guerra!...

Doña Rafaela no sabe qué decir.

5

Un miliciano ordena la cola.

Ahora que los camiones vienen, todas las mujeres gritan. Dejan sus jerseys. Dejan sus conversaciones. Y sólo se preocupan de ver lo que traen los vehículos.

En su mayoría, son cajones de sardinas. Hay algo de chirlas. Y algo de calamares.

Doña Rafaela siente vibrar toda su carne.

—¡A ver si me van a dejar calamares!...

Ella los prepara como nadie. En su tinta. Los limpia con una rapidez vertiginosa. Los adereza. Y hasta para servirlos tiene algo de magia.

Lanza una fuerte interjección. Y empuja a las que están delante.

—¡A ver si me dejan calamares!...

El pescadero la mira con cierto recelo. Le sonríe. Le hace una seña amistosa. Y dice:

—¡Que sí mujer!... ¡Que sí!

Y como las demás chillan, doña Rafaela les arroja una interjección más fuerte que la primera. Y las queda mirando, desafiante.

Las mujeres se callan.

6

Cuando va llegando a casa, recuerda que no tiene cerillas y que también debe hacer cola. Esto la saca de quicio. Duda unos breves instantes. Pero al mirar hacia el estanco y advertir la cantidad de gente que espera turno, tiene un estremecimiento de rabia y decide mandar a Manolo.

Ya en la portería, la rodean las vecinas.

—¿Y consiguió algo, doña Rafaela?

—¿Se trajo todo el mercado?

Doña Rafaela no sigue bromas. Alzando el pequeño paquete, musita sombríamente:

—¡Calamares!...

Y, sin prestarles mayor atención, se remonta al piso segundo.

Manolo le abre.

—¿Y? ¿Has sabido algo?

—¡Nada, mamaíta!

Doña Rafaela arroja su tercera interjección. Levanta como un trofeo su paquete de calamares. Y le dice a su hijo:

—Anda a por cerillas.

Manolo baja las escaleras, disparado.

7

Mientras limpia los calamares, doña Rafaela piensa en su hija, la Carmen.

Han pasado algunos días y no sabe nada de ella. Ha hecho cuantas diligencias ha podido. Y no ha obtenido ningún resultado. Es como si a la pobre muchachá se la hubiera tragado la tierra.

Francamente, cada vez se explica menos lo que puede haber pasado.

Desde el día en que se sublevó el ejército no tiene noticias de ella.

Ha ido varias veces a la casa del Conde, que está incautada. Y los milicianos que la cuidan le han dicho que no saben nada. Que averigüe en los Comités. Que lo anuncie por la radio.

Los vecinos han tenido hasta miedo de hablar de esa casa.

Le dicen que antes se oían ruidos extraños. Carcajadas. Gritos. Algo que parecía de ultratumba. Que

ellos no han visto a la Carmen. Que ellos no han visto nada. Que no saben nada.

Doña Rafaela, por eso, ha decidido esperar.

Ya regresará la Carmen. Tal vez está pasando mejor vida que todos, en Santander. Ya regresará, cuando termine la guerra.

8

Angelín, que casi no sabe hablar, se le abraza a las piernas.

—¡Bummm!... ¡Bummm!...

Doña Rafaela lo mira. El crío trata de explicarse como puede, con las manos, con el cuerpo todo. Lleva un gorro de miliciano. Y dos insignias antifascistas en el pecho.

Doña Rafaela sonríe.

—¡Vamos, hombre!... ¡Ya te entiendo!... ¿Están disparando, no? ¡Bueno!... ¡Márchate! ¡Déjame limpiar estos calamares!...

Angelín se va de la cocina con paso marcial.



EN LOS SOTANOS

I

La sirena aúlla larga, prolongadamente.

Se trepa en la noche, como una enredadera. Multiplica acrobacias inesperadas sobre los edificios bañados por una débil luna. Se sorbe íntegros los pisos más distantes. Y sus ramos de víboras desparramadas hurgan los oídos soñolientos de todo el vecindario.

Madrid surge fantástico, igual que la dentadura millonaria de un monstruo macrocósmico.

En danza de sombras colosales, el acero y el cemento arrojan sus siluetas a las calles. Las torres empiezan a tiritar de frío. El viento serrano les envuelve los largos cuellos estirados. Los balcones cerrados y miopes hacen pensar en colmenas dormidas. Rondan las nubes — unas pocas nubes temblorosas, —como bufandas grises. Como bufandas grises, con flecos de plata.

Un coche cruza velozmente por Cibeles. Suenan disparos. Crepita la multitud sobre los techos más altos. Se despereza el cañón antiaéreo. Atizba la ametralladora de voces tableteantes. Miles de ojos enfocan el cielo. Los reflectores — tal que espadas colosales — empiezan a partir el vientre obscuro de la noche.

Y, súbitamente, un hervor de caldera desenfrenada, empieza a surgir de las entrañas de la ciudad inmensa. Suben y bajan los ascensores. Racimos humanos pueblan las escaleras. Una que otra linterna tremulante señala la ruta. Lloran los niños asustados. El frío corta como una navaja. Se mete en las gargantas y en los pechos. Las toses — ahora — se confunden con la estridencia de la sirena latigueante. Los sótanos y las estaciones de los metros se saturan de compactas multitudes. Y la sirena aúlla.

La sirena aúlla, largamente, prolongadamente.

2

Doña Rafaela no dice nada.

Apenas siente la sirena — sin esperar a que la llame el delegado de los vecinos para esa noche — se levanta.

Duerme medio vestida. Se pone un paño negro sobre los hombros.

¡Y hala! ¡Andando!

—¡Angelín!... ¡Angelín!...

El crío de tres años no le hace caso. Doña Rafaela lo sacude:

—¡Angelín!... ¡Vamos, Angelín!...

El crío abre los ojos. Llora.

—¡Vamos, Angelín!... ¡Los aviones!...

El crío abre aún más los ojos. Se incorpora.

Está completamente vestido. Con zapatos y todo. Hay que dormir así, por si acaso. Cualquier día no dan tiempo los bandidos.

Doña Rafaela coge su crío, como quien agarra un paquete.

Tiene prendida una lamparita de aceite. Con ella duerme. No se pueden encender luces de otra índole. La lamparita proyecta grotescamente su figura extraña en la pared. Es una figura que llena todo el cuarto. Y en la que — como siempre — domina su moño erguido, bravío.

Sin soltar al crío, llama a Manolo. Este inmediatamente salta:

—¿Qué es?... ¿Qué es?...

—¡Los aviones!...

Manolo aprieta los dientes y murmura:

—¡Malditos fascistas!...

Doña Rafaela lo empuja.

—¡Cállate!...

Y rápidamente, se dirige a la puerta.

3

Todo el piso está en movimiento.

E igual toda la casa.

Ancianos que casi no pueden andar y niños de pecho están despiertos. Unos hablan y otros lloran. Nadie se entiende con nadie. Los diálogos una que otra vez — surgen mutilados, en la obscuridad. Sólo muy raramente, se ve brillar la luz de una linterna eléctrica iluminando la escalera.

Doña Rafaela va con su crío en brazos.

La escalera le viene estrecha. A cada rato, tropieza con las paredes, o con los hierros del pasamanos. El

crío también tiene que sufrir muchos golpes, porque su llanto se hace más intenso. Pero doña Rafaela sigue bajando imperturbable. Sigue bajando.

Como atropella algunos, tienen que hacerse a un lado para dejarla pasar.

Parece un tanque. Un formidable tanque humano, imposible de contener.

4

De pronto, se oye el ruido ronco del avión.

Va creciendo. Creciendo.

Se dijera que todo calla en la noche, para oírlo. Los pelos se ponen de punta. Y en la escalera hay un instante de quietud.

Pero es sólo un instante.

Doña Rafaela empuja a los que le obstruyen el camino:

—¿Es que vamos a dormirnos? ¡Andando!...

Esto los contagia. Hasta los más ancianos se apresuran. La masa se hace en los pisos inferiores más compacta. La escalera trepida. Nadie habla. Cada quien se esfuerza por llegar al sótano, más rápido.

Doña Rafaela es la primera en pisar el refugio.

—¡Por fin!...

Un estampido detiene su entusiasmo.

Es un estampido extraño. Que parece producir estertores en el ambiente.

Hay un frío súbito que se mete quién sabe por donde.

Todos callan.

Al estampido sigue el tableteo de las ametralladoras. Con ligeras intermitencias. Después la voz gangosa de los cañones antiaéreos. Y uno que otro disparo suelto de fusil o pistola.

Alguien rompe el silencio.

—¡Esa fué una bomba!...

Pero ninguno le hace caso.

Todos están pendientes del griterío de los proyectiles, que se hace, cada vez, más intenso.

El que habló, repite:

—¡Esos son los nuestros!...

Doña Rafaela levanta la cabeza. Lo queda viendo unos instantes.

Y le dice:

—¡Cállate!...

Hay tal acento de autoridad en su voz, que el otro se marcha hacia la puerta de calle.

5

Vuelve a oírse el ronquido del avión.

Parece que volara sobre ese mismo edificio. Todos contienen hasta la respiración.

Y el ruido del motor va creciendo. Creciendo cada vez, más.

Ahora lo sienten como si descendiera en vertical sobre ellos. Como si les dedicara la próxima bomba.

Alguien ríe, con una risa nerviosa:

—¿Esa será para nosotros?

Doña Rafaela se pone de pie. Aprieta las manos en la cintura, en actitud desafiante. Sin abandonar, eso sí, a su Angelín.

—¿Al fin se van ustedes a callar?

El otro sigue riendo:

—Doña Rafaela, ¡si no es para tanto!...

Doña Rafaela se sienta sin contestarle.

Casi en seguida hay como un terremoto.

Se llena de tierra la portería y el refugio. Se oyen quebrarse los cristales. Un ruido ensordecedor machaca los oídos. Se escuchan gritos. Rezos en alta voz. Imprecaciones. Y — dominándolo todo — otra vez el ronquido del avión, alejándose. Y el coro espantoso de las ametralladoras y los cañones antiaéreos.

Esta vez doña Rafaela es quien habla.

—¡Ha sido cerca!...

Una señora gorda, vestida de negro, se coge el vientre:

—¿Hay por aquí un water?... ¡Por Dios!... ¿Hay por aquí un water?...

6

Hace como dos horas que bajaron al sótano.

No han vuelto a oírse ni los aviones ni las bombas. Afuera todo está en silencio. En absoluto silencio. Nadie se ha movido del refugio. Nadie ha hecho comentarios.

Han estado viéndose los rostros. Con una mirada miope, sin vida. Poco después, han empezado a toser. Al principio ha sido como un garraspeo. Más tarde se ha declarado la tos franca, tenaz.

Sobre todo, en los ancianos y en los niños.

Los hombres han abierto la puerta de calle.

La vía está completamente a obscuras. Nadie transita. La tenue luna que había, se ha ocultado. La ciudad parece hundirse en el cielo. A lo lejos, surgen disparos aislados de fusiles.

Más se adivinan, que se oyen.

Y las toses siguen — acá dentro, en el refugio — creciendo.

Creciendo.

7

Los hombres — estos pocos hombres que todavía no han ido al frente — fuman y fuman. En un principio no dicen una palabra. Se limitan, sencillamente, a mirar. Y a escuchar.

Pero — poco a poco — empiezan a hacer comentarios.

Son comentarios en voz alta. Que, más que diálogos, parecen facetas de un mismo soliloquio.

—¿Qué perseguirán con estos bombardeos?

—¡Uhm!... ¡Quién sabe!... ¡Tal vez aterrorizar!

—¡Pero eso es no conocer Madrid!

—¡Ni Madrid ni España!... ¡A ver! ¡Si aquí reciben las bombas riendo!... Este trimotor que nos visita por las madrugadas, ya tiene su mote: "La burra de la leche"... No van a sacar nada, matando unas cuantas mujeres y niños. Estas bombas sin objetivo militar son bombas perdidas. ¡Tal vez hasta exalten más al pueblo!...

—Pero están destruyendo Madrid...

—Eso no les importa... Creen que esa manera de combatir les va a entregar atados de pies y manos a los hombres... ¡Pero eso!...

—¡Eso!...

Lo que les admira es que haya pilotos que se presten a ella. Hombres sin corazón que, en la obscuridad de la noche, extiendan fríamente la desesperación y la muerte. Asesinos que ametrallan la población civil, indefensa y casi siempre no beligerante.

A ratos, les parece hasta mentira.

Creeríase que las máquinas infernales vuelan solas. Que solas vomitan sus toneladas de materias destructoras. Que por raros manejos automáticos, van sembrando de cadáveres su paso.

¡Se les hace tan duro pensar que hombres — hombres que tienen madres, compañeras, hijos — puedan hacer eso!

Por lo menos, pueden asegurar que no son españoles.

Es que no pueden serlo.

¡Y — esto máximamente imposible — madrileños, menos aún!

Deben ser extranjeros.

Mercenarios demoníacos. Arrancados a las páginas más horrorosas del Dante.

—¡No! ¡Esos aviones no pueden ser manejados por españoles!...

—¡Quién sabe!...

8

Doña Rafaela se levanta e inicia la subida.

Angelín está dormido. Al sentir el movimiento de su madre, empieza a llorar.

Doña Rafaela lo aprieta levemente, y le dice con voz ronca:

—¡Cállate!...

Angelín se encoge. Y queda mirando intensamente a su madre. Esta sube majestuosamente la escalera. La siguen todos. Los hombres al final.

Tienen un rostro de cansancio, de angustia. Suben como sonámbulos. La que sí parece conservarse serena, es doña Rafaela.

Es que doña Rafaela es de acero..

9

Cuando ya van a repartirse en sus pisos, sienten de nuevo el ronquido del avión.

Lentamente, otra vez, se va acercando. Parece como si descendiera y volviera a elevarse.

Los ladridos de los cañones antiaéreos vuelven a sacudir el ambiente. Vuelve a sonar el concierto de los proyectiles aislados.

Pero dominando — siempre dominando — se oye el acento ronco del avión.

Hay un momento de indecisión.

Quedan otra vez en silencio. Se vuelve a escuchar la respiración de todos. Algunos como que quieren ini-

ciar otra vez el descenso. Pero quedan inmóviles, esperando. En una espera angustiosa que alarga los minutos como si fueran siglos.

Es que cada quien piensa que en esta lotería negra le puede tocar el premio gordo.

Doña Rafaela, empuñando fuertemente a su Angelín, dice:

—¡Lo que es yo, no bajo más!...

No bien acaba de decir esto, cuando se vuelve a estremecer la casa.

Esta vez la bomba ha caído más lejos. Se le puede distinguir mejor que cuando cayó cerca. Aquí el miedo, la vibración, todo, impidió darse cuenta de su ruido auténtico.

Doña Rafaela repite:

—¡Lo que es yo, no bajo más!...

La señora gorda, vestida de negro, golpea desesperadamente una puerta.

—¡Por Dios!... ¡Abranme!... ¡Quiero un water!... ¡Por Dios!...

Casi todos vuelven a hundirse en el refugio.

Doña Rafaela — sin mirar a nadie — sigue subiendo las escaleras.



EN LOS METROS

I

Le han dicho que los mejores refugios son las estaciones de los Metros.

Ahí — a unos cuantos pies bajo tierra, a veces hasta protegido por los edificios, en fin, amparados en mil formas — se puede pasar las noches tranquilas.

Por eso, hoy, muy temprano, antes de que obscurezca completamente, se ha dirigido a la estación vecina.

Empiezan a parpadear las luces azulosas que ahora tienen los faroles. Hombres y mujeres se apresuran a dirigirse a sus casas o refugios. Cierran la mayoría de los ultramarinos. Cada vez, el tránsito es menor.

Cada quien tiene el rostro preocupado. De rato en rato, se ve una familia entera, con un colchón al hombro, dirigiéndose velozmente a sumergirse bajo tierra. Es como si todos se hubieran vueltos topos.

2

Cuando doña Rafaela llega al Metro, se encuentra casi lleno.

Difícilmente pueden entrar y salir los viajeros. Por más que hay varios empleados de la Compañía que tratan de regularizar el tránsito, no consiguen nada. Nadie les hace caso.

Doña Rafaela — con Angelín al brazo y de la mano a Manolo — se mete como un barreno, entre la compacta masa humana.

Algunos quieren protestar en los primeros momentos, pero cuando la miran y se dan cuenta de quien es, le dan el paso franco.

Los empleados del Metro tratan de ponerle algunas dificultades. Ella los mira olímpicamente. Se encoge de hombros.

Y sigue adelante.

3

Baja las escaleras que llevan a los andenes. Y aquí sí no puede contener un movimiento de impaciencia.

No se puede dar un paso. Multitud de familias han invadido estos lugares desde muy temprano. Hay algunas que ya no se mueven de ahí. Ahí comen. Ahí hacen todas sus necesidades. Y ya de ahí nadie los puede sacar.

Están haraposos. Sucios. Desgreñados. Con una facies famélica. Tirados — en la mayoría de los casos — sobre el frío pavimento.

Doña Rafaela hace un gesto de repulsión y de dolor.

Pero en seguida se anima.

Se trata de unas pocas horas. Lo esencial es encontrarse guarecidos de los bombardeos aéreos. Y no tener que estar subiendo y bajando tantas escaleras.

Y como el refugio de la casa es tan pequeño.

Y como dicen que las bombas pasan los refugios.

Y como siempre es bueno conocerlo todo...

4

Como puede, se abre campo.

Tiende una colcha sobre el piso agresivo. Y ahí se sienta. Acuesta en su falda a Angelín, mientras Manolo ronda a su alrededor.

A medida que las horas van pasando, el Metro se llena más y más.

Llega un momento en que no se puede ni respirar. Todos hablan a gritos. Todos se empujan. Todos quieren lograr los mejores sitios para dormir. Pero nadie puede lograrlo. Están muy apretados. Muy juntos. Y a cada instante — por las escaleras — va descendiendo más y más gente a los andenes.

Las horas se hacen interminables. El ruido de los trenes veloces se mete por todo el cuerpo. A cada instante hay peleas. Varios niños son aplastados. El ambiente se va tornando cada vez más denso, casi irrespirable. Olores agresivos. Ruidos molestos. Todo ello es hostil.

Las conversaciones se gritan más alto.

Cada mujer de esas tiene una tragedia en su recuerdo. Y la va deshilvanando, en una exacerbación de su dolor.

Doña Rafaela atiende los primeros momentos. Pero después le va entrando una rabia loca, intensa.

—¡A ver si se van ustedes a callar!. . .

Pero allí nadie le hace caso. Los que están más cerca, la miran. La miran con una mirada tan sombría que doña Rafaela no sabe qué decir. Le vibran las carnes opulentas. El moño se le hace más agresivo. Quisiera levantarse. Golpearlos a todos. Pero son muchos. No podría con ellos.

Además, estamos en guerra. Hay que ser tolerante.

¡Maldita guerra!. . . ¡Maldita guerra!. . .

Alguien, al correr tras un tren, la ha magullado un poco. Doña Rafaela se esponja y murmura:

—¡A ver si te espabilas, hombre!. . .

Pero el otro no le hace caso. Lo que quiere es coger su vehículo. Se abre paso rápidamente. Sin mirar ni una vez hacia atrás.

Doña Rafaela cierra los ojos. Y hace esfuerzos desesperados por dormir.

5

Pasan varias horas.

De improviso, cae un tropel de gente dentro del refugio.

Los que estaban medio dormidos — sobre todo los críos — tienen que levantarse sobresaltados.

A cada instante, va entrando más gente.

Por más que se protesta. Por más que todos chillan. Nadie se entiende con nadie. Hay como una prensa humana gigantesca que comprime otra porción hu-

mana. Donde parecía que no iba a entrar ni un alfiler, va entrando más y más multitud.

Es inútil que se quiera defender la entrada. Es inútil que se grite. Que se golpee.

La presión es invencible.

Y siguen, siguen entrando.

Tienen como defensa, un solo grito.

—¡Los aviones!. . .

6

La mayoría de los recién llegados no tienen sótanos en sus casas. O fueron sorprendidos por el bombardeo en la calle. O, sencillamente, se sintieron poco protegidos en sus respectivos refugios.

Y siguen invadiendo las estaciones de los Metros.

Muchos tienen que tirarse abajo. Sobre los rieles. Allí donde corren los trenes. En la boca sombría y gigante de los túneles obscuros.

Hace un calor sofocante. El aire respirable es, cada vez, más escaso. Los muchachos tosen y lloran. Las mujeres tienen que levantarlos del suelo. Elevarlos — en ocasiones — sobre sus cabezas. Y darles un poco de aire con lo que pueden. Se están asfixiando.

Doña Rafaela se ha puesto de pie. Se ha arrimado a la pared. Y ha tomado una actitud desafiante.

—¡A ver si me mueven de este sitio!. . .

Y siguen entrando.

Siguen entrando más y más hombres y mujeres.

La mayoría son padres de familia. Cada uno porta varios críos.

El griterío se hace ensordecedor. Un sudor ardiente les rueda a todos por el cuerpo. El huracán de toses los domina.

Y — de pronto — un ruido formidable. Todo vibra.

Parece que por el subterráneo se prolongara un estremecimiento.

El refugio entero queda inmóvil. Silencioso.

Se miran los unos a los otros. Con un mirar helado. Sin expresión.

Esperan anhelantes.

Esperan oír el ruido del avión. Pero éste no se siente. ¡No se siente!

7

Doña Rafaela se agita furiosa.

—Vamos, hombre. ¿A ver si te has creído que soy un colchón?

Ante el asombro de todos, con su crío cargado, empieza a abrirse paso.

—¡Manolín!... ¡Manolín!...

—¡Voy!...

—¡A casa!...

Atónitos la dejan pasar. La dejan pasar. La tienen que dejar pasar, aunque no quieran.

Con la cabeza erguida. Con su moño bravío desafiando. Con sus brazos fornidos. Con ese pelo negro y largo que lleva en el lunar, junto a la boca. Con Angelín en brazos y Manolo a la retaguardia.

¿Quién se atrevería a cortarle el camino?

Pasados breves momentos de estupor. Cuando la tranquilidad empieza a animar los rostros. Cuando ya doña Rafaela empieza a salir del refugio, alguien murmura:

—¡Vaya un citroen!...



¡MADRID ESTA EN PELIGRO!

1

Doña Rafaela se detiene.

¿Está en Madrid? Se dijera que no. A ver si se lo han cambiado. Porque este Madrid no es su Madrid. Es un Madrid nuevo. Distinto. Que ella no conoce. Que ella no ha visto nunca.

Vuelve a caminar.

Se abre paso entre la multitud atónita. Se abre paso incontenibemente. Protestan a su alrededor. Pero si una va a hacer caso de todos los que chillan.

—¡Que se fastidien!... ¡Vamos!...

Y doña Rafaela avanza. Siempre avanza. Con un ímpetu violento y agresivo.

Por las aceras hierven las pisadas. La multitud transita más aprisa. Los ojos inquietos. Las manos nerviosas. El rostro roturado de expresión extraña. En un andar impávido y mecánico.

Soplan gélidos vientos por las calles. Caen las hojas de los árboles, en lluvia lánguida y tenaz. Se multiplican los entierros, cada vez más veloces y menos acompañados. Se estiran los puños apretados. Las figuras de los hombres se ensombrecen.

Y doña Rafaela se abre paso. Mirando airadamente a todo el mundo.

2

De pronto, le repica en los oídos esta frase:

—¡Madrid está en peligro!...

Súbitamente, la siente crecer. Como si se elevara al cielo, para escribirse con letras de sangre.

—¡Madrid está en peligro!...

Ha surgido el toque de alarma sobre los techos de los altos edificios. En las paredes horadadas por metralla. En la voz gangosa de los altoparlantes.

Tiene tal hondo sentido medular, que se incorpora al subconsciente.

—¡Madrid está en peligro!...

Doña Rafaela quiere huir. Escaparse de la garra de esta llamada tremulante.

—¡Madrid está en peligro!...

Anda rápidamente. Atropella, como una loca, a cuantos puede. Su moño se pone más terrible que nunca. Sus carnes danzan frenéticamente. Todos la quedan mirando.

Y ella camina. Camina. Igual que un auto ebrio de distancias.

¡Pero nada!

—¡Madrid está en peligro!...

El grito va creciendo. Creciendo.

Se suma a los mil ruidos de la ciudad inmensa. Los domina. Y parece surgir de todos ellos. De los adoquines arrodillados. De las frías construcciones de acero

y de cemento. De los arcos triunfales. De las arboledas de los paseos. De los vehículos y transeúntes innumerables.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

—COMPAÑEROS: ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Los letreros llamativos escupen su furor antifascista. El grito ardiente parece brotar de las entrañas de la tierra y de las entrañas del pasado.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

3

Súbita seriedad se ha colgado en los rostros.

Ya no hay concursos de pijamas y de peinados en los refugios y en los metros. Las risas se han helado, estranguladas. Los cines y los teatros sólo saben de temas guerreros. Los bares y los restoranes están llenos de soldados. En las calles sólo suenan músicas marciales.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

No. Este no es Madrid. Le han cambiado su Madrid. Lo han transformado en la antesala de un cuartel. En la preparación de un campo de batalla.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Sí. ¡Le han cambiado Madrid! ¡Se lo han cambiado!...

¿Qué es de los críos que antes reían?

Ahora van por las aceras, graves y pensativos. Esculpiendo con barro su odio antifascista. Amasando como pueden figuras de moros, curas, generales, capitalistas. Ahora van por las aceras recogiendo dinero para

el frente. Como bajo el peso de una gran responsabilidad histórica.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

¿Qué se hicieron las jóvenes toda gracia y picardía?

Se marchan a los frentes, de enfermeras. Incendian a las masas en las asambleas. Pueblan los hospitales. Dan su sangre a los heridos. Trabajan en los talleres. Sustituyen a los hombres por doquiera. Dan funciones numerosas en los teatros.

¡Todo por el frente y para el frente!

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

¿Qué se han hecho las alegrías solares del Retiro, Rosales, la Moncloa, las grandes plazas bulliciosas, las amplias avenidas de compacta masa humana? ¿Qué se han hecho las parejas de novios de los cines, de los sitios confidenciales? ¿Qué se han hecho los bailes públicos de los locales descubiertos? ¿Qué se han hecho los desfiles domingueros a los campos sazonados de entusiasmo?

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

—COMPAÑEROS: ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

—COMPAÑEROS: ¡HAY QUE SALVAR MADRID!... ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Por los cuatro puntos cardinales surgen barricadas y fortificaciones. Cada calle será una trinchera. Cada edificio una ciudadela. Los periódicos se incendian con las llamadas a la lucha. Las hojas volantes se multiplican de un modo inverosímil. Mujeres y hombres gritan por doquiera la consigna.

—COMPAÑEROS: ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

4

Sin saber cómo ni cuando, también sus labios empiezan a moverse. Insensiblemente, casi a pesar suyo, se une al clamor inmenso.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Cada vez que lo grita la radio. Cada vez que lo enseñan los letreros insinuantes. Cada vez que lo advierte en el rostro de los que pasan, vuelve a decirlo:

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

No lo siente. Aún no se da cuenta ni por qué lo hace. Pero siempre repite:

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

De pronto, ha roto el ambiente la sirena de alarma.

Todos huyen velozmente para los refugios. Pasa una moto, como una flecha. Las multitudes se atropellan. Ancianos que ya no pueden andar y niños de pocos años, corren agilísimos. Alguien lleva lo que puede en las manos. Caen algunos. Pero nadie se detiene a mirarlos. Todos huyen para sumergirse bajo tierra. En las porterías. En los sótanos. En las estaciones de los metros.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Cuando el arremolinamiento entre los que huyen es mayor, surgen los aviones.

Son tres trimotores negros. Van, majestuosamente, recortando el cielo azul. Parecen marchar indiferentes,

en un vuelo de turismo. Millares de miradas llenas de odio y rabia se les clavan en las alas.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Empiezan a ladrar los cañones antiaéreos. Se forma una algarabía extraña de ruidos bélicos, que van creciendo en el gran silencio de la ciudad que espera.

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Cae la primera bomba, produciendo un estrépito infernal. Se quiebran varios cristales. Se levanta una gran polvareda.

Alguien dice:

—¡Esa fué por Cibeles!...

Suena otra bomba, más lejos. Y otra, más lejos aún.

Las otras ya no se distinguen, confundidas con el griterío de los proyectiles del pueblo.

Los altoparlantes elevan un griterío ensordecedor.

—¡¡MADRID ESTA EN PELIGRO!... ¡COMPAÑEROS!... ¡¡MADRID ESTA EN PELIGRO!... ¡HAY QUE SALVAR MADRID!... ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

Todo queda un instante quieto. Todo. Todo. Menos los tranvías.

Es que los tranvías de Madrid no se detienen jamás.

5

Doña Rafaela, mientras avanza, piensa en otra cosa. En otra cosa que la extraña más aún.

No hay qué comer. Definitivamente no hay qué comer. Tampoco hay carbón ni leña con qué guisar. Las

colas son ahora interminables. Y hay colas para todo. Y si se quiere tomar algo caliente, se deben destrozar las puertas, las persianas, los muebles. Lo que pueda darnos algo de fuego. Más que sea un rollo de periódicos.

Y nadie dice nada.

Ni siquiera se pelea en las colas. Cuando ella dice algo, la miran. Y no le contestan nada. Hay que madrugar para asir una cebolla en los mercados. Hay que ir a sitios lejanos, para conseguir aceite rancio. De ese en que guardan los quesos manchegos.

Y nadie dice nada.

Nadie protesta. Nadie grita. Nadie pide. Nadie pelea.

Doña Rafaela no se lo explica. No puede explicárselo. Por más que le da vueltas y vueltas en su cabeza. No se lo explica. No se lo explica.

Lo único que sabe, es que le han cambiado su Madrid. Este Madrid en que vive no es ni remotamente su Madrid de antaño. Es una copia. Nada más que una copia trágica.

6

Mientras los gélidos vientos le agitan las faldas amplísimas, doña Rafaela avanza. Abriéndose paso, como una cuña. Y murmurando, a despecho de sí misma, con una voz incontrolada:

—¡MADRID ESTA EN PELIGRO!... ¡MADRID ESTA EN PELIGRO!...

EL SIMUN

I

Los pocos que llegan a Carabanchel Alto lo cuentan.

Les tiembla todo el cuerpo. Los ojos están desorbitados y perpetuamente humedecidos. Vagan a ratos, como locos. Las palabras les salen con tal sabor de tragedia, que oírlos es vivir lo que refieren.

La mayoría están famélicos. Enfermos. Con un pánico atroz. La mayoría son mujeres. Hay unos pocos ancianos. Uno que otro niño. Hombres — hombres que puedan empuñar un fusil — ninguno.

Cuando empiezan a hablar, no terminan nunca.

Les hacen coro los vecinos. Tratan de hacerles la vida más fácil. Pero esto no es posible. Cada uno de esos seres llevan un arañazo de tragedia en su recuerdo. Y viven como sonámbulos. Nutridos de venganza y desesperación.

Oírlos es sufrir como ellos sufren. Sentir carne adentro, alma adentro, los más horribles suplicios, las más crueles angustias.

Poco a poco, se borra el presente. Y empezamos a vivir lo que nos cuentan.

2

Ha sido — casi siempre — en los pueblos. En los pueblos castellanos.

Un buen día les gritó el cañón, de cerca. Hubo tumulto en las plazas. Carreras. Confusión. Se rumoreó que los fascistas venían. Los hombres se prepararon a la lucha. Dispuestos a acompañar el ejército del pueblo. Aunque fuera con sus ancianas escopetas.

El trabajo siguió, eso sí, como siempre.

Todos, llenos de angustia, esperaron.

Las horas pasaron veloces.

Los ladridos de los proyectiles fueron acercándose.

Hubo un instante en que se empezaron a divisar los combatientes. Y — entonces, mientras los hombres resistieron — los niños y las mujeres evacuaron los pueblos.

Otras veces surgió, como un cáncer, en los propios caseríos. Sonaron los primeros proyectiles. Casi todos de fusiles, pistolas y escopetas.

Rápidamente, los caciques, con ayudas mercenarias, se impusieron. Fusilaron a algunos obreros. Encarcelaron a otros. Y se dedicaron a cazar a los que aún no habían caído en sus manos.

En estos pueblos, también, clandestinamente, se efectuaba una especie de evacuación.

Los que no pudieron huír de inmediato, habían sido testigos de escenas espantosas. ¡Ni los antropófagos. Ni los seres de cultura más rudimentaria de un patos africano, se portaban como esas jaurías desenfrenadas.

Venían con sed de sangre. Sólo encontraban placer en las mutilaciones más crueles. En las ferocidades más inauditas.

3

Al contar estas cosas, se ponen febriles.

Algunos precisan hechos. Citan nombres. La narración danza de boca en boca. Porque cada testigo quiere añadir algo.

Es así como surge a retazos — entre otros muchos relatos — lo que ocurrió a un guardia civil. A un pobre guardia civil que un día sintió compasión. Que un momento dado quiso ser hombre. E intentó eludir su deber. El deber de matar.

El hecho ocurrió así:

Iban a fusilar a varias mujeres. Un oficial brindaba este espectáculo a unos señoritos. Unos señoritos elegantes que bebían — presenciando la escena — en una taberna de la plaza.

Tenían las mujeres amarradas, frente a ellos. Un guardia civil las iba matando, una por una.

De pronto, he aquí que una chiquilla de unos seis años se le prende de las piernas. Se las abraza. Y con lágrimas en los ojos, le dice:

—¡No mates a mamaíta!...

El guardia civil levanta el arma. Apunta. Va a disparar.

Pero siente, más fuerte aún, la presión de los bracitos.

—¡No la mates!... ¡No la mates!...

Frente a él está el montón de mujeres ensangrentadas. Unas han muerto. Otras están heridas y se quejan espantosamente. Sólo dos no han sido tocadas aún.

Acá, entre trago y trago, los señoritos ríen. ¿Qué graciosa la chavala, verdad? ¡Qué graciosa!

El oficial está orgulloso de la fiesta que ofrece a los señoritos. En su mente se elaboran proyectos análogos para los días venideros.

El guardia va a apretar el gatillo.

Pero, de pronto, todo le da vueltas. No. Aunque quiera, no puede. Algo le agarra la mano. Le paraliza los músculos.

Y es raro. El nunca ha retrocedido ante nada. Su vida es un reguero de infamias, pero no puede hacer esto. ¿Y su deber? ¿Y no le pagan para esto? ¿Acaso él es responsable? Es absurdo lo que le está pasando. Jamás ha temblado. Jamás ha tenido ni repugnancia ni miedo. Pero no puede disparar contra esa madre. No puede pasar por el llanto de esa pequeña. No puede.

Baja — sin saber cómo — el arma. Se le han saltado dos lágrimas. ¿Tiene acaso hijos? ¿Se acuerda de su madre?

¡No puede!

El oficial se impacienta:

—Bueno, oye tú, ¿qué esperas?

El guardia levanta los ojos. Mira a su jefe. Quiere decir algo. Pero las palabras se le estrangulan en la garganta. No hace más que señalar la criatura. Ni siquiera intenta limpiarse esas lágrimas terribles que le surcan el rostro.

El oficial sonríe.

Se levanta. Anda varios pasos. Saluda a los señori-

tos. Se lleva la mano al cinto. Saca su pistola. Y hace tres disparos.

Las dos mujeres que estaban vivas, caen. Cae también, sin decir una palabra, el guardia civil.

El oficial sonríe. Mira a su derredor. La pequeña lo contempla horrorizada, con mirada ultrahumana. Ya ni siquiera llora. Le ha clavado los ojos, como un gran interrogante.

El oficial da un paso. La pequeña arranca a correr. El oficial ríe más aún. Vuelve a levantar su pistola humeante. Saluda otra vez a los señoritos. La pequeña quiere correr aún más aprisa. Pero el oficial está tranquilo. Su pulso no tiembla. Es su profesión, además.

El oficial dispara. Y la pequeña cae.

La plaza está en silencio. Es como si soñara.

El oficial lanza una carcajada.

—Hay que extirpar la semilla...

4

Hablan — esto ha ocurrido ciento de veces — de fusilamientos en masa, hechos con ametralladoras. Barriéndolos en oleadas. Sin respetar sexo ni edad. Dejando verdaderas montañas de cadáveres.

Y todo ello como una diversión. Como si se tratara de un circo. De uno de esos circos romanos de los tiempos de Nerón.

A otros los han mutilado bárbaramente. Les han arrancado los ojos. Les han cortado a trozos. Los han matado de hambre y sed. Los han sometido a los más crueles tormentos.

Y han obligado a sus familiares a sufrir el espectáculo. Sobre todo, a las madres, a las compañeras, a las hijas.

La huída ha sido algo dantesco. Han tenido que arrastrarse como reptiles por la meseta inmensa. Con sus críos al hombro. Con la ropa hecha pedazos. A través de todos los obstáculos. Pasando días y días, sin comer y sin dormir. Escuchando la orquesta diabólica de la metralla espolvoreada. Con el pánico intenso de la persecución. Enfermos. Anhelantes.

A veces, la metralla les ha robado un compañero. Ha sido un ser querido. Acaso no ha estado completamente muerto. Muchas veces se le ha arrastrado largamente. Pero llega un momento en que esto no es posible. Y hay que dejarlo abandonado. Ponerse sordo a sus gemidos. A su dolor. A su tragedia.

En tanto los críos no cesan de gritar:

—¡Agua!... ¡Agua!...

O

—¡Pan!... ¡Pan!...

Y hay que apretarles la boca para callarlos. Y hay que golpear a los más grandes para que no lloren. Y — sobreponiéndose a todo — ¡avanzar! ¡Avanzar!...

5

Lo único que los ha impulsado es el miedo de ser atrapados. Todo. Todo preferible a eso. Aunque siga creciendo el llanto de los críos. Aunque estén medio locos. Aunque no tengan esperanzas de llegar.

Hay que huír. Huír lejos de ese infierno. Preferible alfombrar el suelo con sus cuerpos moribundos. O

con sus cadáveres famélicos. Todo. Todo preferible a sufrir esas terribles humillaciones. Esos espantosos espectáculos.

Por eso van llegando a Carabanchel Alto.

Llegan como si fuera un interminable rosario humano. Todo les llama la atención. Es como si vinieran del otro mundo. Al principio no quieren ni hablar. Quedan mirando el pueblo, con ojos asombrados. De vez en cuando, ríen con una risa imbécil. Sobre todo, al tener el primer trozo de pan cerca.

Y siguen llegando.

Decenas. Centenares.

Pocos irrumpen por las carreteras.

Un buen día surgen detrás de una tapia. Al pie de una casa. A veces, se les encuentra tendidos en los alrededores. En ocasiones es un crío suelto que llora arrastrándose incansablemente sobre la enorme, sobre la ondulada, sobre la impasible meseta castellana.



CARABANCHEL ALTO TIENE LOS BRAZOS ABIERTOS

I

Carabanchel Alto tiene los brazos abiertos.

Paco Claudio se ha transformado.

—¡A ver!... ¡Hay que ayudarlos!... Hay que darles todo. Mañana puede pasarnos lo mismo a nosotros. Y aunque así no fuera...

Pasan los coches galopando por la carretera. De vez en cuando, cruza un camión repleto de hombres. Todos llevan el puño en alto. Todos van vestidos de milicianos. Todos sonríen llenos de vigor y de vida.

Pasan, la mayoría por Campamento. En un correr incesante de día y de noche.

Y Carabanchel Alto tiene los brazos abiertos.

Cada casa se ha convertido en un refugio. Cada hogar en un hospedaje.

Se disputan el placer de ayudar a los que llegan. Nadie quiere ser menos. El más humilde y el que menos tiene, se esfuerza por partir su pan y su techo con los que lo han perdido todo.

Y Paco Claudio, de todo ello, se encuentra orgulloso y satisfecho.

Se multiplica.

Da órdenes por doquiera. Trata de organizar al pueblo, para que rinda mejor servicio. Su bolsillo se abre a cada instante. Tiene más trabajo que nunca.

Pero está satisfecho.

No sólo sabe cantar flamenco. No sólo sabe tomarse un chato de vino. Y comerse un cordero.

También puede servir, como el que más, cuando sus compañeros lo requieren.

2

Y todos lo ayudan en esta labor.

Antonio Claudio está feliz porque las obras se han puesto en movimiento. Vuelven todos a tener trabajo. La huelga ha terminado. Y cuando regresa por las noches a su pueblo, es grato ponerse al servicio de los otros. Es grato ejercer sus funciones de Concejal del Alto, funciones que hoy quiere más que nunca.

Fernando no se separa nunca del Alcalde. Tampoco se separan los demás del Ayuntamiento.

Se han paralizado las fiestas. En el pueblo sólo se vive por y para los refugiados. Se nota un ambiente extraño. Lleno de agitación y movimiento.

La plaza está perpetuamente llena. Se habla a gritos. Cada quien se siente responsable. Cada quien colabora como puede en esta gran empresa.

Que el Alcalde dice que falta cualquier cosa. Colchones, por ejemplo. ¡Pues hala! A buscarlos. A ir a por ellos. Donde los haya. La cuestión es localizarlos.

Muchos se han alojado ya en edificios exclusivamente dedicados a ellos. Ahora se está tratando de la

mejor manera de alimentarlos, que es un problema cada vez más difícil.

Paco Claudio no desmaya.

—¡A por carne! ¡A por patatas!... Hay que conseguir para nosotros. ¡Y para ellos, que lo necesitan más que nosotros!...

Paco Claudio se siente orgulloso de su pueblo y de sí mismo. Le parece que se torna, de pronto, en una especie de padre de esa multitud famélica. Tiene que moverse "motorizadamente", pues de él viven algunos miles.

Al ver que van pasando los días y que — aunque con mucho trabajo — nada les falta, se pone feliz.

—Así somos nosotros los del Alto.

3

En los alrededores, un amplio edificio en una enorme finca, sirve de comedor. Allí vivía una marquesa o algo así. De vez en cuando la visitaba alguien, generalmente un cura. Y nadie más.

Paco Claudio tenía obsesión con la nobilísima dama.

—¡Es que es demasiada casa para ella!...

Las numerosas habitaciones. Los preciosos paseos. Las comodidades que un refinamiento exquisito había almacenado. Todo servía única y exclusivamente para ella.

—¡Eso tenía que acabarse!...

Ahora comen ahí los refugiados. Hacen cola. Primero se sirve a los niños. Después a las mujeres. Por último a los ancianos.

Nadie queda insatisfecho. Nadie protesta. Sencillamente esperan, con paciencia, su turno.

Se van organizando maravillosamente. En los pisos de abajo, está la cocina. Varias mujeres voluntarias guisan. Guisan en abundancia.

En pocos días, se ha transformado el famélico rostro de los evadidos. Si no fuera porque lo han perdido todo. Si no fuera por la tragedia enorme que llevan tatuada en la espalda... serían felices.

Pero no. ¡Qué van a ser felices! Si les rondará perennemente la visión dantesca de los torbellinos homicidas.

¡Qué van a ser felices!...

4

Por las noches, se patrulla en todo el pueblo.

—Hombre prevenido vale por dos — dice Paco Claudio.

Se recorren las calles. Los hombres se han distribuído las guardias. Armados de escopetas, haciendo varios turnos, vigilan el sueño de las mujeres y los niños.

Muchas veces, los acompaña Paco Claudio.

Da unas cuantas vueltas. Se toma una cerveza o un chato de vino con ellos. Y regresa a trabajar. No puede estar inactivo mucho tiempo. Le danzan mil cosas en la cabeza.

Hasta cuando está hablando de cualquier otro asunto, le surgen, de improviso, ciertas palabras monótonas:

—¡Diez colchones!... Cien colchones... ¡Otros cien colchones!... Otros...

En ocasiones se detiene al pie de la radio. Si está callada, la hace gritar. Se pone a escucharla atentamente. Estremeciéndose de emoción con las noticias que capta.

Parece otro hombre.

El mismo se asombra de lo que ha hecho. De lo que está haciendo. Se le multiplican las fuerzas. Le crece a cada rato el entusiasmo. Personalmente, va a procurarse, en muchas ocasiones, lo que necesita. O, mejor dicho, lo que necesiten sus hijos. Esta multitud de hijos hambrientos que le ha regalado Castilla.

5

Pedro Claudio acompaña a su primo en las horas libres.

Más que nada, trata de buscar distracción.

Cae, por eso, de noche, completamente agotado. Como un plomo. Pero tarda mucho en conciliar el sueño. La imagen de la Carmen le sigue rondando en el cerebro. Por más que trata de convencerse a sí mismo que debe de estar tranquilo. Que seguramente la Carmen se encuentra en Santander gozando de perfecta salud.

Por más esfuerzo que hace, no logra nada. No sabe qué le ocurre. En este asunto, tiene un miedo loco. Un miedo que preside todos sus pensamientos.

Ayudando a Paco, ahoga su angustia. La angustia y el dolor de los otros, puede más. Oyéndolos. Vién-

dolos, comprende que no tiene derecho a sufrir ni a desesperarse.

Por otra parte, las noticias que van llegando de los frentes, le penetran medularmente, en sacudidas de rabia. Cada día siente con más urgencia la necesidad de abandonar su trabajo en Madrid. Sus ladrillos rojos. Los altos edificios de las construcciones. Y lanzarse con un rifle en la mano, a defender sus camaradas. A defender sus ideales. A defender su propia dignidad de hombre.

Esto se agudiza mucho más desde una noche en que cayeron unas bombas en Carabanchel.

El estaba haciendo guardia.

De pronto oyó el ruido de los motores. Como casi siempre que iban a bombardear a Madrid se les oía, no les hicieron mucho caso. Pero, como medida de prudencia, empezaron a llamar a todas las ventanas y puertas de las casas.

Ya habían salido varias familias. Y trataban de instalarse en un sótano, el único que hay en el pueblo. En esto un ruido infernal y una trepidación monstruosa había sacudido el ambiente. Un griterío desesperado se había elevado de todos los pechos. Sobre todo, de las mujeres y los críos.

Por más que los hombres habían querido establecer el orden, muchos se habían corrido de un sitio a otro. Se había aplastado a varios críos. Una señora se había vuelto loca.

6

Y todavía está la loca en el pueblo.

Tiene una mirada extraña, No habla. No duerme.

Se alimenta de lo que la obligan a tomar sus familiares. Vaga por el pueblo como una sonámbula. Apenas oye el menor ruido rompe a correr. Difícilmente se le puede alcanzar. Nadie la molesta. Como es inofensiva. La quedan viendo, eso sí. Sobre todo, los ojos. Esos ojos que se pierden en misteriosas lejanías. Que llevan una rúbrica de terror que taladra los huesos.

Y Carabanchel Alto sigue con los brazos abiertos.

El rosario de los que llegan es inagotable.

Cada vez, vienen más. Cada vez, de los pueblos más cercanos. Que se van evacuando sucesivamente.

El rosario es inagotable.

Pero el Ayuntamiento y el pueblo están decididos a ser inagotables también en su ayuda generosa. Mientras algo tengan. Mientras algo puedan, los refugiados podrán comer tranquilos.

"DELENDA EST MADRID!"

I

No puede creerlo. No puede creerlo.

Todos se lo dicen. Se lo dicen una y otra vez.

—¡Están destruyendo Madrid!...

Los periódicos lo gritan en sus páginas. Publican fotografías espantosas. Protestan hombres de todos los sitios. La radio da detalles escalofriantes. Incendian el ambiente los carteles.

Y — además — mujeres y niños que andan por la calle, se lo dicen:

—¡Están destruyendo Madrid!...

Numerosos edificios se han venido al suelo. Barrios enteros están destrozados. Paredes y techos horadados gritan su tragedia por doquiera. Pisos y pisos destruídos asoman los muñones horribles de sus materiales dispersos. Algunos muestran muebles astillados. Kaleidoscopio trágico de cosas mutiladas. Hacinamientos monstruosos de ladrillos espolvoreados. De hierros epilépticos, que se retuercen gimiendo. De tierra, madera y cemento en los que brillan, como pupilas sin vida, los millones de cristales hechos trizas.

Pero doña Rafaela no lo cree. No puede creerlo.

—¡Están destruyendo Madrid!...

Le hablan — con las mil voces del ambiente — de víctimas humanas. De cadáveres de mujeres y niños. De cuadros de ultratumba. De heridos que permanecen largas horas bajo tierra. De gente que ha muerto de asfixia en los sótanos.

Y no lo cree. No puede creerlo.

Tiene que verlo ella misma para convencerse.

2

Por eso, hoy, toma el Metro. Este Metro que sólo llega hasta Sevilla.

Difícilmente puede entrar en la estación. Difícilmente puede hacerse sitio en los andenes. Los trenes van y regresan por la misma vía. Hay que esperar largo rato. Un empleado de la compañía va distribuyendo los viajeros.

Cuando pasa su tren, doña Rafaela se abre camino entre todos. Hay un apretujamiento brutal. Hombres y mujeres con colchones, con paquetes, con modestos utensilios, tratan de entrar o salir. Pero doña Rafaela se abre paso, como un taladro.

Ya está dentro. Ya el Metro va en marcha. Callada, mira a los que la rodean. La mayoría son milicianos. O refugiados. No se ve un gabán. No se ve un señorito.

Hablan de cosas horribles. De anécdotas que hacen poner los pelos de punta. ¡Más que del frente, de los bombardeos sobre Madrid. No sólo de los bombardeos

aéreos, sino también de los de la artillería. De vez en cuando, aún en las calles céntricas, cae un obús. El otro día en "Sepu" tuvo que refugiarse mucha gente, porque en plena Gran Vía habían caído varios.

Doña Rafaela suda. Siente que el sudor le corre por todo el cuerpo, humedeciéndola. Y esto la exaspera más aún. Pero todo lo soporta, pensando que va a convencerse. Que va a saber si es verdad lo que le cuentan.

¡Como ella está viviendo ahora por Ventas!...

3

Sale a Sevilla.

Sigue por Alcalá y quiere avanzar hasta Sol. Pero se lo impiden en el camino. Allí hay unos cuantos guardias que no dejan pasar a nadie.

Doña Rafaela se encoge de hombros:

—¡A ver si crees que soy un globo!...

El guardia se amosca.

Doña Rafaela ríe.

—Y si no lo soy... no sé como llegaré a casa. Yo vivo allí...

—¡Haberlo dicho mujer!... ¡Pasa!

Doña Rafaela sigue bajando por Alcalá. A la salida a Sol mira algunas casas llameantes, de las cuales no quedan más que las paredes. A través de los huecos de las ventanas, se divisan maderas carbonizadas. Trozos de muebles destrozados. Objetos dispersos. Escombros humeantes.

Esto ya le cambia el ánimo.

Avanza un poco más. Y, a la entrada a Sol, ve una multitud de gente. Hay muchos milicianos haciendo

guardia. Hay una ambulancia. En todos los rostros se lee rabia y desesperación.

—¿Qué ha pasado?

Le contestan:

—Nada... Que anoche cayó una bomba aquí... Y todavía están recogiendo víctimas.

4

Se mete como un tornillo. Algunos quieren protestar. Pero ella se defiende:

—¡A ver!... Qué se han creído.

Entre todos, con su cuerpo gigante va abriéndose paso. Lucha hasta llegar a primera fila. Forcejea de palabra y de obra, con los milicianos. Pero es imposible contenerla. Ya está al borde del gran foso. Y, al mirarlo, no puede contener un estremecimiento.

El foso es enorme. De varios metros cuadrados de superficie. De varios metros de profundidad. La explosión ha sido terrible. Pedazos de rieles de los tranvías han volado espolvoreados y retorcidos. Han volado los adoquines. La tierra se ha amasado como una harina negra para hacer panes de angustia. Trozos de cañería mutilada. Trozos de metralla. Cristales de los caídos de los edificios. Todo ello asoma en una mezcla terrible.

—Ya han sacado algunos cadáveres.

Y todavía siguen buscando. Todavía.

Varios hombres arañan la tierra con sus instrumentos. Lo hacen con lentitud. Cuidadosamente. Los que miran el foso, casi no respiran. Están anhelantes, con los ojos prendidos en el fondo. Esperando. Esperando.

De pronto ha surgido una mano pequeñita.

—¡Cuidado!...

Lentamente, con máxima delicadeza, van tratando de extraer el cuerpo a que esa mano pertenece. Surge el brazo. Surge el hombro. Surge la cabecita. Allí todos — hasta los más fuertes — no pueden contener un movimiento de espanto. La pequeña cabeza es horrible. La metralla se le ha llevado la mitad. Aparecen detalles de los músculos retorcidos y sanguinolentos. De los huesos despedazados. Detalles que se hacen más trágicos frente al otro lado casi intacto. Del otro lado en el que un ojo abierto tiene toda una visión de horror.

Doña Rafaela gruñe sordamente. Y se abre paso.

5

Ahora las calles le dan vueltas. Le dan vueltas los edificios. Le da vuelta la ciudad entera.

No sabe por donde va ni como va.

A ratos, creeríase que sueña.

Avanza a pie, inconteniblemente.

Avanza. Avanza.

Las imágenes se le meten por los ojos. Se le almacenan en el espíritu. Y en el espíritu se le tornan un torbellino.

Lo único, que en este torbellino se precisa una noción clara, concreta. No la han engañado. Lo que contaron es cierto.

—¡Están destruyendo Madrid!...

Aquí estuvo un mercado. El del Carmen. Ahora es sólo un hacinamiento informe de hierros y piedras. Unos pocos travesaños aún están de pie. Una que otra arquería, media doblada y que se recuesta sobre los pilares, aún nos indica que allí se vendieron víveres. Que allí la gente fué a recoger energías para vivir.

Los edificios vecinos están mutilados. En los balcones de uno que otro, se ven arañazos de metralla. No ha quedado un cristal. Por una que otra puerta arrancada, se divisan detalles horribles.

Acá en San Jerónimo, hay los efectos de una bomba gigantesca. Parece la boca de un monstruo milenario. Por la explosión, le han caído trozos innumerables de edificios encima. Es un verdadero cráter. Al fondo se divisan pedazos de cañería rota. Construcción desquebrajada de ladrillos. Cables. Tierra que se abre en mueca trágica.

Por calle Mayor abundan los destrozos. Muchos cafés han sido arrasados. La calle se agrieta por todas partes. Por todas partes, se agrietan los edificios. Por todas partes, se agrieta el rostro de los hombres.

Doña Rafaela no sabe por donde anda. No siente los pies. Es como si volara. Tiene una mirada extraña que le hace ver como mundos irreales todo cuanto le rodea. Pero avanza. Avanza. Por un lado. Por otro. Tratando de captar la ciudad por los cuatro costados. Lo que más le horroriza son los efectos de los bombas de Atocha. Ha visto un edificio arrancado por la mitad. Es algo espantoso. Parece que, con una hacha gigantesca, de millones de toneladas, manejada por un coloso, le hubieran dado un corte formidable. Se ven todos los pisos. Todos arreglados. Con sus muebles co-

rrespondientes. Como si se tratara de una exposición de interiores.

También la horrorizan los bombardeos de Argüelles, que sólo puede ver de lejos. Aquí los destrozos son generales. Casi no se divisa un edificio incólume. Por aquí no transita casi nadie. De vez en vez, se divisa una que otra mujer sola, llorando, que busca, entre los escombros, algo.

Quiere avanzar a los barrios extremos. Pero está fatigada. Una sensación extraña le hormiguea por todo el cuerpo. Le duele la cabeza. Le laten las sienes. A pesar de su fortaleza, no puede menos que sentarse un instante sobre una acera.

Parece que está soñando.

6

De pronto, piensa en algo que la hace estremecer.

En algo, que le ha venido súbitamente. Como si fuera un golpe.

Dentro de esos edificios que ha visto destrozados. Dentro de esos mercados. En esos cafés derruidos. Por esas aceras. Por esas calles de cientos de grietas, que causó la metralla. Por todo ese ambiente de destrucción que la rodea, circularon hombres. Y más que hombres, mujeres y niños. — La mayoría de los hombres está en el frente.

¡Mujeres y niños!

¡Quiere decir entonces!...

¡No!

¡No puede ser!...

Es imposible.

Así que cada cañonazo. Cada bomba que ha escuchado en la noche ha sembrado cientos, millares de víctimas. ¡No! ¡Aunque lo vea no puede creerlo!

¡No quiere creerlo!

¿Pero qué le ocurre? ¿Se estará volviendo loca?

Le parece que de todas partes surgen cadáveres. Cadáveres de mujeres y niños. Le hacen señas horribles desde los balcones. Desde las grietas de las calles. Le hablan con voces extrañas. Le rondan, acercándosele. Tiene los ojos inmóviles, con una mirada sombría. Las huellas de la metralla se distinguen claramente. A este le perforaron el vientre. Le batieron las vísceras. A este otro le quitaron una pierna. Otros están sin brazos. Allá anda sólo un informe montón de carne, huesos y sangre. Y acá se ve un poco de miembros disgregados.

¿Se estará volviendo loca?

7

Se pone de pie. Mira con ojos miopes a su alrededor. Y arranca a correr.

Pero le parece que todo la persigue. Que tras ella van los edificios y los cuerpos mutilados.

Los pocos transeúntes la quedan viendo. Se hacen a un lado. Y la quedan viendo.

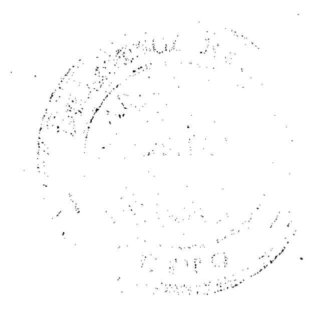
Esta mujer, maciza, robusta, como un tanque de guerra, lleva una expresión extraña en los ojos. Su perfil rotundo tiene algo que hiere, que corta. Las manos se le crispan, como queriendo agarrar algo.

Y doña Rafaela no ve nada ni nadie de lo que le rodea. Su retina está llena de las imágenes de destrucción y de muerte.

De improviso, suena la sirena de alarma. Ladran los cañones antiaéreos. Estrépito y confusión surgen por todas partes. Y — al poco tiempo — empiezan a roncar los aviones.

Esto la hace volver en sí.

Y mientras todos corren a sumergirse bajo tierra, ella mira al cielo. Y eleva sus puños cerrados, con una rabia infinita.



EXODO

I

La compañera de Antonio Claudio se lo dice todos los días:

—¡Debemos marchar a Madrid!

—¡Que sí, mujer!... ¡Que sí!

Pero nada. Allí están, dándole vueltas al pueblo. Nadie se decide a abandonarlo. A veces, para disculparse, Antonio le explica:

—¡Es que en Madrid no se puede vivir. No hay qué comer! ¡No hay donde estar!...

—¿Y en alguna de las obras?

—No tienen nada. Ni agua...

Pero la compañera de Antonio insiste siempre:

—¡El día que nos decidamos va a ser tarde!

—¡Que no, mujer!... ¡Que no!... ¡Vamos!...

Suena más cerca el cañón. Pasan y pasan carros repletos de gente. Los nuevos evacuados siguen de largo. Van a Madrid. No quieren detenerse un instante siquiera en Carabanchel Alto. Muchos han podido sacar sus muebles. Otros no han sacado nada. Con sus críos al hombro, tienen bastante.

Pasan y pasan tropas. Un buen día han visto un camión repleto de moros prisioneros. Otro día han visto ambulancias que cruzan veloces, con heridos que se quejan espantosamente.

Y otro día ha sacudido, como un latigazo a todo el pueblo:

—Allí están los moros.

2

Han tenido que abandonarlo todo. Hasta sus maridos que quedan disparando, medio protegidos tras los troncos de los árboles. Los fusiles disparan más cerca. Caen en los alrededores proyectiles pesados. Hay una confusión y una angustia enorme en el rostro de todos.

La mujer de Antonio trata de sacar algo. Aunque sea un colchón. Pero casi no tiene tiempo.

Mira por un instante su casa. Y se pone a correr con sus cuatro hijos.

Mientras corre velozmente, piensa.

Piensa en su hogar abandonado.

Cuantos desvelos. Cuantas miserias. Cuantos sacrificios perdidos. Recuerda cómo, con el sudor de Antonio y el hambre de ella y de sus hijos, se levantó la pequeña casita. Recuerda cómo se la surtió de los primeros muebles. Cómo se consiguió la cama de matrimonio. Cómo se consiguieron los primeros utensilios de cocina. Cómo se consiguieron los primeros conejos. Las primeras gallinas y palomas.

¡Y ahora tener que abandonarlo todo!. . .

3

El pueblo entero, además de los refugiados, corre hacia Madrid.

Son cientos de ancianos, mujeres y niños.

Todos van llorando. Casi no pueden sacar nada.

Se tropiezan unos con otros. Los que más pueden, sostienen a los más débiles. Y avanzan. Entre el griterío ensordecedor de los críos. Entre el lamento de las mujeres que añoran sus hogares.

Algunos tranvías se van deteniendo en el camino. Como única explicación surge el grito unánime:

—¡Los moros!... ¡Los moros!...

Y las multitudes en marcha van agrandándose, engrosándose. Llenando la carretera en centenares de metros.

Después de algún tiempo — eso sí — empiezan a disgregarse. Los más jóvenes y más resistentes, se adelantan. Los viejos y los que llevan críos quedan atrás, rezagados.

Los acompaña, a lo largo de todo su trayecto, el estruendo de la artillería lejana. La explosión de uno que otro proyectil por los alrededores. Y este miedo atroz, colectivo, que no recapacita.

—¡Los moros!... ¡Los moros!...

En su imaginación, va creciendo todo lo que han leído en los diarios esos días. Todo cuanto les han contado. Y lo que la leyenda ha añadido a los feroces combatientes del Africa.

Según parece, vienen con libertad para todo. Se entregan al saqueo y al pillaje. Violan hasta las niñas de

pocos años. Matan a los que pueden. No se detienen ante nada. Como si esta fuera una revancha que tomaran por derrotas de otros tiempos.

—¡Los moros!... ¡Los moros!...

4

Llegan a Madrid casi entrada la noche.

La familia de los Claudio — más de cuarenta — se aloja en unos de los pisos de una de las obras en que Antonio es Maestro.

Como pueden, acomodan a los críos. Les echan parte de sus ropas encima. Y — al poco rato — los críos se duermen.

Las mujeres no pueden dormir. Faltan algunos hombres. Entre otros, Antonio, Pedro, Paco y demás. Deben seguir luchando en el pueblo. Las mujeres están desesperadas. Van un momento a la obra de al lado. Allí cogen unos cuantos trozos de madera. Y hacen un poco de fuego para calentar la chapa. Y hacer un poquillo de café. ¡En Carabanchel Alto todavía había café!...

Sentadas. Arrimadas a la pared. Escuchando los disparos que en esas calles pocas veces faltan, pasan la noche. Ninguna puede pegar los ojos. Ni hablan siquiera. Todas están pensando en lo que abandonaron. Y en cómo tendrán que pasar los días que vengan.

5

Muy de mañana salen por todas partes a buscar comida. Se meten a todas las colas. Pero como ahora hay tarjeta de racionamiento, casi no consiguen nada. Se ponen al habla con gentes de otros pueblos evacuados. Y entonces les dicen que tienen que conseguirse unos volantes. Que con ellos les darán de lo que haya.

Más tarde, tratan de tener noticias de los que se quedaron en el pueblo. Pero nadie les puede contestar nada.

Angustiadas, vuelven al piso. Y piensan qué van a comer.

La mayoría se decide por una sopa de ajos general.

Felizmente esa mañana, se han tomado por asalto una valla de madera. Estaba muy cerca de allí. Y una gran cantidad de gente ha empezado a desarmarla. Las tablas que la componen, son transportadas al hombro hasta los filos de las aceras. Y allí, con cualquier utensilio. O con una piedra las van golpeando, hasta reducirlas a astillas.

Las mujeres que llegan de Carabanchel, hacen lo propio. Y ya tienen madera con qué guisar.

Esto las distrae. Se distribuyen el trabajo.

Y esperan la llegada de sus hombres.

6

Los hombres llegan por la noche.

Muchos, entre ellos, están desesperados, pesimistas.

—Ya se tomaron el pueblo. Y avanzan a Madrid.

Todos huyen. Es que no tenemos con qué luchar. Y con las manos, no se les puede detener.

Pero otros tienen fe:

—¡Es que no puede ser! ¡Los detendremos con las uñas! ¡Con los dientes! ¡Con lo que sea! ¡Los detendremos!. . .

Algunos no han podido huír. Y han tenido que morder el polvo en el Alto. Felizmente han sido pocos.

Los demás están aquí, en Madrid.

Se han repartido como pudieron en las diversas casas. Metiéndose en cada piso, cuarenta, cincuenta.

A veces, sin tener un trozo de pan.

7

Y no sólo llegan de los pueblos.

También se van evacuando los diversos barrios de Madrid. Aquellos que están más cerca del frente. Aquellos que han sido más castigados por la metralla.

Todas las calles están llenas de gente que viene como puede. Con colchones, con muebles. Con unos pocos utensilios al hombro.

Algunos son más dichosos y han podido conseguir un carrito. Otros realizan su viaje con un asno. Muchos vienen en los metros y los tranvías.

Pero la mayoría camina a pie. A pie, familias enteras, avanzan por las calles de Madrid. Especialmente al barrio de Salamanca. O sus alrededores.

Crispa los nervios de los más serenos esta animación extraña.

Se dijera que se asiste a una página retrospectiva de la historia.

En las épocas de las grandes invasiones y de los grandes éxodos. Cuando pueblos enteros tenían que huir ante el impulso asesino del ejército de un Atila. U otro bárbaro análogo.

8

Y — por sobre todo — la angustia máxima del porvenir sombrío.

—Ya vienen los moros...

—Ya están allí.

—Están en Casa de Campo.

—Es cuestión de horas...

En algunos cafés. Sobre todo en esas peñas sospechosas que no sienten la guerra, se esbozan sonrisas. Se habla en voz baja. Se miran irónicamente los preparativos bélicos del pueblo.

En muchas legaciones de países extranjeros hay fiestas estas noches. Se celebra anticipadamente el triunfo.

Y el cañón sigue gritando. Cada vez más hondo. Cada vez más fuerte. Les sacude los oídos a estos dos millones de seres, muchos de los cuales se acuestan sin comer. Muchos de los cuales han perdido sus familiares más queridos.

Sigue gritando el cañón.

LA CANCION DEL MANZANARES.

I

Por las carreteras jadeantes. Por la sierra encrespada. Por los ríos estremecidos. A través del cielo manchado de aviones. En cada cañonazo. En cada puño que se eleva. En cada palabra que se pronuncia.

—¡No pasarán!...

Remolino de entusiasmo se prende en el Madrid efervescente. Grita Puerta de Sol su millonario anhelo de lucha. Los tranvías amarillos y rojos se pueblan de masas desbordadas. Vuelan los coches ululando enfurecidos. El Metro ronca sordamente su himno subterráneo. Pasan motos desbocadas. Los edificios estiran sus cuerpos macizos. Hierve — como un puchero inaudito — la plaza delirante.

—¡No pasarán!...

Se aprietan los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños. Lloran atrás cien cadáveres de iglesias. Acechan miles de fascistas en hoteles lujosos. Del frente vienen noticias eléctricas, que arañan la médula, como una zarpa felina. Rojo de ideas y de milicianos colorea la paleta viva del Madrid triunfal y heroico. El calor del verano piruetea en las calles, como un loco.

Y siempre en los techos. Y siempre en los cines. Y siempre en los cafés. Y siempre en las tascas. Y siempre en los barrios humildes.

—¡No pasarán!...

2

No importan los "paqueos" desde las iglesias y desde las casas de los ricos. No importan los "bulos" traidores. No importan los soldados mercenarios. No importa la complicidad de las armas extranjeras.

—¡Nada importa!...

Mientras la tierra dé sus frutos a los que la trabajan. Mientras haya obreros en las fábricas. Mientras las ciudades leales muestren el entusiasmo y la dinamia de sus tiempos mejores. Mientras los hombres tengan conciencia de su responsabilidad histórica. Mientras se levanten millones de puños apretados. Mientras haya banderas rojas. Mientras haya un miliciano.

—¡No pasarán!...

3

Las manifestaciones incendiarán las calles. Mujeres darán su sangre en los hospitales y en los frentes. Los niños rubricarán en las aceras su odio antifascista. Las colas serán más largas para asir los comestibles. Enseñarán sus dientes internacionales los facciosos infames.

—¡Y no pasarán!...

Las trincheras de los leales se poblarán de racimos de cadáveres. No habrá familia que no esté mutilada. El ritmo de las máquinas se verá por mucho tiempo en-

vuelto en llamas. Los campos extrañarán la pisada viril de los bravos sembradores.

Pero será estallido de todos los cuellos. Anhelo final de la última arteria. Grito estentóreo y triunfal, aún en la muerte:

—¡No pasarán!...

4

Por sobre los rifles antropófagos. Por sobre las bayonetas tempestuosas. Por sobre las ametralladoras prolíferas. Por sobre los camiones y trenes blindados. Por sobre la artillería y los trimotores monstruosos. Por sobre el abrazo de fuego que hoy ciñe el tórax rojo de la España nueva.

—¡No pasarán!...

Como una sirena de alarma que sacude a los obreros de las cinco partes del mundo.

—¡No pasarán!...

—¡NO PASARAN!...

5

Es como una canción.

La canción del Manzanares. La canción que se canta desde el 19 de julio.

Ha brotado del río infranqueable. Se ha esparcido por la meseta castellana. Por España. Por Europa. Por el orbe todo.

Los pechos madrileños lo han sentido hacerse carne propia. Regarse en su sangre. Saboreándola como cosa cotidiana.

Y los que defienden Madrid, lo enarbolan como un escudo mágico. Como un escudo mágico que ayuda a vencer.

6

Pedro Claudio lo ha gritado con voz explosionada. Como lo ha gritado todo Carabanchel Alto. Lo ha gritado mientras trabaja sobre las altas arquerías. Mientras han subido ya varios pisos de su obra.

Pero, a pesar de todo, los militares rebeldes han seguido avanzando. Kilómetro tras kilómetro, se han ido acercando a Madrid. Hasta llegar al pie del Manzanares. Por eso el "no pasarán" tiene hoy un sentido de suprema defensa. De inmensa vertebración vital.

¡Los generales rebeldes han llegado al pie del Manzanares!...

Ha habido pánico entre ciertos elementos, por unos pocos minutos. Pero se ha reaccionado en seguida. Los milicianos se han parapetado tras los edificios. Y los han detenido a raya.

Otros ruidos incesantes se han sumado a los de las bombas y de los aviones intermitentes. Ahora es el cañón que no descansa un minuto. Se combate día y noche. Se van abandonando los trabajos de la retaguardia y se va a empuñar el fusil. Poco a poco, las mujeres invaden los talleres y las fábricas. Un buen día, una guapa ha manejado uno de los trenes de los metros. Y así sucesivamente.

Los cafés que estaban siempre llenos a pesar de la guerra han empezado a despoblarse. Sólo unos pocos,

se saturan de milicianos. De milicianos que piden café y toman lo que les dan.

7

Pedro Claudio ha gritado la canción con voz hecha sangre. Decidido a todo.

Desde hace tiempo, él opina que las obras deben paralizarse. Que los millares de obreros de la edificación deben ir al frente. Sobre todo a enrolarse en los batallones de fortificación.

Muchos ya lo han hecho. Pero la mayoría, todavía sigue en las obras.

De vez en cuando, pasan frente a estas, numerosas mujeres pidiendo que abandonen el trabajo y vayan al frente.

Y un buen día esto se realiza.

Llevan los obreros de la construcción a fortificar los alrededores de la ciudad. Y — sobre todo — los barrios amagados.

Por las noches empiezan a hacer guardias en distintos sitios. Rafael — el listero, el malagueño — se porta ahora más camarada que nunca.

8

Pero es, precisamente, Rafael quien un día les dice:

—Lo que es yo no aguanto más. Me voy al frente.

Y como los demás lo miraran sorprendidos. Como dudando que les dijera la verdad, ha añadido:

—Me he enrolado en el 5º Regimiento. En la compañía de Fortificaciones.

Antonio está desconcertado.

—¡Que no, hombre! ¡Que no!... Que no te creo.

Y Rafael tiene que sacar el carnet para convencerlo.

Antonio, entonces, protesta:

—¡Haberlo dicho! ¡Cómo nos vas a dejar solos!

—¡Enrólate tú, también!

La mujer de Antonio, que ronda a su alrededor, no dice nada. Inclina la cabeza. Y — llena de fe — espera.

9

Y Antonio. Y Pedro. Y la mayoría de los Claudio. Y casi todo el pueblo, marcha al frente.

Todos van llenos de optimismo. Todos se olvidan de cuanto integró su pasado. Lo que piensan. Lo que desean. Lo que les vibra en el espíritu es esa canción del Manzanares. Ese "¡no pasarán!" incendiario de corazones bravíos.

Ese "¡no pasarán!" que se tornará muy pronto en: "¡PASAREMOS!"

ALAS NEGRAS

I

No tiene con quien dejar a su Angelín. Tendrá que llevarlo.

Esto la contraría mucho. Es tan difícil todo, ahora. No se puede andar por ningún sitio. Y menos con un crío.

¿Pero con quién va a dejarlo?

¿Y si hay un bombardeo? Tal vez, se olvidan del chico. Y lo dejan en casa.

No. Lo mejor es llevarlo con ella. Y que Manolo quede cuidando las lentejas. ¡Malditas lentejas! Ya está harta de comer lentejas. Todos los días. Y sin esperanzas de conseguir cosa mejor.

Pero su sobrina Encarna le ha dicho que por donde ella vive, se consigue algo. Que el mercado a veces está lleno.

Por eso hoy va a visitarla. Saldrán juntas. Y verá si compra algo. Aunque sea un puñado de sardinas. Y un poquitín de aceite.

—¡Vamos, Angelín!. . .

El crío — mono azul y gorro de miliciano — se pone feliz.

2

El sol ríe sobre las calles madrileñas. La mañana está espléndida.

Multitud de mujeres y niños han salido a las aceras y a las plazas. Las mujeres charlan y tejen. Los niños juegan y ríen.

Doña Rafaela avanza majestuosamente, llevando a su Angelín de la mano. El crío tiene que ir corriendo para seguirla.

—¡Vamos donde Encarna!

Angelín al oír esto, se pone a brincar. Es que Encarna tiene un hijo, más o menos de la misma edad.

Toman un tranvía, que los deja muy cerca.

Y ya están — por fin — subiendo la casa de la Encarna.

3

La Encarna está dispuesta a marchar:

—La estaba esperando, tía...

—Pero, mujer. Si todavía es muy temprano.

—¡Que no, tía! Las colas comienzan de madrugada. Y para todo hay cola.

—Andando, entonces.

Angelín ya está jugando con el hijo de la Encarna. Marchan. Con las manos estiradas, apuntan a enemigos imaginarios.

—¡Bum!... ¡Bum!...

Se hacen mutuamente el saludo revolucionario.

Y vuelven a marchar.

Las madres discuten un rato si los dejan o no. Doña Rafaela, sobre todo, no quiere abandonar su crío. Pero Encarna la convence:

—La señora Elena. La dueña del piso, los puede mirar. En el mercado hay mucha gente. No se puede ni andar.

Doña Rafaela transige a regañadientes.

La Encarna ríe:

—¡Pero no sea así, mujer! ¡El mercado es tan cerca!

4

El mercado hierve de gente. La mayoría de las puertas están cerradas. Sólo se ve un puesto de verduras, donde hay que hacer cola. Doña Rafaela se pone rabiosa.

—A ver si tendré que hacer cola para repollos.

Interiormente está arrepentida de haber ido. ¡Porque para verdura!...

Pero es sólo un instante. En seguida se repone.

—¡Hala!... ¡A la cola!... ¿Quién da la vez?

Y allí se clava con la Encarna. Esperando que le llegue el turno para comprar un repollo. Un miserable repollo. Más caro que si fuera un medio de ternera.

Sin saber por qué, súbitamente, piensa en la Carmen, su hija. Pero piensa en ella, como si no la hubiera visto algunos años. Como si se tratara de algo borroso, lejano. Ya ni siquiera ha vuelto a buscarla. Cree que estará bien. Acaso mejor que todos.

Y con eso se conforma.

De pronto la cola se dispersa. Las mujeres corren para todos lados. Salen del mercado. Y — en la calle — empiezan a buscar refugios.

Doña Rafaela sale también con la Encarna.

—¿Qué es? ¿Qué es?

—¡Nada, mujer!... ¡Los aviones!...

5

La Encarna le dice:

—Marchemos a un refugio.

—No. A casa. A ver a los chicos.

—Pero si allí está doña Elena. Ella los habrá bajado al sótano.

—¡A casa!...

Del mercado a la casa hay varias travesías. En casi todas ellas hay milicianos haciendo que los transeúntes se refugien.

Muchos dicen:

—¡Son nuestros!... ¡Son nuestros!...

Y otros:

—¡No! Son de ellos. ¡Hay unos trimotores negros!...

Doña Rafaela y la Encarna siguen avanzando hacia su casa. Un miliciano las invita a refugiarse. Pero ellas siguen. El miliciano trata de obligarlas, pero ve una mirada tan sombría en el rostro de doña Rafaela, que desiste de su empeño.

Empieza a oírse el ronquido de los aviones. Deben ser algunos. Es un ronquido fuerte, atornillante, que hace estremecer. De pronto aparecen seis trimotores. Vienen seguidos de numerosos caza. Entre los techos de los edificios, se recortan con una precisión rotunda. La rabia de los que miran los hace ver más negros y grandes.

Doña Rafaela está nerviosa.

—¡Vamos!... ¡Vamos!...

Ni siquiera los mira. Lo que ansía es llegar, lo más pronto, donde está su Angelín.

De pronto, un estrépito horroroso las aturde.

6

La tierra ha temblado. Han temblado los edificios. Una espesa capa de polvo ha hecho invisibles los hombres y las cosas. Ha parecido un terremoto. Todo se ha agitado. Durante cortos instantes, se han sentido ruidos de derrumbamiento.

No se ha podido ni pensarlo. Porque casi en seguida, ha habido un estrépito mayor. Es como si se hubiera desencadenado una tempestad. Como si hubiera caído un rayo. Y soplara un ciclón tan veloz como el relámpago. Muchos han caído al suelo. A otros el polvo les ha cegado. Se han roto cientos de cristales. Se han quebrado puertas y ventanas.

Todos han quedado mudos, atónitos. Sin saber qué hacer ni qué decir. Casi inconscientes.

Cuando han vuelto a darse cuenta, han escuchado el ronquido de los aviones, alejándose. El frenético galope de las ambulancias y de los bomberos. Y la voz persistente, inagotable, ronca y honda del cañón.

De este cañón que hace varias semanas no cesa de gritar.

7

Doña Rafaela corre:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

Y Encarna difícilmente la puede seguir.

La gente las queda mirando, extrañada. Muchos se imaginan que doña Rafaela está loca. O que algo muy grave le ha ocurrido. Pero ella no hace caso. Sigue corriendo, abriéndose paso entre todos:

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

En vano, trata Encarna de calmarla.

Doña Rafaela sigue corriendo.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

A medida que se acerca a la casa de la Encarna, ve que muchos corren, como ella. Y que una multitud compacta va haciendo casi intransitable esas calles. Llega un momento en que casi no puede avanzar. Hay una gran confusión. Difícilmente se abren paso las ambulancias. Mucha gente uniformada va y viene. En todos los rostros se lee una gran angustia.

—¿Qué ha pasado?... ¿Qué ha pasado?

—Una bomba que ha destrozado varios pisos. ¡Hay muchos muertos y heridos!

8

A doña Rafaela se le obscurece el mundo.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

Empieza a abrirse paso. Le han entrado unas fuerzas desconocidas. Da codazos, puñetazos. Lo que pue-

de. Y se abre paso. A su alrededor hay gemidos. Hay protestas. Hay insultos. Pero ella sigue avanzando. Sin mirar a nadie. Sin oír lo que le dicen.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

Cuando ha entrado a la calle en que está la casa de la Carmen, se le escapa un aullido.

La bomba ha destruído varios pisos de esa casa. Al pie hay un montón de escombros.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

9

Ahora todo lo ve borroso, confuso. Como un mundo irreal. Como si estuviera soñando. Antes que actora le parece ser espectadora de estos sucesos. Como si estuviera en el cine. Y pasaran una cinta en que ella fuera una de las protagonistas. Ella y su hijo.

Se ve lanzándose como una loca entre todos. Se ve forcejeando con cuantos le impiden el paso. Se ve golpeándolos. Dándoles explicaciones mutiladas, hasta que la dejan pasar. Han sacado varios cadáveres. Los ha visto llevar, entre la multitud, en camillas. También han salido heridos que se quejan espantosamente. Por los lados andan mujeres desesperadas, llorando, preguntando por sus hijos, por sus familiares. Queriendo abrazar a las camillas que salen. Otras caen desmayadas. Por más que tratan de despejar el sitio, les es imposible.

Y doña Rafaela se ve saltando de camilla a camilla a ver si sacan su hijo. Queda viendo a los hombres. Les habla palabras extrañas que ellos no entienden. Y

después torna a buscar a su hijo. Pero su hijo no aparece por ningún sitio.

Entonces, ella misma se lanza sobre los escombros. Al lado de los hombres que trabajan, separándolos, se pone frenética. Como puede, empieza a ayudarlos. Y cuando distingue un trapo. O un trozo de carne. O sospecha que va a salir un cuerpo, se lanza la primera a identificarlo.

En un primer momento, han tratado de impedirle que llegue a los escombros. Le han hablado en todos los términos. Pero los ha mirado en forma tan rara. Les ha contestado tales palabras. La han visto tan admirable en su dolor de madre, que han sido vencidos y la han dejado.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

10

De pronto, al levantar un trozo de pared, salpicada de sangre y de trozos de carne hecha masa, se ve un gorro pequeño de miliciano. A doña Rafaela le da vueltas el corazón. Lo arrebata de las manos de quien lo tiene. Y lo mira desesperadamente.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

Arroja como poseída el gorro. Y empieza a buscar. A escarbar. Algunos la ayudan.

Al levantar otro trozo de pared, entre un hacinamiento de hierros retorcidos, aparece algo que es como un trozo de mono azul. Se acercan a mirarlo.

Y entonces se ve que es una pierna. Una pierna pequeñita. Tiene el pie con su zapato. Está cubierta por

el trozo de tela azul. Pero ha sido como cortada de un golpe en la tibia. Se divisa el hueso, los músculos sanguinolentos...

Doña Rafaela lanza un grito que estremece a todos. Y agarra ese despojo sanguinolento. Y lo besa.

—¡Mi hijo!... ¡Mi hijo!...

11

Tiene la sensación de que baja escaleras interminables. A toda velocidad. De que le zumban los oídos. De que le hablan cosas distintas. De que ve rostros desconocidos. De que le dan vueltas los edificios. Y las calles. Y, de pronto, la sirena de alarma. Y de pronto las alas negras en el cielo. Las manejan extranjeros. Extranjeros que tienen rostro de fiera. Y siente bombas. Y más bombas. Y más bombas.

De pronto ve a Angelín. Lo ve queriendo bajar por las escaleras de esa casa. Lo ve en el momento en que cae la bomba. El muchacho no sabe de qué se trata. Acaso no ha tenido tiempo de sentir dolor. Ha sido tan repentino y tan rápido.

De pronto, lo ve dispersado por la metralla. Todo el cuerpo esparcido en el aire. La cabeza, los brazos, el tronco, cada parte por su lado.

¡Pero no! ¡No puede ser! ¡No puede ser!...

Y las alas negras arriba. Y los pilotos riendo. Los pilotos riendo. Felices de haber matado más mujeres y más niños. Los pilotos riendo.

Madrid llora. Llora en las tragedias de los bombardeos aéreos. Se apresta a la defensa. Con las lágrimas

de las mujeres y los niños, se agiganta el valor de los hombres.

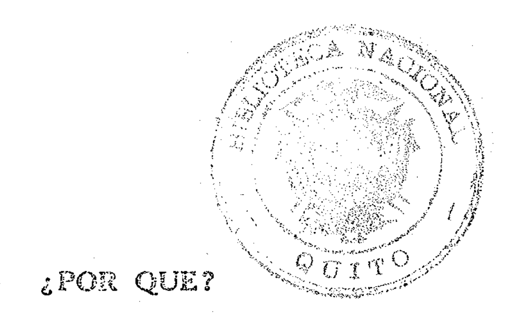
Y las alas negras en el cielo querido. Y los pilotos riendo.

Y LOS PILOTOS RIENDO.

12

Doña Rafaela se hunde en sí misma, como en una tumba.





¿POR QUE?

I

El timbre suena largamente.

Doña Rafaela, sin dejar el soplillo, dándole vuelta a sus lentejas, se vuelve a Manolo:

—¡Ve a ver quien es!

El chico va y vuelve en seguida.

—Es...

—¿Quién?

—¡Pedro Claudio!...

—¿Y quién es Pedro Claudio?

—Uno que trabaja al frente, en la obra. Y que ahora se ha hecho miliciano.

—¿Y qué quiere conmigo?

—Dice que quiere hablarle urgentemente.

—Ya voy... Ve las lentejas...

Doña Rafaela va hacia la puerta.

—¡Pase! ¡Pase!

2

Pedro Claudio ha cambiado. Tiene el ceño fruncido. Es más moreno su rostro. Más agresivo su mentón

saliente. Trae boina negra. Lleva encima una capa. Traje de soldado, fusil y demás.

—Doña Rafaela...

—Diga usted...

Pedro Claudio con frase incoherente trata de explicar:

—Yo trabajaba... en la obra...

Siempre andaba los andamios. Mirando los balcones de las casas. Haciendo bromas a quien podía. Hasta que un día vió a la Carmen. ¡Y, claro! Verla era ya no poder estar tranquilo. ¡Y vamos!... ¡Se entendieron! Y...

Doña Rafaela lo para en seco:

—¡Qué! ¿Usted sabe algo de la Carmen?

—Sí.

Doña Rafaela lo coge de un brazo.

—¿Acaso usted?

—¡No, doña Rafaela! ¡No!...

Y Pedro Claudio vuelve a tratar de explicarse.

3

—Ahora estoy en el frente. Con casi todos los de esta obra...

A veces alguno de los compañeros cuenta episodios de esta lucha. Tanto del frente, como de la retaguardia. Y el otro día ha sabido algo horrible. Algo horrible que le ha pasado a la Carmen.

Si no le hubieran dado todos los datos. Si el compañero que lo contó no hubiera sido de su absoluta confianza, no lo hubiera creído. Era tan extraño eso. Tan extraño.

—Los Condes donde trabajaba la Carmen tenían un hijo loco, tonto o algo así.

Doña Rafaela confirma:

—Sí. A mí también me lo han dicho.

Pedro Claudio continúa:

—Pues la noche de la sublevación militar en Melilla, los Condes se fueron a esconderse. Parece que estaban complicados en el movimiento...

Y, pensando que duraría poco esto, o bien sabe qué, dejaron al hijo abandonado y sin comida. Lo dejaron encerrado.

—¡Canallas!...

—¡Y también encerraron, por fuera, a la Carmen!

—¿A la Carmen?

—Sí. A la Carmen...

Pasó algún tiempo. Sin duda el loco sintió hambre. Destrozó, con un hierro de su cama, la puerta. Y buscando, se metió al cuarto donde estaba encerrada la Carmen.

Doña Rafaela siente que las manos se le crispan.

—¿Y qué pasó? ¿Qué pasó?

—¡El hijo de los Condes tenía hambre!...

¡Quién sabe como sería eso! Lo cierto es que cuando se incautaron del edificio, encontraron al loco...

Pedro Claudio tiene el rostro descompuesto. Gruesas gotas de sudor le resbalan por la frente. Su voz se hace ronca, sombría.

Doña Rafaela le da un golpe en el hombro. Y — también con voz ronca — lo conmina:

—¡Continúa!

—El loco tenía debajo el cuerpo de la Carmen...

Los milicianos se acercaron. Los separaron. Forcejearon porque el loco no quería soltarla. Y retrocedieron horrorizados. La Carmen aún estaba ardiente. Aún le palpitaba muy débilmente el corazón. Pero le faltaba un trozo del hombro. Por ausencia de carne en el rostro se perfilaban sus maxilares. Era algo horrible. ¡El loco se la estaba comiendo viva!

Doña Rafaela no dice nada. No llora. No puede llorar. Lo queda viendo con una mirada vacía. Con una mirada capaz de enternecer a un cadáver. Después cierra los ojos.

4

De pronto, se levanta. Coge por los hombros a Pedro. Y se los aprieta con rabia.

—¿Por qué?

Pedro queda atónito. No sabe qué decir. No sabe ni lo que doña Rafaela pregunta.

—¿Por qué?

¿A quién le ha hecho males ella? ¿Con quién se ha metido? ¿Qué ha sabido nunca de guerras ni de política? Desde que nació, pisoteada, maltratada, sin poder levantar cabeza nunca. Siempre rondando su cocina. Esclavizada día y noche. Sin tener jamás descanso. Y sin protestar jamás.

—Entonces, ¿por qué?

¿Qué ha hecho su Carmen? ¿Qué ha hecho su Angelín, para merecer esto? Si ella hubiera intervenido en algo. Si alguno de los suyos hubiera empuñado un fusil y estuviera en el frente. Y ni aún así. Pero su gen-

te que no sabe nada de esto. Que sólo sabe trabajar para otros. Y sufrir en silencio.

—¿Por qué?

Ella cree en Dios. Cree que los curas son buenos. ¿Y cómo es que los curas están con esta gente, que mata a los inocentes? ¿A los que no saben siquiera por qué se lucha?

Pedro Claudio, entonces, la interrumpe:

—¡No todos los curas. También hay muchos con nosotros! ¡También hay muchos que pelean en nuestras filas!...

Doña Rafaela le aprieta más y más los hombros. Su mirada vuelve a hacerse lejana, imprecisa:

—¿Por qué? ¿Por qué?

5

Pedro Claudio está desconcertado.

—Pero, doña Rafaela...

Doña Rafaela, como que vuelve en sí.

—Perdóname, hijo. Perdóname. No sé ni lo que me digo.

De pronto su rostro se torna sombrío. Y una furia extraña asoma a sus ojos.

—¿Y los Condes? ¿Sabes dónde están los Condes?

Pedro Claudio tiene una sonrisa siniestra.

—¡Ya la pagaron!

Se levanta.

—¿Qué? Ya te marchas...

—Sí, doña Rafaela. Estoy vengando a la Carmen. Estoy vengando a todas estas víctimas inocentes. Y no tengo tiempo... Voy al frente.

Sin que sepan cómo — igual que si se tratara de una madre y de un hijo — se abrazan. Quedan un rato abrazados.

Y a Pedro Claudio le resbalan dos lágrimas por las mejillas ardientes.

REFUGIADOS

I

Por las calles solitarias y calladas, va caminando pesadamente.

Lleva de la mano a Manolo. Un atado con ropa de éste, al hombro. Una espesa toquilla dándole vuelta por el cuello. Y una rabia honda — pero muy honda — en el pecho.

Le han dicho que es en la Estación del Niño Jesús.

Pero por más que averigua, todos le dan datos más o menos vagos. Si fuera la Estación de Atocha. Pero esos tiempos ya pasaron.

Y lo que más le molesta es que va transcurriendo el tiempo. Y la citaron para las dos.

Ahora, mientras camina, piensa en lo difícil que ha sido conseguir marcharse. Primero esa lucha consigo misma. En que por fin ha vencido. A ver. Es que cualquiera madrileña no se desprende de sus hijos. Y a ella sólo le queda este. Su Manolo. Pero. ¿Y si le matan también? No. Lo llevará a Barcelona. Donde su hermano.

Después de ganada esta batalla, ha tenido que ir a hacer cola, para conseguir un salvoconducto. Si ella es-

tuviera afiliada a algún partido, se lo hubieran dado en un comité. Pero como no lo está...

Después a la casa de Valencia. Y allí le han dado los últimos datos.

2

Por fin ha llegado a la Estación del Niño Jesús.

Había creído que la llevarían en camiones. Como se han ido muchos. Pero no. Aquí le dicen que es en ferrocarril. Ella no sabe si alegrarse o entristecerse con esto. Lo que le alegra es haber llegado a tiempo.

Hay ya mucha gente esperando. Y cada vez llegan más. La mayoría son mujeres y niños. En la mayoría se lee una angustia desesperada. Ninguno quisiera dejar su Madrid por todo el oro del mundo. Pero, ya son muchos los muertos. A numerosas de ellas, la metralla les arrancó los familiares. Y quieren poner sus hijos a buen recaudo.

Sentados sobre sus pocos equipajes. O en el suelo, esperan.

A cada momento va llegando más gente. Muchos traen algo de sus pocos muebles. Algunos de sus utensilios de cocina. Llegan sobre carretas desvencijadas. A veces, tiradas por fuerza humana.

El encargado es un hombre de barbas, menudo y simpático, que trata de darles toda clase de facilidades. Que en lo que puede alivia el dolor del éxodo terrible.

Y esperan. Esperan.

3

Han dado las tres. Las cuatro. Las cinco.

Y el tren todavía no da señales de marcha.

Ya todo el mundo está impaciente. Empiezan a hacerse comentarios. Se dice que es que se debe de viajar de noche. Con las luces apagadas. Por si los aviones...

Muchas se distraen contando los horrores que han visto. Cada quien añade detalles personales. La imaginación forja cosas inconcebibles. A los refugiados — escuchándolos — se les ponen los pelos de punta.

Y empiezan a llorar los críos. Muchos tienen hambre. Pero cualquiera consigue algo de comer en estos momentos.

Algunas mujeres se pasean impacientes en los andenes. Allá, al final de la línea se ve marchar una máquina diminuta. Va y viene por los rieles. Pero no se decide a avanzar.

En esto, entra un hombre joven con una lista.

Doña Rafaela dice:

—Ya era hora...

4

A medida que van pasando lista, van saliendo.

Doña Rafaela ve que nombran a todos. Y que a ella no la mencionan. Esto la saca de quicio:

—A ver si tendré que quedarme...

Pero no. Precisamente en este instante suena su nombre.

Doña Rafaela sale. Ya está el tren allí. Doña Rafaela sube. Con Manolo que ya está cansado de esperar. Que tiene hambre. Y que se está cayendo de sueño.

El número de coches es insuficiente para la gran cantidad de evacuados. Doña Rafaela que ha llegado al final tiene que estar de pie.

—Sólo eso me faltaba. . .

Pero no. Allí está el encargado.

—Que se levanten los hombres. . . Y las mujeres jóvenes. . .

Y va sentando a cuantas puede de las retrasadas. Sobre todo a las que, como doña Rafaela, llevan un crío en brazos.

5

El tren se pone, por fin, en marcha.

Va obscureciendo. Difícilmente se advierten las formas de los edificios de Madrid. Acá, en los coches, también todo se borra y se confunde.

En los primeros momentos, nadie dice nada. Todos quedan en silencio, penetrados de la emoción de dejar la ciudad querida.

El tren se mece como un columpio. Va lentamente. Con una marcha que hace dar sueño. Uno que otro de los viajeros, empieza a hablar. Atrás queda ya Madrid, con sus pupilas apagadas. Se oye lejanamente. Pero muy lejanamente, la voz retumbante del cañón.

Un anciano prende un cigarrillo, que le ha regalado un miliciano.

Algunas mujeres protestan. Pero el anciano empieza a fumar, impávido.

Doña Rafaela no puede contenerse. No dice una palabra. Se levanta sin soltar a Manolo. Y arranca el tabaco al fumador.

El anciano trata de mirarla, en la sombra. Y sólo divisa algo así como una montaña de carne.

6

¿Cuántas horas han pasado?

La noche está fría. Cae una escarcha menuda que se mete a los huesos. El encargado pasa por los coches. Va anunciando.

—¡Colmenar!

Pero casi no tenía necesidad de decirlo. Es una noticia que ha brotado por sí sola. Apenas se detiene el tren, todo el mundo salta a tierra, y se dirige velozmente a los autobuses que están esperando.

Aquí no se puede poner orden. No ha habido tiempo. Cuando menos han acordado, ya estaban encima de los vehículos. Y ha habido que ponerse en marcha. Los autobuses no han sido suficientes para los pasajeros. Y muchos se han quedado, esperando que vengan otros.

Aquí sí, doña Rafaela, sin aflojar a Manolo, ha llegado la primera.

7

La carretera aparece al frente poblada de incógnitas.

De vez en cuando surgen los faros de coches y de camiones. De vez en vez, pasan por uno que otro pueblo.

Y acá dentro, sólo el frío. El frío terrible. Y el cansancio, más terrible aún.

Todos duermen o parecen dormir.

Nadie dice una palabra. Nadie mira a nadie. Sólo el chofer conversa con el encargado. Hablan de los niños que han traído. Del deseo de que no quede un niño en Madrid. De cómo los atienden en Valencia, en Alicante, en Murcia, en Cataluña. De que no sólo los españoles se preocupan de eso. Que hay multitud de extranjeros deseosos de ayudar a los refugiados. Especialmente, unos ingleses, americanos o algo así, que se llaman Quáqueros.

Doña Rafaela presta atención. Y esto le infunde un poco de ánimo.

¡Ah! Si hubiera hecho lo mismo con Angelín.

¡Pero quién iba a pensar que sucediera eso!...

¡Quién iba a pensar!...

—¡Ya está allí Alcázar!

8

En Alcázar de San Juan, los recibe el Comité de refugiados. Allí los distribuyen para los distintos sitios. Como los trenes ya corren normalmente hasta ese lugar. Los atienden en todo lo que pueden. Les brindan toda clase de facilidades. Les dan café. ¡Por fin, después de algunos días, doña Rafaela puede tomar un buen café con leche, acompañado de una torta exquisita!

Hace un frío terrible.

El local del Comité queda a alguna distancia de la Estación. Hay que pasar varias travesías. La escarcha va poniendo una manta blanca sobre todas las cosas. La caravana de refugiados con sus equipajes miserables al hombro, se dirige rápidamente a su tren respectivo.

Aquí hay unas rápidas despedidas. Un poco de lágrimas. Muchos se van a lugares distintos. Otros se regresan a Madrid.

Doña Rafaela ha tomado un magnífico asiento. De los más cómodos. Ha puesto a dormir a Manolo. Y ella también ha tratado de hacerlo.

9

El día golpea en los cristales de las ventanillas.

El campo varía.

Lo único que no puede distinguírsele bien, por las sábanas blancas de la nieve. De vez en vez cruza otro ferrocarril repleto de hombres uniformados. Y entonces los refugiados, con unción, levantan el puño cerrado. Los que van a defender Madrid, les contestan llenos de entusiasmo.

En Chinchón tienen que hacer un trasbordo. Pasan a otro coche, menos cómodo. Doña Rafaela no podría decir a qué clase pertenece. No es tercera, que es lo único en que ella ha viajado, las pocas veces que salió de Madrid.

Este coche está lleno de soldados de Alicante.

Doña Rafaela no puede menos que sentirse contagiada por su entusiasmo. La mayoría son muy jóve-

nes. La mayoría son voluntarios. Viajan cantando. Tratando de ser amables con todos. A ella y su hijo les ofrecen un trozo de chorizo y les hacen beber de una bota de vino.

Le preguntan algo de su vida. Y algo de su Madrid.

Y cuando la gran mujer les da detalles de ambas cosas, a estos hombres les surca la frente una expresión sombría.

Uno de ellos — tal vez el más joven — dice con una voz interior:

—Pero Madrid no será nunca de ellos.

10

—¡Sí! ¡Madrid no será nunca de ellos!

Doña Rafaela lo siente. Lo sabe. Es algo que le nace desde muy hondo.

El último cadáver del último hombre, será la primera barricada de las mujeres y de los niños. Pelearán con los dientes, con las uñas. Defenderán calle por calle, casa por casa, ventana por ventana.

¡Pero Madrid no será nunca de ellos!

Podrán venir esos moros, esos alemanes, esos italianos mercenarios.

Para las mujeres madrileñas no será nada nuevo.

Si ya se lo imaginan. Si en sus sueños los ven avanzar, feroces, sanguinarios. Encontrando placer sólo en segar vidas. Pero ellas se ven también, erguidas, bravías, desafiantes. Regándoles gasolina incendiada. Haciendo molinetes con su carne invasora. Como leonas que defienden sus cachorros.

¡Pero Madrid no será nunca de ellos!
¡¡MADRID NO SERA NUNCA DE ELLOS!...
—¡Valencia!...

II

Pita el tren.

La ciudad acogedora, llena de dinamia, eleva sus edificios como un regazo blanco. Tras el anuncio de sus naranjales de esmeralda y oro, nada sorprende.

Valencia, el gran refugio de las mujeres y los niños madrileños, se multiplica. Crece en hospitales. En Hospedajes. En Guarderías. De ella parten en las cartas periódicas, incansables agradecimientos.

Y Valencia sonríe y canta. Se viste de fiesta para alegrar el rostro triste de los niños que llegan.

Valencia.

Penetra el convoy en la amplia estación. Allí hay multitud de gente esperando. Son delegados de los diferentes comités y organizaciones pro-refugiados. Inmediatamente, reciben a los que se quedan en la ciudad. Y tratan de darles toda clase de facilidades.

¡Y ahora sí, a Barcelona!...

A BARCELONA

1

Se dijera que hay más dinamia hasta en el paisaje.

El tren se detiene a cada instante. En las estaciones hierve la multitud. Se ven por doquiera puestos de libros y revistas. Al pasar, se advierten numerosas poblaciones, de magnífica belleza.

Hasta el tren parece que cogiera más velocidad.

Sin embargo, van pasando las horas y las horas.

Y todavía está lejos Barcelona.

Le aseguran que se llegará a las diez o más de la noche.

Cualquiera lo sabe.

Manolo no se despega de la ventanilla. Para él todo es nuevo. Todo sonríe. Todo invita a vivir.

Para doña Rafaela no.

Su vida. Su mundo. Todo.

Todo lo ha dejado allá, en Madrid.

2

El tren va aminorando su marcha. Pita nerviosamente. Pasan y pasan barrios apenas iluminados. Atrás

más se adivinan que se ven las moles gigantes de los edificios. Hace frío.

—¡Barcelona!...

Doña Rafaela se procura rápidamente su atado. Y cogiendo de un brazo a Manolo se lanza a los andenes.

La Estación de Francia es enorme.

Doña Rafaela está alerta, esperando a qué sitio encaminarse. Apenas se da cuenta donde van sus compañeras de desgracia, empieza a caminar.

Todos los refugiados están en un gran salón. Los que no esperan a nadie y que viajan por su cuenta, enseñan sus maletas a los revisores. Y van saliendo.

Por la puerta abierta se divisan numerosos autobuses.

—Esos son para los refugiados...

Doña Rafaela creía que con los que habían quedado en Valencia, el número de los evacuados había disminuído hasta tal punto que ya quedaban muy pocos. Pero ahora ve que se engañó. Por el contrario, parece que hubieran aumentado. Ahí están, unos a pie. Otros acostados. Otros sentados, esperando. Están demacrados, haraposos. Los críos lloran interminablemente.

Doña Rafaela piensa en su Angelín.

Y esto la hace estremecer.

3

De pronto, principian a repartirles chocolate caliente, leche, galletas. Empiezan por los chiquillos. Y terminan por los mayores.

Hay varios sujetos haciendo este reparto. Pero entre ellos se destaca un hombre joven, alto, de gran simpatía.

Parece multiplicarse para mejor servir a los refugiados. Con todos conversa. Para todos tiene frases de afecto. Bromea también con sus compañeros. Pone una nota de alegría en la mancha obscura del ambiente.

Se acerca a doña Rafaela:

—¿Usted ya tomó chocolate?

—Ya...

—Pero tome más. Una tacita para una mujer como usted...

Doña Rafaela ríe amargamente. Y acepta lo ofrecido.

De pronto alguien grita:

—¿Ya están todos, Popeye?

Y el que acaba de atenderla, responde:

—¡Sí!...

A uno de los revisores que está cerca le pregunta doña Rafaela:

—¿Usted lo conoce?

—¿A quién? ¿A Popeye? Claro.

—¿No es de aquí, verdad?

—No. Es americano. Se llama Ferré. Rubén Ferré. Un gran chico. Un corazón de oro. Se está botando el dinero en ayudar a los refugiados.

—¡Ah!...

4

Y ahora sí.

Ha llegado el momento de las despedidas. Su hijo irá por un camino. Ella por otro.

Su hijo seguirá aquí, en Barcelona, haciéndose hombre.

Ella volverá a Madrid.

¡Volverá a Madrid!

Tiene que empuñar un fusil. O servir de cocinera en el frente. O levantar barricadas. O trabajar en las industrias de guerra.

Pero ella volverá a Madrid.

Allí se defiende el porvenir de España.

Allí se lucha para que no haya más víctimas inocentes.

De allí saldrá una nueva Humanidad. Una nueva Vida.

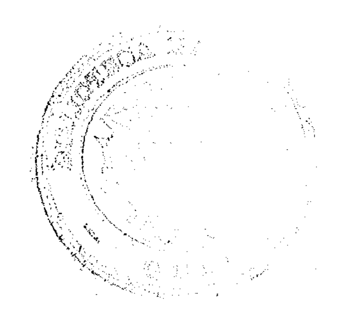
¡VOLVERA A MADRID!

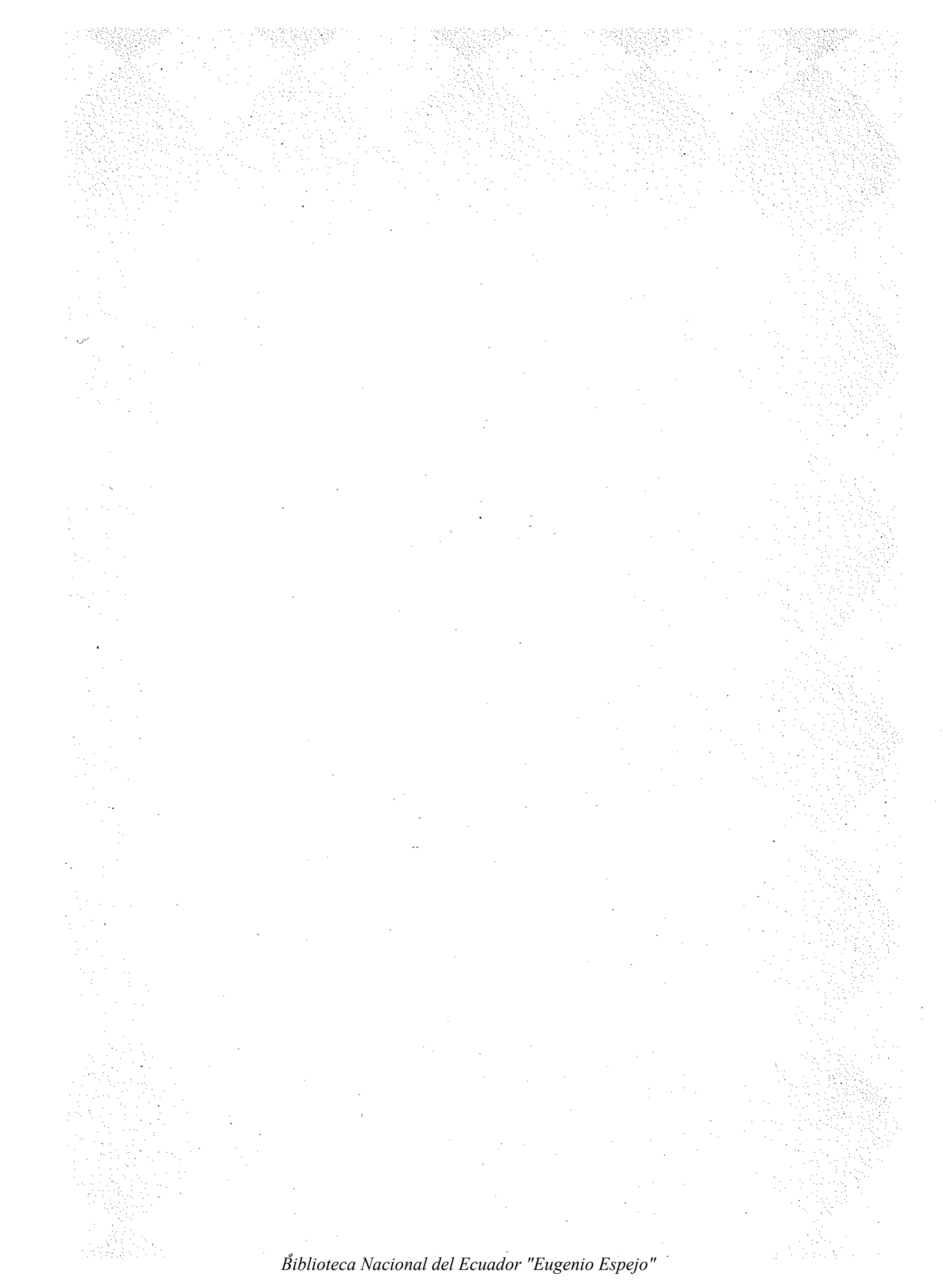


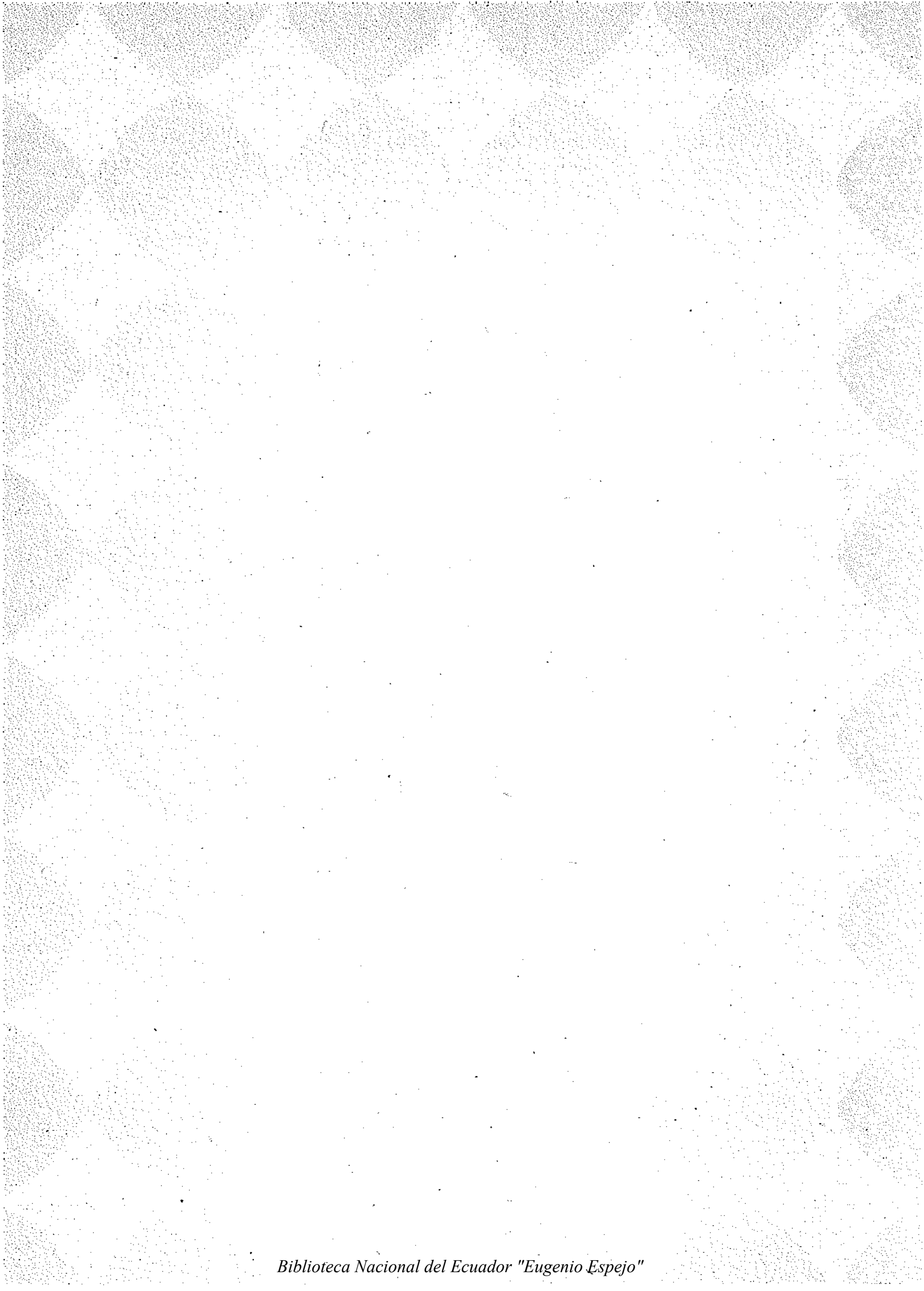


INDICE

Pág.







MADRID, por Demetrio Aguilera Malta.—
Colección Contemporáneos.

$ 10

